
JEFE,
¡NO ME TOQUES LA MORAL!
SARAH RUSELL

JEFE,

¡NO ME TOQUES LA MORAL!

SARAH RUSELL

Primera edición.

Jefe, ¡no me toques la moral!

©Sarah Rusell

©octubre, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 1



Andrea

Estaba sentada en el sofá, con el portátil entre las piernas, buscando como loca trabajo a través de distintas páginas, y la cosa no pintaba nada bien.

Sabía hablar cuatro idiomas, además del castellano, como era lógico, y también había hecho un curso de formación profesional en Administración y Dirección de Empresas. Y aun con todo eso, no encontraba un puñetero trabajo en condiciones.

Y si os preguntáis por qué no estaba trabajando a mis veintinueve años, la respuesta es simple: porque mi anterior jefe no sabía hacer la *O* con un canuto.

El muy tonto —creedme, ese era el calificativo más suave que podía dedicarle— había llevado su empresa a pique. Terminó entrando en concurso de acreedores y el que la compró se dedicó a despedazarla. Vamos, lo que hizo con ella y con la precisión con la que cortó todo… ni el más experto forense lo habría hecho mejor.

A lo que iba, que me desvío y dejo lo importante en el olvido.

El caso fue ese: la empresa se fue a pique hacía dos semanas y, desde entonces, pasé a formar parte del equipo de los parados. Uff… me agobiaba solo de pensarlo.

Yo, que era un culo inquieto, que necesitaba estar en movimiento, haciendo una cosa u otra por la oficina, me encontraba todo el día encerrada en casa.

Me llevé las manos a la boca y grité de pura frustración mientras mi mente pensaba: *«Tierra, trágame y escúpeme en algún lugar que no sea mi casa»*. Porque, sinceramente, odiaba quedarme encerrada. Pero claro, tampoco tenía sentido pasarme el día en la calle de un lado a otro, gastando dinero sin saber cuándo encontraría trabajo.

Y no se os ocurra pensar que podía ir de puerta en puerta buscando empleo; os recuerdo que estamos en la era moderna, donde todo se mueve por internet, entre ordenadores y móviles. Así que sí, había echado currículums. Al principio, solo los envié a puestos relacionados con lo que había estudiado.

Pero, al ver que no obtenía resultados, empecé a mandarlos a todo lo que me iba encontrando. Dios… si lo próximo era probar suerte en OnlyFans. Lo pensé en tono sarcástico, ¿eh? Ni muerta me metía ahí a enseñar mis bragas usadas, entre otras cosas.

Oye, que no digo que los que lo hacen estén mal, por mí cada uno puede hacer con su vida lo que le dé la gana. El problema era mío, que no me veía trabajando en eso.

A mí me iba más otro tipo de empleo, uno con compañeros a los que poder llevar la contraria cuando no tenían razón. Vamos, lo que se dice trabajar en una oficina, donde se supone que todos somos iguales, pero cada uno es de su madre y de su padre.

Digo oficina porque es donde siempre he trabajado, pero lo importante era compartir espacio con más personas; eso, queráis o no, da vidilla.

Creo que me he puesto a hablar como una loca y ni siquiera os he dicho cómo me llamo.

Soy Andrea, sí, como suena. Y aunque sea un nombre bastante común hoy en día, mis padres me lo pusieron porque creían que iba a ser niño hasta el momento en que nací.

Sí, señores, durante todo el embarazo los médicos aseguraron a mis padres que era varón. Imaginad la sorpresa que se llevaron cuando nací. Y no, no penséis nada raro, que entre las piernas no me colgaba nada que diera lugar a confusiones.

Como iba diciendo, pensaban llamarme como mi padre, Andrés, pero al final tuvieron que conformarse con una Andrea. De eso hacía ya casi treinta años; tan cerca estaba que solo faltaba un mes para mi cumpleaños.

Mis padres, Andrés —como ya sabéis— y Almudena, eran trabajadores humildes que vivían en un barrio sencillo, pero con muchos valores.

Mi padre llevaba más de treinta años como jardinero en el mismo hotel, y mi madre era cocinera allí también. Ella empezó unos años después que él.

De su matrimonio nacimos tres hijos: Fanny —así quería que la llamáramos—, la mayor, tres años por encima de Manuel, o Manu para la familia y los amigos.

Él era dos años mayor que yo. No os quejéis, os he dejado la edad de todos servida en bandeja.

Por ahora dejemos a la familia por aquí; ya la iréis conociendo más adelante.

Me independicé a los veinticinco, y no porque me llevara mal con mis padres, sino porque necesitaba vivir mi propia vida y, de paso, facilitarles un poco la suya. Total, todavía tenían a mi hermano en casa… y ese no se iba ni con agua caliente.

Así que convencí a mi mejor amiga para que dejara su casa y nos fuéramos a vivir juntas.

Alquilamos un pisito. No era grande ni lujoso, pero era perfecto para nosotras. Lo decoramos a nuestro gusto y nos quedó hecho una monada.

Irene era un año mayor que yo. Éramos amigas desde primaria. Aunque estuviera en un curso por encima, coincidíamos en el recreo, y fue allí donde nos conocimos.

La primera vez que la vi estaba sentada sola en un rincón del patio. No sé qué me pasó, solo sé que desde que la vi tan solita me dio pena, y desde entonces nos volvimos inseparables. O al menos hasta hoy, porque nunca se sabe lo que puede pasar en el futuro.

Pero ya os aviso: por la cuenta que le trae, Irene va a ser mi amiga para siempre. Tranquilos, bromeo… aunque lo cierto es que nuestra amistad no se rompe fácilmente.

Irene era relaciones públicas en una de las mejores empresas de la ciudad. Bueno, la sede principal estaba aquí, pero con los años se

había expandido por todo el país hasta convertirse en una compañía bastante reputada a nivel internacional.

—Te vas a dejar las pestañas en esa pantalla —dijo nada más entrar por la puerta al llegar del trabajo.

—Tía, no sé qué quieren las empresas. Hablo cuatro idiomas, tengo Administración y Dirección, y, aun así, no consigo nada. Y lo peor es que, como siga así, se me van a ir todos mis ahorros.

—Pues la secretaria del jefe, el mismísimo dueño, se marcha en quince días. Lo ha dicho esta tarde. Te lo comento, por si quieres que hable con él y te eche una mano.

—¿Tú crees que si hablas con él tendré alguna posibilidad?

—No te lo puedo asegurar, pero al menos lo intentaré. —Me señaló con el dedo. Hala, ya venía la advertencia—. Marco es un hombre estricto, no tolera las tonterías ni las bromas. Es muy serio y le gusta que todo se haga como él lo pide —qué bien me conocía la puñetera —, así que si te llaman para la entrevista, contrólate.

—Parece mentira que no me conozcas.

—Precisamente porque te conozco, te lo digo.

—Oye, que sé desempeñar muy bien mi trabajo.

—Eso no te lo discuto, pero también eres experta en decir todo lo que se te pasa por la cabeza.

—Alguna vez me he mordido la lengua.

—Solo cuando has visto las orejas al lobo.

—Mujer, qué exagerada eres. Si sabes que soy un angelito.

—Caído del cielo. —Ironizó.

Y luego decían que yo no me callaba nada… anda que ella. En fin, cada loco con su tema.

—Caída del cielo no creo, más bien salida de entre las piernas de mi madre. —Le saqué la lengua mientras iba hacia la cocina.

—Muy graciosa. Por cierto, ¿qué me vas a hacer de cenar esta noche? —La miré con una media sonrisa.

Si había algo que Irene odiaba con toda su alma, era cocinar. Así que cuando nos fuimos a vivir juntas, acordamos que yo me encargaría de la comida, siempre y cuando tuviera tiempo o ganas. A cambio, ella se ocupaba del baño.

—Hoy tenemos ensalada y lubina al horno.

—Ya me ha empezado a salivar la boca. Me encanta el toque que le das al pescado cuando lo haces al horno.

Por suerte para las dos, a mí sí me gustaba cocinar. Y, además, se me daba muy bien.

Capítulo 2



Andrea

Como estaba aburrida en casa, decidí que era un buen día para pasar por la casa de mis padres, y después iría a ver a mi hermana. Tenía muchísimas ganas de ver a mi muñeca. Hacía varios días que no la veía y ya la echaba un montón de menos.

Aclaro, por si acaso: mi muñeca no era mi hermana, era su hija, una enana de un año que me había robado el corazón por completo. Tenía algo esa niña, no sé qué, pero con solo una sonrisa me desmontaba entera.

Mis padres siempre tenían el mismo turno, supongo que por los privilegios que se ganaron con los años de trabajo. Mi padre se encargaba de los jardines y todo lo relacionado con la jardinería a su aire, como le gustaba a él.

Mi madre era la cocinera jefa del hotel, así que se ocupaba de organizar la cocina y de vigilar que los demás cocineros y pinches hicieran un trabajo impecable. Gracias a ella aprendí a desenvolverme entre fuegos, ollas y cuchillos sin miedo a perder un dedo.

El caso es que, como no tenía nada mejor que hacer, pensé en ir a su casa a echarles una mano con lo que fuera: comida, limpieza o cualquier cosa que se presentara.

Qué silencio había cuando entré. Normal, si ellos estaban trabajando y mi hermano dormía. Era lógico que la casa pareciera un cementerio.

Manu se encargaba de la seguridad en una discoteca, pero no en una cualquiera, no. Él trabajaba en una de esas donde las copas cuestan casi lo mismo que llenar el depósito del coche. Bueno, vale, quizá exagero un poco, pero os juro que era carísima.

El caso es que Manu trabajaba de noche y solía terminar sobre las seis de la mañana, así que se tiraba toda la mañana durmiendo.

Esa vez, sin embargo, no pensaba dejarlo tranquilo. Me reí para mis adentros al imaginarme los gritos que me iba a soltar y la almohada volando en mi dirección. Me daba igual, tiempo dormido era tiempo perdido, y yo necesitaba algo de diversión.

Cogí una servilleta de papel, la enrollé dándole vueltas hasta que quedó como un rulito con punta, y me fui a su habitación.

Sí, queridas amigas, mi hermano era un armario empotrado. Pero no uno de dos puertas, no señor, él era de cuatro como mínimo. De esos que imponen con solo verlos. Mucho músculo, mucho gimnasio… y luego, en el fondo, un blandito. Perro ladrador, poco mordedor.

Abrí la puerta con cuidado para no hacer ruido y ahí estaba mi pequeño mastodonte, dormidito bocabajo, con los brazos metidos bajo la almohada. Me dio ternura verlo así, tan tranquilo, tan distinto al bruto que solía ser despierto.

En el fondo me daba penita despertarlo… pero estaba aburrida y necesitaba compañía, así que la pena me duró poco.

Me acerqué de puntillas, me arrodillé junto a la cama y con la servilleta empecé a hacerle cosquillas. Primero por la oreja, despacito, aguantando la risa.

Sacó una mano de debajo de la almohada y se dio un manotazo, igual que cuando estás dormido y una mosca te ronda la cabeza.

De la oreja pasé a una ceja. Madre mía, me estaba costando la vida no reírme. Los gestos que hacía eran un poema. Luego seguí con la mejilla y, finalmente, con la nariz.

Cuando estornudó, ya no pude más: solté una carcajada que retumbó en toda la habitación.

—Eres una cabrona, Andrea —gruñó medio dormido—. No hace ni tres horas que me he acostado.

—Estoy aburrida, encima que vengo a pasar tiempo con mi hermano favorito. —Puse cara de pena, aunque ni se enteró, porque aún tenía los ojos cerrados.

—Tu hermano favorito está muerto de sueño. No seas pesada y déjame dormir.

Ni loca pensaba dejarlo. Me tiré sobre su espalda y empecé a hacerle cosquillas. Como ni con eso se movía, le agarré las orejas y empecé a hacer ruido como si fuera una moto.

—¡Joder, Andrea, me cago en la puta! —gruñó, dándose la vuelta conmigo aún encima.

En un segundo me tenía bocarriba, con la espalda contra el colchón, y empezó a vengarse haciéndome cosquillas.

Todas las que él no tenía las tenía yo multiplicadas por dos. Es que me reía incluso antes de que me tocara; solo ver su mano acercarse ya me daba el ataque.

—¡Para! ¡Manu, para! ¡Que al final voy a mear la cama y vas a dormir entre mi pipí!

Menos mal que se detuvo, porque lo decía en serio: un minuto más y la tragedia era real.

—¿Qué es lo que quieres de mí exactamente? —preguntó sentándose, con la espalda apoyada en el cabecero y los brazos cruzados sobre su pecho.

—Dios, ¿cómo puedes cruzar los brazos con tanto músculo? —le solté riéndome. Un solo brazo suyo valía por uno de mis muslos.

—Los músculos no me impiden hacer nada —replicó, muy digno.

—Manu, tengo una duda —dije poniéndome seria—. ¿Es verdad que los hombres tan musculosos tenéis… ya sabes, lo otro, más pequeño? —me costaba no reírme.

—Hasta ahora no he tenido ninguna queja —contestó, cogiéndome un mechón de pelo y dándome un tironcito juguetón.

—Levanta, que no he venido solo a verte —le dije dándole con el puño en uno de sus bíceps.

—Eres una mosca cojonera. ¿Por qué no vas a molestar a Fanny, que estará tan tranquila en su casa?

—Ah, por eso no te preocupes. Cuando me canse de ti, iré directa a por ella. —Me encogí de hombros.

—Desde luego, mamá y papá se lucieron contigo —refunfuñó. Pero yo sabía que lo decía en broma. Duro por fuera, oso amoroso por dentro.

—No te quito la razón, conmigo rompieron todos los moldes.

Al final, terminé poniéndolo a limpiar conmigo. Y oye, no se le daba mal. Cuando acabamos, nos metimos en la cocina con música de fondo, como si aquello fuera una pequeña fiesta improvisada.

—Andrea —me llamó de pronto. Levanté la vista—. ¿Por qué lloras, tonta?

El tonto era él. Lloraba porque estaba cortando cebolla.

—Porque no encuentro trabajo y al final no me ha quedado más remedio que abrirme un OnlyFans —dije muy seria, aunque por dentro me estaba partiendo de risa.

Manu dejó lo que tenía en las manos y se quedó mirándome con los ojos como platos.

—¿Será broma? —Negué con la cabeza.

—Andrea, como sea verdad, te mato.

—Ja, ja, ja, ¿de verdad crees que haría eso? —suspiró con alivio—. Aunque oye, no lo descarto si sigo sin encontrar nada. Dicen que se gana una pasta —añadí solo para picarlo.

—Ni muerto, ¿me oyes? —refunfuñó.

—Bah, dejando las bromas aparte, puedes respirar tranquilo. Antes me haría prostituta de lujo.

—Para ya con las bromas, y más con esas cosas.

—Jo, qué corta rollos eres —le dije entre risas.

—Lo que te iba a decir —continuó— es que, si quieres, hablo con Owen —el dueño de la discoteca— para que te meta de camarera mientras te sale algo de lo tuyo.

—¿Harías eso por mí?

—Claro que sí. Pero te aviso: los clientes de allí son gente con mucha pasta y bastante estirados.

—Hermano, por mucho que me gusten las bromas y hablar más de la cuenta, sé comportarme cuando toca.

—Después lo llamo y le pregunto.

—Vale, pero déjale claro que es solo hasta que encuentre otra cosa —respondí—. Irene me ha dicho que la secretaria de su jefe se va en quince días y que va a hablar con él en mi nombre. Ojalá tenga suerte y me coloque allí; sería un puntazo.

—Seguro que lo consigue, ella lleva trabajando con él un montón de años.

Al final preparamos un montón de comida para mis padres. Así podrían descansar unos días sin preocuparse por cocinar.

Comí con mi hermano y, después, me fui a casa de Fanny, quedando con Manu en que me avisaría en cuanto Owen le diera una respuesta.

Capítulo 3



Andrea

—Es que más bonita no puede ser la muñequita de su tita —en cuanto mi hermana me abrió la puerta, fui directa hacia mi sobrina —. ¡¿Pero cómo se puede ser tan bonita?! —Me la comí a besos, y a ella le encantaba que se los diera por toda la cara.

—Eso, todo para la niña y a su hermana que le den —me reprochó Fanny, aunque con una sonrisa que la delataba.

—Fanny, es que donde esté mi niña no se pone nadie. Uff, menos mal que no se parece a su padre y que ha salido por completo a su tía.

Era mentira, claro. Aria era clavada a su padre, con un pequeño toque de mi hermana, pero me gustaba pincharla a ella… y mucho más a mi cuñado Alonso.

Alonso me tenía una especie de amor-odio. Cuando le convenía, me quería mucho, sobre todo cuando le decía que sí a todo —lo cual pasaba en contadas ocasiones, y solo cuando no me apetecía discutir— o cuando me quedaba con mi sobrina para que él y mi hermana pudieran salir un rato.

En cuanto al «odio», bueno… no era realmente odio. Más bien eran puntos de vista totalmente distintos. Pero teníamos que aguantarnos: él porque yo era la hermana de su mujer, y yo porque él era su marido.

—Ti-ta —le repetía a mi sobrina una y otra vez, intentando que me llamara.

—Todavía es muy pequeña para hablar más de dos o tres palabras —me recordó Fanny.

—Pues eso, entre esas dos o tres palabras, me va a llamar a mí —ella puso los ojos en blanco, como diciendo que conmigo no había quien pudiera.

—Ma —balbuceó la pequeña.

—No, ma, no. Aria, escucha: ti-ta. —La dejé en el suelo sobre una manta y le di un juguete para que se entretuviera.

—Manu me ha dicho que va a hablar con su jefe para que me meta de camarera —le comenté a mi hermana cuando se sentó a mi lado.

—Pero a ti eso de ser camarera no te gusta, ¿no?

—Menos me gusta quedarme en casa sin hacer nada —resoplé—. Fanny, tengo el piso como los chorros del oro. Vengo de casa de mamá, de limpiarle y hacerle la comida. Que te diga Manu, que lo he despertado para que se pusiera conmigo. Si lo hice, fue solo por lo aburrida que estaba.

—Qué mala eres, has despertado al pobre sabiendo que trabaja de noche.

—Oye, que tampoco se va a acabar el mundo porque un día duerma menos. Además, estoy segura de que cuando me fui ya se había vuelto a acostar.

—Ahí te doy la razón. ¿No has encontrado otra cosa que te guste más?

—Pues no, y no me puedo permitir el lujo de estar mucho tiempo en la cola del paro. Los ahorros que tengo pueden mermar, y mucho.

—Supongo que, aunque no te guste ser camarera, te lo vas a pasar bien hablando con todo el mundo —dijo, y yo me levanté para recogerle un poco el salón.

No penséis que era tonta ni que me gustaba limpiar en casas ajenas, lo hacía solo con ella y con mis padres, por echarles una mano.

Fanny tenía la casa siempre muy ordenada, pero con mi sobrina tan pequeña era normal que le quedara menos tiempo para todo.

A media tarde mi hermano me escribió y me dijo que podía empezar esa misma noche, y que él pasaría por mi piso para ir los dos juntos.

La verdad, por mí, mucho mejor.

—Fanny, me voy ya. Manu me ha escrito y me ha dicho que empiezo esta misma noche. —Le di un beso y me acerqué a mi sobrina para darle otro.

Bueno, otro no… a ella me la comí a besos.

Al llegar a casa, vi que Irene acababa de cruzar el portal.

—Qué mal se ha puesto el edificio últimamente —dije a su espalda.

—¡Joder, tía, que no te había visto! ¿Por qué dices eso?

—Porque dejan entrar a cualquiera. —Me reí al ver la cara que puso.

—Sabes que muchas veces tienes la gracia en el culo. ¿De dónde vienes?

—En cuanto a la primera pregunta, sigo teniendo la misma gracia de siempre. Lo que pasa es que tú la has perdido. Y a la segunda, vengo de pasar el día entre casa de mis padres y la de mi hermana.

—¿Cómo está la pequeña?

—Tía, cada día está más bonita. Y no sabes cómo me fastidia que se parezca al padre. Aunque hay que reconocer que mi hermana no tuvo mal gusto, pero a veces me saca de mis casillas.

—Lo que pasa es que tenéis los caracteres muy parecidos, por eso chocáis.

—¿Qué dices? ¡Yo no me parezco a él ni en el blanco de los ojos!

—Si tú lo dices. —Me dio la razón como quien se la da a los locos.

—¿Has hablado con tu jefe?

—Hoy no lo he visto. Mañana tengo una reunión con él y se lo diré.

—A ver si tengo suerte. Le tienes que decir que soy la mejor del mundo, yo qué sé, invéntate cualquier cosa, lo que sea.

—Andrea, no le voy a mentir. Además, no necesitas que lo haga. Sabes desempeñar muy bien tu trabajo. Tu único problema es que muchas veces sueltas las cosas sin pensar. Que no digo que lo hagas a malas, pero no todo el mundo tiene tu mismo sentido del humor.

—Lo sé, pero es que me sale solo. Dejando eso a un lado, Manu ha hablado con su jefe y esta noche empiezo de camarera, solo hasta que me salga otra cosa.

—¿De camarera? —preguntó, sorprendida.

—Sí, así mato dos pájaros de un tiro: no gasto mis ahorros y no me aburro en casa. —Fui hacia la ducha para darme una. Irene me siguió. Nos habíamos visto desnudas mil veces, así que ya ni nos inmutábamos; para nosotras era lo más normal del mundo—. Podrías venir una noche mientras yo esté. Estoy segura de que te lo ibas a pasar bien.

—¿Ahí? ¡Estás loca! Si una copa de esas cuesta el sueldo de una semana.

—Ya lo sé, ¿por qué te crees que no he ido nunca? Pero ahora es distinto: Manu te dejará entrar y yo te invito a una copa. —Me até una toalla en la cabeza y otra al cuerpo—. A lo mejor conoces a alguien allí.

—Sí, claro. Como si un tío con dinero no tuviera otra cosa que hacer que fijarse en una simple relaciones públicas.

—Que yo sepa, no llevas un cartel colgado diciendo lo que eres. Y, aunque lo hicieras, no tiene nada de malo.

—No digo que lo tenga, pero ya sabes cómo son todos esos estirados. Estás harta de verlos por las oficinas.

—No todos son iguales. De todos modos, lo de conocer a alguien es lo de menos. Lo importante es que salgas, te despejes y te lo pases bien. Y así también me haces compañía en ese mundo de estirados que dices tú. —Le di un toquecito en la frente con el dedo índice—. Anda, dúchate, que Manu está a punto de llegar. Como me va a llevar, le he dicho que se venga a cenar con nosotras antes de ir al trabajo.

—¿Qué toca esta noche de cena? —preguntó, relamiéndose los labios.

—Esta noche, *pizza*, pero casera. —Cuando decía «casera», quería decir que la masa también la hacía yo—. Ya sabes que Manu come mucho y no le voy a poner una ensalada, que si no, se desmaya a mitad de la noche.

Irene se echó a reír.

—¿Puedes hacer una de esas con los bordes rellenos de queso?

—Para mi niña, lo que ella quiera. No sé qué vas a hacer el día que vivas sola.

—Si tengo dinero, contrataré a una mujer que me haga la comida. —Se desnudó y se metió en la ducha.

—Pues tienes dos opciones, y ninguna creo que ocurra: una, que te toque la lotería, y dos, que te cases con un hombre podrido en dinero. Y eso, querida amiga, lo veo imposible.

Me puse algo cómodo para estar en casa y me fui a la cocina a preparar la masa de la *pizza*, que era lo que más tardaba. En realidad, no se invertía mucho tiempo, solo había que dejarla reposar para que subiera un poco.

Mi hermano no me había dicho cómo tenía que vestirme, así que esperé a que llegara. Seguramente allí me darían un uniforme, o eso imaginaba yo. Vamos, era lo más lógico, y más siendo el tipo de local que era.

Capítulo 4



Andrea

—Lo primero que vamos a hacer es ir al despacho de Owen. Allí te explicará más o menos lo que tienes que hacer.

—Supongo que por lo menos hoy me pondrá con alguien.

—Lo más seguro es que te coloque en la barra de abajo. Digamos que esa es la zona de la gente más corrientilla que puede haber por aquí. No creo que te mande a la barra de arriba, en esa zona los clientes son más… especiales.

—Lo que se dice, pijos, de esos que se creen por encima de todo el mundo, los que piensan que el dinero lo compra todo.

—Esos mismos. —Manu me miró de reojo.

Íbamos en su coche camino de la discoteca después de habernos hartado a comer *pizza*, aunque algunos habían comido más que otros. No voy a señalar a nadie, pero seguro que podéis imaginar quién fue, ¿verdad?

—A esos me los como de un bocado, ya puede ser el papa. A mí, con aires de superioridad... —resoplé. Las personas no se medían

por el dinero que tuvieran, sino por lo que latía en su interior.

—Andrea —me advirtió con ese tono suyo que mezclaba cansancio y paciencia.

—Manu, que yo voy a hacer mi trabajo, pero que no me vengan con tonterías, porque no les voy a reír la gracia solo por poder nadar en una piscina llena de billetes.

—No te digo que les rías las gracias, pero al menos no contestes a la mínima.

—Qué mal concepto tenéis todos de mí.

—Será porque no tienes mucho aguante.

—Tengo el que me dice mi ética que tenga, y no he nacido para bajar la cabeza ante nadie. Y al que no le guste, puerta. Y si cuando vaya a salir está cerrada, que no se preocupe, que yo se la abro con gusto.

—Solo te digo que a veces hay que ver, oír y callar.

—Y lo hago, siempre y cuando no tenga que ver conmigo. Lo que quiero decirte es que por mí, como si todos esos ricachones montan una orgía, o se meten lo que les salga de los cojones, pero que no me vengan a tratar como si fuera inferior. Porque no seré rica, pero inferior no soy.

—Haz lo que quieras, pero no me dejes mal ante Owen.

—Uy, por eso no te preocupes. Te apuesto lo que quieras, a que cuando acabe la noche te va a dar las gracias por haberme traído.

—No estoy muy seguro de eso.

—Hombre de poca fe.

Llegamos a la discoteca y entramos por una puerta lateral. Según me había dicho mi hermano, por allí entraban los empleados y también la mercancía.

Nada más poner un pie dentro, se notaba el lujo en cada rincón. Con las luces encendidas era fácil apreciar los detalles que hacían especial el sitio.

No era solo por el dueño, que seguro que tenía mucho que ver, sino por lo bien pensado que estaba todo: las mesas, la barra, la cabina del DJ… todo colocado con precisión para atraer a la gente.

Imaginé que, cuando apagaran las luces y encendieran solo las de colores, con la música a todo volumen, el ambiente debía ser impresionante.

—Ven. —Me cogió de la mano y me arrastró con él. Cualquiera que nos viera pensaría que éramos pareja.

—Si me coges así y te ven, no voy a poder ligar —bromeé.

Se detuvo en seco y me miró con los ojos entrecerrados.

—Como vea que un tío se pasa de listo contigo, le saco los dientes de un guantazo.

—Uy, qué territorial eres. ¿Sabes que soy tu hermana y que voy a cumplir treinta años, no?

—Precisamente por eso, porque eres mi hermana, intento protegerte.

—Sabes que dejé de ser virgen hace mucho, ¿verdad? —Me aguanté la risa.

—Lo sé, y no te digo que no lo hagas, es lo más normal. Solo digo que no quiero que algún gilipollas te tome por tonta.

Entendía perfectamente que era su forma de cuidarme.

—¿Tú crees que yo iba a dejar que un tío hiciera conmigo lo que le diera la gana? Dices que tú le romperías los dientes, pero te aseguro que antes se los rompo yo.

—Pues también es verdad. Si al final sabes defenderte mejor que yo.

Pasamos por un pasillo que, aunque no estaba a la vista del público, mantenía el mismo estilo elegante del resto del local.

Llegamos ante una puerta. Manu dio dos golpecitos y esperó a que le dieran paso. En cuanto lo hicieron, me indicó que entrara primero.

Al cruzar el umbral, me encontré con un despacho casi más grande que mi piso. Vale, quizás exageraba un poco, pero grande era un rato.

Tras una mesa con varias pantallas, había un hombre revisando unos papeles. No le veía bien la cara, porque la tenía agachada, pero por lo poco que se distinguía, parecía joven. No sé por qué, pero en mi cabeza me lo había imaginado mayor.

A ver, tampoco de ochenta, pero sí de unos sesenta. No me hagáis mucho caso: a veces mi imaginación iba por libre.

—Owen —lo llamó mi hermano—. Andrea está aquí, como me pediste.

Entonces sí levantó la vista y, joder, mejor que no lo hubiera hecho, porque en cuanto lo vi me temblaron hasta las rodillas.

Bendito sea Dios… eso no era un hombre, era un monumento andante. Solo le había visto la cara, pero ya se intuía que el cuerpo debía ir a juego. Si no era así, vaya chasco, me iba a llevar.

Y no, no me toméis por superficial. No lo soy. Pero tampoco mintáis: a nadie le amarga un dulce, y a todas nos gusta alegrarnos la vista de vez en cuando.

—Ah, Andrea, la famosa hermana de mi chico.

Uy… eso de «mi chico» no me gustó un pelo. Sonaba a que mi hermano era su mascota.

—No sabía que mi hermano era el chico de nadie. Pensaba que era libre y sin dueño. —Me giré hacia Manu—. Si lo llego a saber, te traigo atado con una correa.

—Andrea —me advirtió con tono de riña, pero me dio igual.

—Ja, ja, ja, Manu, me encanta tu hermana. —Rio Owen—. Parece que no se deja pisotear por nadie. —Me miró directamente—. Perdona, Andrea, no era mi intención ofenderte. Cuando he dicho «mi chico», era solo una forma de hablar. Confío en tu hermano más que en nadie. Es un buen amigo.

—Bueno, si te disculpas, la cosa cambia. —Y sí, tenía un cuerpo de infarto a juego con la cara—. Y si me dices en qué va a consistir mi

trabajo, quizá pueda ponerme en marcha y empezar a prepararme. Imagino que tendré que ponerme un uniforme.

—Manu, tu hermana no es moco de pavo. Los tiene bien puestos. Y eso es importante, Andrea. Con tu carácter, sé que no te vas a dejar impresionar por cualquiera que quiera regalarte los oídos.

—No necesito que nadie me regale los oídos, que ya vine con ellos de nacimiento. Otra cosa es que me regalen una mansión. —Me encogí de hombros, y Owen soltó una carcajada.

—Madre mía, qué bien me lo voy a pasar contigo por aquí. Si eres así todo el tiempo, no creo que quiera dejarte marchar tan fácilmente.

—Ese sería tu problema, no el mío. Si no pasa nada, espero estar aquí solo quince días.

—Qué pena. Ven conmigo. —Pasó a nuestro lado y salió del despacho.

—Joder, mira que te dije que te cortaras un poco —me regañó mi hermano en voz baja.

—Mira, Manu, no he dicho nada malo, así que no te pongas así. Además, le he caído bien. Por cierto, no me habías dicho que fuera tan guapo.

—Owen no juega en tu liga.

Me quedé con la boca abierta.

—Te estás quedando conmigo para que no me deje obnubilar por él. —Él negó con una sonrisa torcida—. Pues no parece que sea gay.

—No todos tienen que parecerlo.

—No te ofendas, no lo he dicho por ti.

A ver, pongámonos en contexto. Manu era gay desde hacía años. Lo dijo en casa y todos lo tomamos con total naturalidad. A mis padres, a mi hermana y a mí, lo único que nos importaba era que fuera feliz.

Y también os digo que, quien lo viera por la calle, nunca lo imaginaría. Se le veía tan masculino como siempre. Pero claro, igual que los heterosexuales no vamos por ahí gritando si nos gustan rubios o morenos, él tampoco tenía por qué llevar un cartel.

Vamos, lo normal.

—Espera, espera. —Le agarré del antebrazo—. Ahora lo acabo de pillar: vosotros dos tenéis algo.

El muy cabrón ni afirmó ni desmintió. Solo me dedicó una sonrisa de esas que decían: *por fin no sabes algo, capulla*.

—No hace falta que me confirmes nada, ya lo has hecho sin darte cuenta. Puedes ser dos años mayor que yo, pero soy más lista que tú.

Capítulo 5



Andrea

La discoteca se había empezado a llenar hasta los topes nada más abrir las puertas. Por Dios, ¿tantas ganas tenía la gente de dejarse un pastizal en una puñetera copa? De verdad, a veces pensaba que el dinero les quemaba en las manos.

Owen me acompañó hasta los vestuarios de las mujeres. No entró, claro; se quedó en la puerta y llamó a una tal Marisa para que saliera. Enseguida apareció una chica poco mayor que yo, o al menos eso aparentaba. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y una sonrisa que inspiraba confianza, de esas que te hacen sentir un poco más tranquila cuando estás en terreno desconocido.

Después de presentarnos, le explicó que yo estaría bajo su cargo hasta que aprendiera a desenvolverme bien. Y mira, menos mal, porque la primera noche en un sitio nuevo siempre da un poco de vértigo, y más si el lugar tiene tanto brillo y elegancia como aquel.

Marisa se mostró muy amable conmigo desde el primer momento. Me hizo pasar al vestuario, donde me entregó el uniforme. El conjunto consistía en unos pantalones negros ajustados, pero sin llegar a ser vulgares, que realzaban las piernas sin marcar más de la cuenta, y una camiseta de manga corta con un escote en pico

discreto. No era de esos escotes imposibles que te obligan a vigilar cada movimiento, era el justo para sugerir sin enseñar. Todo eso se completaba con unas zapatillas negras que, por lo menos, prometían ser cómodas.

Sí, ya lo sé, todo muy gótico, pero oye, el negro tiene su encanto. Es elegante, disimula manchas y, si sabes llevarlo, incluso te hace sentir un poco más poderosa. Y yo, esa noche, necesitaba sentirme justo así: segura, guapa y con ganas de comerme el mundo.

Marisa me explicó por encima cómo echaban las copas, cómo funcionaba la caja —una de esas modernas y rápidas— y me dijo que el resto lo aprendería sobre la marcha, que lo importante era no perder la sonrisa ni los nervios.

—¿Cómo vas, novata? —me preguntó cuando pasó detrás de mí para atender a un cliente.

—La novata esta, os va a dejar con la boca abierta cuando termine la noche —le respondí sonriendo con toda la seguridad del mundo, aunque por dentro iba improvisando como podía.

—Me gusta tu actitud.

—Más le va a gustar a Owen la caja que vamos a hacer cuando termine la noche.

Calculaba que más o menos habían transcurrido dos horas cuando, sin pedir permiso a nadie, salí de la barra y me fui directa a la mesa del DJ. Me picaba la curiosidad, y sobre todo quería animar el ambiente. Le pregunté si me dejaba el micrófono. Me hizo gracia cómo me miró, con una mezcla de sorpresa y diversión, pero no me puso pegas. Al contrario, me lo dejó encantado, incluso con una sonrisa cómplice.

En cuanto lo tuve en las manos, le di las gracias con un guiño de ojos.

—¡Buenas noches! —saludé por el micrófono, y varias cabezas se giraron hacia mí—. Los clientes fijos ya se habrán dado cuenta de que soy nueva, y para los que no lo sabían, os lo confirmo: hoy es mi primera noche aquí. Pero la cosa no va de eso, va de que quiero aprender. Y si no pedís copas, no voy a aprender mucho. Así que os voy a dar un incentivo, ¿queréis saber cuál es?

Un rotundo ¡sí! resonó por toda la discoteca, seguido de silbidos y aplausos.

—A todo el que se acerque a la barra donde estamos mi despampanante compañera y yo a pedir una copa, le invitaremos a un chupito. Pero eso no es todo: el que más chupitos consiga beber en toda la noche ganará una entrada con cien euros en consumiciones para la próxima vez. ¿Os animáis o no?

El ¡sí! que se escuchó después, casi hizo vibrar las paredes.

—Por cierto, mi compañera se llama Lupe y yo… Lupita. —No sé por qué se me ocurrió aquel nombre, pero sonó gracioso y el público estalló en risas.

A lo lejos vi cómo Owen negaba con la cabeza, eso sí, sin dejar de reír.

—Ya sabéis, todo el mundo a la barra. —Me giré hacia el DJ y le devolví el micro—. Muchas gracias, majo.

—Dios, creo que eres de las que le gusta liarla.

—No, solo quiero que Owen se quede flipado con el dinero que puedo hacerle ganar.

Regresé a la barra, donde Marisa me esperaba con los ojos abiertos como platos y las manos ocupadas sirviendo sin parar.

—La que has liado, más vale que te pongas a servir copas, Lupita.

—Cuando acabe la noche, te aseguro que será la mayor caja que haya hecho Owen desde que abrió el local.

La noche fue avanzando sin tregua, y el ritmo se volvió frenético. Tanto era así que Owen tuvo que mandar a un camarero para que nos echara una mano, porque nosotras dos solas no dábamos abasto.

Eso sí, por nuestras manos pasaba tanto dinero que daba gusto. ¡Madre mía! Aquella gente debía de estar podrida en billetes para gastarse en una sola noche, lo que otros no ganaban ni en tres meses. Pero bueno, como siempre decía: que cada cual hiciera con su vida lo que quisiera, mientras no molestara a nadie.

—Lupita, no es por nada, pero en la zona de arriba hay un morenazo que no aparta la mirada de ti. —me avisó Marisa, justo cuando la cosa se tranquilizó un poco.

—La mirada es libre. Si quiere mirar, que mire. —Me encogí de hombros sin darle la más mínima importancia. Ni siquiera levanté la vista para comprobarlo.

No me interesaba ni ese ni ningún otro de los que había allí. Bastante tenía con no tropezar con las botellas y mantener el ritmo de trabajo.

Copa tras copa, así fue pasando la noche. Entre una y otra, bailé alguna canción con Marisa y con Óscar, que era el camarero que nos había mandado Owen.

El chico era simpático, divertido y sabía cómo ganarse a la gente. Eso sí, a las clientas las tenía completamente embobadas con su sonrisa despampanante. No era una sonrisa cualquiera, era esa típica sonrisa que ponen los hombres cuando saben que son guapos y que pueden llevarse a cualquiera de calle con solo mirarla dos segundos.

De verdad que no entendía cómo había mujeres que se dejaban deslumbrar por tipos así. Chicas, tenéis que quereros un poco más y no caer por una simple sonrisa. Aunque bueno, si lo que buscaban era un polvo rápido y sin compromiso, pues adelante, que algo así tampoco amarga, y además relaja un poco.

A lo que iba, que me enrollo como siempre: la noche fue transcurriendo, y debo admitir que me divertí más de lo esperado. El ambiente era intenso, el público animado, y entre risas, copas y música, el tiempo se me pasó volando.

Cuando dieron las seis de la mañana, cerramos las puertas, y todos los trabajadores nos reunimos en unas mesas. Me felicitaron por lo bien que lo había llevado, y la verdad, me sentí orgullosa. Antes de nada, quiero decir que tampoco era un trabajo difícil, pero, leches, hacía falta cogerle el ritmo y acostumbrarse al modo en que funcionaban allí.

—¿Lupita? ¿En serio? —preguntó Manu aguantándose la risa.

—Yo qué sé, fue el primer nombre que se me vino a la cabeza.

—Con haber dicho tu nombre te habría bastado.

—¿Y qué necesidad tengo de que un montón de desconocidos sepan mi verdadero nombre? —repliqué con un gesto de hombros—. De todos modos, mañana me haré llamar Flora.

Mis compañeros se echaron a reír al escucharme.

—Si tú te vas a llamar Flora, ¿qué nombre me toca a mí? —preguntó Marisa, intrigada.

—Chica, está clarísimo: tú vas a ser Fauna.

—Qué hija de tu madre eres. —Rio Óscar desde el otro lado.

—Tú te callas, que ya pensaré uno para ti también.

—Manu, ya podías haber traído a tu hermana antes —dijo el DJ, que, si os soy sincera, no recordaba ni cómo se llamaba, pero me caía bien.

—Y tanto que sí —dijo Owen apareciendo de pronto, seguramente después de hacer la caja—. Andrea, te aseguro que de aquí no te dejo marchar. A pesar del gasto de los chupitos, me has hecho ganar tres veces más que cualquier otra noche.

—Esa era mi misión. Pero —alcé un dedo, sonriente— nada de esto es gratis. Lo he hecho con la única intención de que todos los trabajadores nos llevemos un extra de cien euros.

—Pues para seguir incentivándote, te voy a decir que esta noche os vais a llevar no cien, sino doscientos. ¿Qué te parece?

—¡Ole, los buenos jefes! —Me levanté de golpe y lo abracé. Al hacerlo, acerqué la boca a su oído y susurré solo para que él me oyera—. Gracias, cuñado.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó con una media sonrisa. Y me gustó eso, porque me demostró que no se escondía.

—Nadie. Pero para que lo sepas, tienes una cuñada muy lista. Solo espero llevarme mejor contigo que con el marido de mi hermana.

—No lo conozco, pero desde ya te digo que soy más divertido. —Me guiñó un ojo con descaro.

—Eso tendrás que demostrármelo con el tiempo. Pero déjame decirte una cosa: ¿ves a mi hermano, todo grande y lleno de músculos? Lo ves, ¿verdad? Pues que sepas que como le hagas daño, eso que te cuelga entre las piernas dejará de colgarte.

Lo vi tragar saliva con los ojos bien abiertos.

—Joder, con lo pequeña que eres y lo bien puestos que los tienes.

—No te lo tomes a mal. Solo protejo a mi hermano, igual que él hace conmigo.

—Enana, deja de asustar a Owen —dijo Manu desde detrás, que lo había escuchado todo.

—Yo creía que tú imponías miedo con ese cuerpo, pero resulta que tu hermana da mucho más. Creo que sería buena en seguridad.

Me gustaba ese hombre. Tenía algo en la mirada, en la voz, en la forma de moverse, que me hacía sentir cómoda. Y si además hacía feliz a mi hermano, pues mejor todavía.

Capítulo 6



Marco

No se me iba de la cabeza la imagen de esa mujer, la forma en la que consiguió meterse a todo el mundo en el bolsillo con apenas unas cuantas palabras. No se podía negar que tenía don de liderazgo, y de sobra.

La observé gran parte de la noche, no lo pude evitar. Al contrario que ella, que no se molestó en mirar a nadie más de lo necesario, solo lo justo para atenderlos y volver enseguida a lo suyo, con esa actitud de «si te he visto, no me acuerdo».

Estaba claro que se sentía muy segura de sí misma… o que tenía pareja y le era fiel, otra explicación no encontraba.

Me hizo gracia cuando dijo que era nueva y que se llamaba Lupita. No me acerqué a su barra, no soy de ese tipo de hombres. A mí me gusta observar a distancia. No necesito que nadie me invite a un chupito; primero, porque no me gusta marearme; segundo, porque apenas bebo; y tercero, porque si me apetece uno, me lo pago yo.

Aun así, tenía que reconocer que supo hacer muy bien su trabajo. Se desenvolvía con soltura, con ritmo, con desparpajo, y además bailaba con naturalidad, moviendo las caderas y los hombros con

una seguridad que llamaba la atención. Y esa sonrisa… esa sonrisa transmitía que lo estaba disfrutando de verdad, que no era simple obligación.

Me intrigaba, no podía negarlo, pero de ahí a ir en su busca había un mundo.

Me fui pronto a casa. De todos modos, lo que había venido a hacer ya lo había hecho: acompañar a un cliente y compartir unas copas porque me lo había pedido. No podía negarme, aunque a mí esos ambientes nunca me habían gustado demasiado.

A la mañana siguiente tenía una reunión con los jefes de cada departamento, y, como siempre, mi fiel secretaria estaría a mi lado.

Cada vez que pensaba en que pronto se marcharía, una rabia muda me recorría por dentro. Me fastidió más de lo que estaba dispuesto a admitir cuando me dijo, con cara de pena, que tenía que irse.

A su marido lo habían trasladado a otra ciudad, y no le quedaba más remedio que acompañarlo.

Con Sandra todo era fácil. Antes de que yo pidiera algo, ya lo tenía encima de mi mesa. Siempre había sido eficiente, metódica y atenta, desde el primer día, y de eso hacía ya casi ocho años.

Solo esperaba que los de Recursos Humanos supieran elegir bien. Sabían perfectamente lo que yo quería y lo que necesitaba, así que confiaba en que no iban a contratar a alguien que no estuviera cualificado. Pero siempre quedaba la duda: ¿esa persona y yo nos entenderíamos igual de bien?

La reunión con mi equipo transcurrió como esperaba. Tenía un gran grupo de profesionales a mi alrededor, y eso facilitaba mucho las cosas y el ritmo de la empresa.

De todos modos, ellos sabían perfectamente que no toleraba la incompetencia ni los errores. A mi lado quería solo a los mejores; para eso les pagaba un sueldo bastante superior al que podrían encontrar en cualquier otra compañía.

Si no cumplían, no los quería en mi equipo. Así de simple. ¿No vales? Puerta. Había millones de personas dándose de cabezazos por trabajar en una empresa como la mía.

—Señor, ¿puedo hablar un momento con usted? —preguntó Irene cuando los demás ya habían salido.

Mira que le tenía dicho que no me llamara señor, cuando no había clientes ni inversores delante. Entre nosotros podía hablarme de tú a tú.

—Te tengo dicho que no me digas señor, soy Marco. Dime, ¿qué necesitas?

—Verás, tengo a mi mejor amiga buscando trabajo. —Ahí estaba, ya me podía imaginar por dónde iba la conversación—. Habla cuatro idiomas, además del castellano, y tiene el título de técnico superior en Administración y Dirección de Empresas. —Hizo una pausa antes de continuar—. Y me preguntaba si podrías contratarla como tu secretaria cuando Sandra se marche.

—Irene, dime una cosa. Si tiene todos esos títulos, ¿cómo es que no está trabajando? —Algo no cuadraba.

—La empresa en la que estuvo cinco años se fue a pique. Todos los trabajadores se quedaron en la calle.

—Si no es buena y no hace las cosas como a mí me gustan, se va a la calle, —le advertí, y vi cómo se le dibujaba una sonrisa—. Y me dará igual que sea tu amiga.

—Gracias, Marco. —Fue la primera vez que me llamó por mi nombre sin que yo se lo pidiera—. Te prometo que Andrea es muy implicada y buena trabajadora.

—Eso espero. —Me levanté—. Confío tanto en ti que no la haré pasar por el proceso de entrevistas. Que esté aquí el último día de Sandra para que ella misma le enseñe cómo quiero las cosas.

Tenía que ir a otra reunión, esta vez fuera de la oficina.

El día se me hizo eterno, uno de esos días en los que todo pesa más de lo normal y lo único que quieres es llegar a casa, servirte una copa y sentarte en silencio en el sofá, sin escuchar nada ni a nadie.

Tenía claro que lo primero que iba a hacer al cruzar la puerta sería ir directo a la ducha.

Las sienes me latían con fuerza. Hasta los cojones estaba de las migrañas que me daban de vez en cuando. Me dolían los ojos, el puente de la nariz, toda la cabeza, como si la presión se me concentrara justo ahí.

Por suerte, todavía no era un dolor fuerte, no como otras veces. Con una ducha de agua fría cayendo por la cabeza y un poco de silencio, tal vez se me pasara.

Ya sentado en el sofá, con las luces apagadas y la casa completamente en calma, no paraba de pensar en la morena de la discoteca. No lograba entender qué tenía esa muchacha para que no pudiera sacármela de la cabeza.

Era bonita, sí, y tenía buen cuerpo, eso era indiscutible. Pero mujeres guapas habían pasado muchas por mi vida, incluso algunas con cuerpos más espectaculares que el suyo.

Creo que lo que me tenía realmente fascinado era su forma de ser. Tenía algo, un magnetismo especial, que conseguía meterse a todo el mundo en el bolsillo sin esfuerzo.

No sé en qué momento se me ocurrió preguntarme si estaría allí esa noche también.

Y cuando me di cuenta de por dónde iban mis pensamientos, me cabreé conmigo mismo. ¿Desde cuándo me importaban a mí esas cosas? ¿Qué más me daba si estaba o no?

No sé si fue por inercia o pura inconsciencia, pero cuando me quise dar cuenta, ya estaba entrando por la puerta del local. Subí directamente a la parte de arriba, exactamente al mismo lugar donde estuve la noche anterior.

Algo había pasado porque los clientes estaban como locos pidiendo copas. Casi todo el mundo se agolpaba en la barra, riendo, brindando, gritando.

No lo dudé: aquella mujer tenía algo que ver. Me intrigaba saber qué demonios había hecho esta vez para montar tal revuelo.

Me acerqué a la barra y pedí un *whisky*. No era lo más recomendable después de una migraña, pero la tentación pudo

conmigo. Aún no me dolía demasiado, pero sabía que aquello era el aviso de que pronto llegaría una buena.

—¿Qué pasa abajo para que haya tanto revuelo? —pregunté, aunque ni yo mismo entendía por qué lo hacía.

—El que consiga tener más copas acumuladas a lo largo de la noche gana una cena con Fauna, y los gastos corren a cargo de la discoteca.

—¿Fauna? ¿Así se llama la chica que habló ayer por el micrófono?

El camarero negó con la cabeza, riéndose.

—No, hoy se hace llamar Flora. Fauna es su compañera. —Intentaba contener la risa—. Le ha jugado una buena. Hoy es su segundo día y, créame, en el tiempo que llevo trabajando aquí nunca había visto que la gente pidiera tantas consumiciones. El jefe está encantado con ella, dice que no la deja escapar ni loco.

—Bueno, supongo que si empezó a trabajar aquí es porque quiere quedarse.

El camarero volvió a negar con la cabeza.

—Eso es lo mejor, dice que solo está aquí hasta que le salga otro trabajo de lo suyo. Por lo visto, entró porque se aburría en casa y necesitaba hacer algo.

No era precisamente discreto, aquel camarero. Tenía más lengua que un loro, y estaba seguro de que, si seguía preguntándole, me contaría hasta el número de calzado de la chica.

—¿Y tu jefe la ha contratado sabiendo que se le va a ir?

—Es la hermana del vigilante de seguridad de la puerta, y entró por él. ¿Puede creer que gracias a ella anoche ganamos doscientos euros más cada uno?

Tenía don, eso no se podía negar. Y por otro lado, sabía perfectamente que si seguía preguntando más sobre esa mujer, este camarero me lo contaría todo. Pero no iba a hacerlo. Cuanto más supiera, más querría saber… y eso no me lo podía permitir.

Capítulo 7



Andrea

—¿En serio te ha dicho que sí? —le pregunté a Irene mientras desayunábamos en la misma cafetería donde lo hacíamos todos los sábados.

El día anterior no había tenido oportunidad de verla: ella había llegado a casa después de que yo me fuera a la discoteca. Irene siempre hacía lo mismo los viernes por la tarde: después del trabajo iba a casa de sus padres y se quedaba allí con ellos hasta después de la cena.

No había dormido más de dos horas, pero ni muerta, me perdía el desayuno con mi mejor amiga; aquello ya era una tradición sagrada para nosotras.

—Sí, empiezas el último día que estará Sandra; lo ha hecho así para que ella te pueda explicar cómo funcionan las cosas y cómo le gusta al jefe que se hagan.

—Nunca me has dicho cómo es.

—Pues un hombre normal como otro cualquiera: serio y muy estricto con el trabajo, pero si haces bien tu labor no tendrás ningún

problema. Es un buen hombre, muy suyo; su vida privada es un misterio para casi todos.

—Un amargado en toda regla.

—No es un amargado —me corrigió—; simplemente exige lo que pide en el trabajo. Es lo normal, ¿no?

—Ya le daré vidilla.

—Deja de pensar que todo el mundo tiene que ser como tú, Andrea. Te lo digo en serio: o te comportas, o te echa a la calle en menos que canta un gallo.

—No me conoces si piensas eso de mí. A ese lo doblo yo en un abrir y cerrar de ojos, ya verás.

—No me has contado cómo te han ido estos últimos días en la discoteca.

—¿Tú qué crees?

—Conociéndote, estoy segura de que lo has puesto todo patas arriba.

—No tanto, pero no te preocupes: de aquí a que me vaya te aseguro que no se van a olvidar de mí. —Me reí al recordar la cara de Marisa cuando dije lo de rifar una cena con ella y que el ganador sería el que más copas consumiera.

Como era lógico —ya que por sus caras no lo íbamos a saber—, con la primera copa les dimos un cartoncito y en ese trocito de papel, por cada una que pedían, les poníamos un sello.

Lo mejor de todo fue que, al acabar la noche y descubrir al ganador, Marisa se quedó asombrada: el chico era justo como ella quería. De verdad, no era un simple cumplido; tanto fue así que me dijo que podría sortear todas las cenas que quisiera y que ella se presentaría voluntaria sin pensarlo.

Lo que ella no sabía era que ese chico ganó no por pura suerte ni solo porque fue el que más consumió; detrás de ese resultado estaba yo, moviendo los hilos con disimulo.

Todavía me entraba la risa al acordarme de la cara que puso Marisa cuando anuncié la cena. Si hubierais visto cómo se le abrieron los ojos, os partíais conmigo.

Eso sí, esta vez Owen no nos dio ningún extra en caliente; dijo que, si la cosa seguía así, ya lo reflejaría en las nóminas a fin de mes.

—¿Se puede saber de qué te ríes ahora? —me preguntó Irene antes de sumergir su churro en el vaso de chocolate.

—De la cara de Marisa cuando rifé una cena con ella —le expliqué, contándole todo lo que había pasado. No se atragantó de milagro, porque le dio un ataque de risa épico.

—Tía, de verdad, eres lo que no hay. Menos mal que le salió bien la jugada a la pobre muchacha.

—Los cojones le salió bien —la interrumpí—. Fui yo la que hizo que ganara ese hombre. Me di cuenta al empezar la noche de que le había llamado la atención, así que, en vez de ponerle un sello, le puse dos o tres por cada copa.

—Qué hija de tu madre eres, tía. La gente se dejaría allí medio sueldo.

—Si van es porque se lo pueden permitir; además, nadie les obliga a beber: beben porque quieren.

—Pues tienes razón.

—Cambiando de tema. Entonces, ¿cuántos días faltan para que seas mi compañera?

—Si no me equivoco, el viernes será tu primer día.

—Guay. ¿Nos vamos de compras? —le pregunté con brillo en los ojos. Ella me miró extrañada—. No me mires así —le dije—. Aunque tenga ropa, quiero comprarme algo más para dejar impresionado a mi futuro jefe.

—Andrea, lo tienes que impresionar por la eficacia de tu trabajo, no por la ropa.

—Ya, pero también hay que ir presentable; no es plan de plantarse con unos *leggings*.

—Mujer, eso tampoco.

—Pues ya estás tardando en terminar con esos churros.

—Siempre igual: eres de las que cuando se te ocurre algo, lo tienes que hacer al momento; no tienes paciencia.

—La tendré luego, cuando esté muerta.

—Ni siquiera ahí la tendrás; si hay otra vida, pobrecito, el que se cruce contigo.

—¿Qué quieres que te diga? Seguro que le doy vidilla aun estando muerto.

—Eres capaz hasta de revivirlo. —Nos reímos las dos.

Fuimos de compras como había pedido. No pensaba gastarme una fortuna en pocas prendas; hoy en día no hacía falta. Por suerte, había muchas tiendas con ropa preciosa, de buena calidad y a muy buen precio.

Me compré un poco de todo: faldas, pantalones, camisas y jerséis —un surtido apañado para ir a una oficina—.

—Irene, mira ese vestido del maniquí —la detuve en seco.

Era negro, entallado, por encima de la rodilla, mangas largas y con un cuello barco sencillo. Lo atractivo estaba en la espalda: la tenía totalmente descubierta hasta la cintura.

No sé qué tenían los vestidos con la espalda al aire, pero a mí me encantaban, y ese no se iba a quedar sin que me lo llevara. Seguro que me lo pondría alguna noche para salir a tomar una copa con Irene.

—Vamos, que me lo quiero probar; y tú también te vas a probar cosas.

—Yo no, que tengo mucho pecho y sabes que no me puedo poner según qué prendas sin sujetador.

—Estás tonta. Claro que puedes. Tienes el pecho bien puesto, no caído. Ya quisiera yo las tuyas. Además, hay sujetadores adhesivos que solucionan todo.

Y vaya si se lo compró: le quedaba mejor que a mí, y no era broma.

Irene tenía un pequeño problema, y es que no veía realmente todo lo que valía. No se valoraba nada, y no lo digo solo porque fuera mi amiga, sino porque la conocía de toda la vida. Tenía un cuerpo que ya lo quisiera yo para mí, palabra.

Estaba delgada, pero no en exceso; tenía esas curvas que atraían sin resultar exageradas, de las que llaman la atención sin necesidad de enseñar demasiado. Y si al pedazo de cuerpo que tenía le añadías esa personalidad tan bonita, ese carácter dulce y ese corazón enorme, lo que obtenías era una Irene que cualquiera querría tener a su lado, ya fuera como amiga o como pareja.

El problema venía de lejos. En su adolescencia se cruzó con un niñato que resultó ser un auténtico capullo, de esos que se creen graciosos, destrozando a los demás para sentirse grandes. Le hizo tanto daño, le minó tanto la autoestima, que aun después de muchos años no había conseguido recuperarse del todo. Y eso me daba una rabia… porque si ella pudiera verse con los ojos con los que la veíamos los demás, se daría cuenta de que vale muchísimo más de lo que piensa.

—¿Qué te parece si soltamos las compras y después vamos a darle por culo a mi cuñado? —propuse con una sonrisa traviesa mientras cargábamos las bolsas.

—Te va a prohibir la entrada en su casa, ya verás.

—¿Él y cuántos más como él? —le contesté riendo—. Antes de que lo haga, me lo como con patatas.

—Yo con ver a mi muñeca, me conformo; lo que tú hagas con Alonso es cosa tuya.

—Pues eso, por el camino podemos comprar una tarta de nueces; a mi hermana le encanta.

—Sí, le vuelve loca, pero tu cuñado es alérgico. —Se aguantó la risa mientras hablaba.

—Con que no la pruebe él, ya vale.

—Eres mala —me acusó entre risas.

—Depende de cómo lo mires, cariño. Si lo piensas bien, llevarle algo que le gusta a mi hermana es de buena persona, no de mala. —Me encogí de hombros, tan ancha.

Irene negó con la cabeza, sonriendo, como si ya estuviera acostumbrada a mis ocurrencias. En el fondo le encantaba que siempre anduviera tramando algo; decía que conmigo nunca había lugar para el aburrimiento, y tenía toda la razón.

A mi sobrina, que aún era chiquitina, le compré una magdalena rellena de chocolate, de esas que huelen a gloria y manchan los dedos de lo bien que están. Y para que veáis que no soy tan mala como parezco, también le compré otra a mi cuñado… aunque esa pensaba dársela después de hacerlo rabiar un poco. Qué queréis que os diga, me divertía verle la cara cuando se mordía la lengua para no picar el anzuelo.

Capítulo 8



Andrea

—Vaya por Dios, ya se me complicó el día —dijo Alonso en cuanto abrió la puerta y me vio aparecer.

—Yo también me alegro mucho de verte, cuñado.

—Sabes que cuando vienes los fines de semana, para mí es peor que estar trabajando.

—Ya tienes tú la piel fina. No sé cómo no te echaron de la policía con el poco aguante que tienes.

—A ti sí que te echaba yo, pero de este país.

—Qué malos son los celos. —Pasé por su lado con una sonrisa burlona—. Tu problema es que no aceptas que mi sobrina se parezca a mí y encima me quiera más. —Era mentira, claro, pero me encantaba pincharle con el tema de la niña—. Encima que vengo a haceros compañía para que no comáis tan solitos, y os traigo el postre. ¿Has visto lo mal que me trata mi cuñado, Irene? —Ella, como siempre, se limitó a sonreír con discreción; no se metía en nuestros rifirrafes.

—No sé cómo soportas vivir con este bicho, te admiro por la paciencia que tienes —le dijo.

—No la pinches tú también, que sabes que te va a responder. —Irene lo saludó con dos besos y se rio—. Sabes que Andrea es muy buena persona y que daría todo por los suyos.

Ella siempre me defendía, aunque lo hiciera de forma más sutil que yo. Yo era mucho más directa… venga, vale, muchísimo más directa.

—Si no fuera buena, ya la tendría entre rejas —replicó Alonso. Se creía que no lo había visto, pero le guiñó el ojo a Irene.

—Ni tú ni todo el cuerpo de policía podríais conmigo. ¿Dónde está mi niña?

—Están en el jardín. Por cierto, ¿qué has traído de postre?

—Uno que sé que te va a gustar mucho. —No le iba a decir nada más; que lo viera cuando llegara el momento.

Salimos a la parte de atrás. A mi hermana le gustaba aprovechar las mañanas templadas para sacar a la niña al jardín. Aria estaba empezando a andar, y como todavía no lo hacía con mucha estabilidad, ¿qué mejor sitio que el césped? Así, si se caía, al menos el golpe era suave.

—¿Dónde está la muñeca más bonita del mundo? —pregunté al verla.

En cuanto me escuchó, se tiró al suelo para gatear hacia mí. Anda que no era lista mi niña; sabía perfectamente que si iba de pie tardaría más, y a gatas llegaba en un abrir y cerrar de ojos.

Como siempre, la cogí en brazos y empecé a llenarla de besos por toda la cara y la barriga. Aria tenía una de esas risas contagiosas que te iluminan el alma; bastaba oírla para que se te dibujara una sonrisa sin poderlo evitar.

Y es que los niños tienen ese don: hasta la persona más seria del mundo se ablanda cuando escucha una carcajada así. Quien no sonría ante eso, es porque tiene el corazón de piedra.

—Cada día te pareces más a tu tía.

—En el blanco de los ojos —refunfuñó Alonso a mis espaldas. Lo ignoré a propósito.

—Ahora solo te falta tener mi carácter.

—No por Dios, todo menos eso —dijo él llevándose las manos a la cabeza de forma teatral.

—Ya me encargaré yo de que así sea.

—Cariño, ¿has escuchado a la bruja de tu hermana? Acaba de amenazarme.

—Qué paciencia tengo con vosotros dos —resopló Fanny—. ¿No tienes a algún compañero que la entretenga? Si está ocupada, a lo mejor dejáis de pincharos.

—Aprecio demasiado a mis compañeros como para mandarles un atentado contra su salud mental.

—El atentado lo tienen ya, contigo de compañero. Me juego lo que quieras, a que nadie quiere hacer patrulla contigo. Me los imagino rezando por librarse de ti.

—Mejor que se traguen eso a tener que soportar tus palabras.

Irene sabía mucho: cuando nos veía así, en plena batalla dialéctica, se centraba en mi sobrina y hacía como que no nos oía.

No era que odiara a mi cuñado, no lo penséis. Era un buen hombre, un marido atento y un padre ejemplar. Pero la guerra entre nosotros venía de lejos, desde el primer día que nos conocimos. Ni siquiera recuerdo bien por qué empezó, pero desde entonces las pullas iban y venían sin descanso.

Mi familia ya estaba acostumbrada, apenas nos hacían caso, salvo cuando la cosa se nos iba un poco de las manos. Aunque, siendo sincera, yo creía que en el fondo era nuestra forma retorcida de demostrarnos cariño.

Porque, aunque nos peleáramos, sabía perfectamente que si alguna vez necesitaba algo, él estaría ahí. Y lo mismo él conmigo. Al final, éramos familia: con nuestras rarezas, sí, pero de las que se apoyan sin condiciones.

Alonso se quedó jugando con la niña mientras nosotras tres nos metíamos en la cocina. Bueno, «nosotras tres» es un decir, porque Irene solo participaba como espectadora. Eso sí, mientras nosotras cocinábamos, ella iba probando «para comprobar el punto de sal».

Hicimos una paella de marisco que, solo con el olor, ya abría el apetito. Tenía una pinta que quitaba el sentido. Vamos, ni el mejor chef del mundo la habría superado. Y si la pinta era buena, el sabor… mejor no os cuento. No gemí de gusto solo porque me contuve.

Mi madre nos había contagiado su amor por la cocina, y no solo a nosotras. Manu también se defendía de maravilla entre fogones.

Claro, con el pedazo de cocinera que habíamos tenido de maestra, no era para menos.

Cuando terminamos de comer, entre todos recogimos la mesa y llegó el momento de los postres. No solo saqué la tarta, sino también el dulce de mi sobrina. El de Alonso, en cambio, lo dejé guardado un poco más.

—Mira lo que le ha comprado la tita a mi niña bonita. —Saqué la magdalena de la caja donde venía y se la puse en un plato.

—Mira lo que le ha traído la tita a mi niña bonita. —Saqué la magdalena de la caja y la puse en un platito.

La pequeña aplaudió emocionada. Con lo golosa que era, no me extrañaba. Fanny, eso sí, solo le dejaba probar dulces de vez en cuando; cuidaba mucho su alimentación.

Luego puse en el centro de la mesa la tarta de nueces. En cuanto la saqué de la caja, tuve que morderme el labio para no soltar la carcajada al ver la cara de mi hermana y de mi cuñado.

—Andrea, sabes que Alonso es alérgico y no puede comer nueces —me riñó Fanny.

—Perdona, no me acordaba.

—Sí que te acordabas. Lo has hecho a propósito.

—No todo gira a tu alrededor, cuñado.

En el fondo me daba pena. Al pobre se le iban los ojos detrás del dulce de su hija. Y sí, tenía a quién salirle lo golosa, porque él no se quedaba atrás.

—Te juro que esta vez no me acordé. Solo quise tener un detalle con mi hermana, que sé que es de sus favoritas. —Puse mi mejor cara de cachorrito, pero no coló—. Ahora vuelvo, que me hago pis. Fanny, guárdame un buen trozo, que pienso comerme el mío y el de tu marido.

Entré en la cocina y saqué el postre de Alonso. Ya lo había hecho sufrir bastante, y mi conciencia no me dejaba seguir. Coloqué la magdalena en un plato, la decoré con mimo y salí con ella entre las manos.

—Aquí tiene usted, caballero. Para que luego diga que soy mala. —Y es que encima el capullo no se bajaba de la burra, me miró con una ceja levantada.

—No sé si fiarme. Tú eres capaz de haberle echado algo para mandarme al hospital.

—Después de que tengo un buen gesto contigo, y me lo pagas así. Ya no te compro más, que lo sepas.

—Alonso, te juro que no le ha hecho nada. Se la ha comprado porque sabía que no podías comer la otra —dijo Irene intentando calmar las aguas.

—¿Has visto cómo era verdad? ¿La quieres o me la como yo? —pregunté levantando una ceja.

Antes de que pudiera añadir nada, me quitó el plato de las manos.

—Ver para creer —dije resoplando.

—Tienes que admitir que, en el fondo, me quieres. —Me guiñó un ojo.

—Tanto, que le he puesto doble dosis de cianuro. ¿De verdad pensabas que mi amiga me iba a traicionar?

—¿Qué quieres que te diga? Por lo menos voy a morir con un buen sabor de boca.

Nos reímos todos. Y es que, para qué negarlo, el tío tenía arte.

Capítulo 9



Andrea

—Marisa, que esta noche tiene que salir todo perfecto —le dije a mi compañera mientras me colocaba bien el uniforme frente al espejo—. Necesito irme de aquí dejando huella, algo que no se olvide fácilmente.

—Me va a dar mucha pena no seguir trabajando contigo.

—No te preocupes, que seguirás viéndome de vez en cuando, —le aseguré mientras me echaba un poco de perfume en las muñecas—. Y que se prepare Owen, porque pienso cobrarme en copas gratis todo el dinero que le he hecho ganar, hasta el fin de mis días.

—Aunque sigas viniendo, no será igual.

—Lo sé. —Suspiré mirando la barra, el escenario, el techo lleno de focos—. En el fondo voy a echar de menos todo esto: poner copas, bailar, gritar, reír, tener compañeros como vosotros, tratar con los clientes —con unos más que con otros, claro—. Por eso mismo, esta noche tiene que salir perfecta. El baile, las copas, todo. Tenemos que dejar a la gente con la boca abierta.

Y es que para esa noche habíamos preparado un número especial: un baile de todos los camareros, al más puro estilo *El Bar Coyote*, pero con otro tipo de música y pasos. La idea había salido de Owen —cómo no—, y nos pareció perfecta para despedirme por todo lo alto.

No solo íbamos a bailar los camareros; también se apuntaron Owen, mi hermano y algunos clientes fijos. Durante las últimas noches, después del cierre, practicamos la coreografía una y otra vez. Yo me moría de ganas de que llegara el momento. Sabía que se me quedaría grabado en la cabeza para toda la vida… o al menos hasta que mi memoria siguiera funcionando bien.

La canción que elegimos entre todos fue *Like Jennie*, de Jennie. Una con ritmo, fuerza y un punto descarado que iba conmigo.

—A Owen, te lo vas a cargar, ¿sabes lo que ha ganado desde que estás aquí? —me soltó Marisa entre risas.

—No, no lo sé, pero me lo imagino. Y en cuanto a lo de irme, se lo dejé clarito desde el primer día: que solo estaría hasta que me saliera otro trabajo.

—Sí, lo sabemos. Pero eso no quita que nos dé pena. Has dejado huella, Andrea, y no para mal, sino de las buenas.

Al final, la tonta iba a ser yo, porque sentí que se me humedecían los ojos… y mira que eso era raro en mí.

—Vas a hacer que llore, y yo no soy de esas. —La abracé con fuerza, porque lo necesitaba y porque sabía que si no lo hacía, se me iba a escapar alguna lágrima traicionera.

Terminamos de cambiarnos y salimos, ella lista para otra noche más y yo, para mi última.

Qué rápido pasaban los días. Parecía mentira que llevara ya quince días allí… bueno, catorce, porque los quince los cumplía al día siguiente.

Al salir al salón, me encontré con todos mis compañeros alineados, esperándome. Cada uno tenía un pequeño detalle: una pulsera, una libreta, una foto, una tontería simbólica, pero que me tocó el alma.

Era imposible no emocionarse. Aquello valía más que cualquier regalo caro.

Los abrazos y los besos se sentían sinceros. En ese instante entendí que había encontrado otra familia. No de sangre, pero sí de corazón.

—Eres un capullo muy grande —le dije a mi hermano cuando me apretó con fuerza entre sus brazos—. Podías haberme avisado.

Me limpié rápido una lágrima con la manga antes de que nadie la viera.

—Si te lo decía, no sería sorpresa, y perdería la gracia. —Me besó la cabeza y sonrió.

—No me sueltes todavía —susurré, porque necesitaba un segundo más así. No me gustaba mostrarme débil; solo Manu e Irene me habían visto así alguna vez.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, enana. Como si fuera toda la vida.

—No te pases, que si hago eso, Owen me mata con tal de tenerte libre para él.

—No te digo que no lo intentara —rio—, pero no lo permitiría nunca.

Me separé de él, aún con la sonrisa medio torcida, y entonces unos brazos distintos me envolvieron por completo.

—No te vayas, enana. No abandones este barco. Sin ti no va a ser lo mismo.

—Sabes que lo mío son los papeles, no las copas. Pero te prometo que algún fin de semana vendré a ponerte el local patas arriba.

—Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti. Y si no te va bien en ese trabajo tan aburrido al que vas, tendrás un puesto aquí —dijo Owen, levantándome la barbilla con dos dedos—. Me conoces poco, pero no dudes nunca de que puedes contar conmigo, pase lo que pase.

—Owen, no me hables así, por favor.

—Te he visto, Andrea. No solo ahora, cuando tu hermano te ha abrazado. Te vi el primer día, cuando entraste por las puertas de mi despacho. Puedes engañar a muchos con tu carácter, pero a mí no.

Qué cabrones eran todos. Mira que intentar que llorase en mi última noche. Me negaba. No iban a conseguirlo.

Siempre había sido dura, y no iba a cambiar justo ahora.

Por suerte, pronto tocó centrarnos. Preparar bebidas, tener cambio suficiente, sonreír y disfrutar. Esa era la mejor forma de despedirme:

haciendo bien mi trabajo.

Las puertas se abrieron y la marea humana empezó a entrar. En cuestión de minutos, la discoteca estaba a rebosar. Mi hermano tuvo que restringir la entrada hasta que salieran algunos.

No dábamos abasto. Ni un segundo de respiro. Incluso Owen acabó detrás de la barra, codo con codo con nosotros.

Cuando por fin se calmó un poco la avalancha, mandé un mensaje al grupo donde estábamos todos los que íbamos a bailar. Owen había contratado a dos extras para cubrirnos: uno para la barra de arriba y otro para reemplazar a Manu en la puerta.

En ese grupo estaban también los clientes que participarían en el número. Cuando vieron el mensaje, se acercaron enseguida. Menos mal que el techo era alto, porque si no, habríamos terminado todos aplastados.

—El moreno de siempre te está mirando otra vez —susurró Marisa a mi oído. Desde el primer día me lo decía: que había un tipo arriba que no me quitaba la vista de encima. Venía todas las noches, según ella.

Ni una sola vez me molesté en mirarlo.

—Como te digo siempre, mirar es gratis y la vista es libre. —Le guiñé un ojo y me giré hacia Owen—. Ayúdame a subir.

Ya tenía el micrófono en la mano, lista para el show.

—¡Buenas noches, chicas y chicos! ¿Quién quiere divertirse esta noche? —pregunté, y el «¡yo!» que se escuchó de fondo fue tan fuerte que retumbó por todo el local—. Siento deciros que hoy es mi

última noche trabajando aquí, —continué, haciendo una pequeña pausa mientras un «ohhh» colectivo se alzaba entre el público.

»Pero no os preocupéis, porque todos mis compañeros hacen su trabajo tan bien como yo —o incluso mejor—, y os aseguro que os lo vais a seguir pasando igual de bien.

—¡Como tú no hay nadie! —gritó un hombre desde una de las mesas del fondo. No pude evitar reírme.

—Amigo, no desprecies el trabajo del resto, o cuando descubra quién eres, te voy a cobrar las copas al doble —respondí guiñándole un ojo mientras la gente reía y silbaba divertida—. Pues, como iba diciendo, que me marcho, pero no podía hacerlo sin una buena despedida. —Me paseé despacio por la barra, jugando con la tensión del momento—. ¿Estáis preparados para descubrir de qué se trata?

Un «¡sí!» ensordecedor llenó la discoteca, acompañado de aplausos y gritos.

—Eso quería oír —dije con una sonrisa amplia—. Chicos, vamos a demostrarles a todos por qué esta es la mejor discoteca de la ciudad.

Cuando estuvimos todos listos, le hice una señal al DJ. Las luces bajaron un poco, el murmullo del público se volvió un zumbido expectante y el bajo empezó a retumbar por los altavoces. La única que al principio estaba subida en la barra era yo; los demás irían incorporándose poco a poco, según les fuese tocando en la coreografía.

El corazón me latía a mil. Desde allí arriba podía ver todas las caras levantadas hacia mí, los móviles grabando. Por un segundo pensé: *madre mía, Andrea, en qué lío te has metido otra vez*. Pero ya no había marcha atrás.

A mitad de la canción ya estábamos todos arriba, y fue entonces cuando empezó el verdadero espectáculo. Nosotros bailando a lo loco, siguiendo el ritmo como podíamos, y los clientes gritando, aplaudiendo, coreando nuestros nombres. Fue una experiencia increíble, bonita de verdad, de esas que te llenan el pecho y te dejan una sonrisa tonta en la cara.

No penséis que nos salió perfecto, porque no fue así. Nos equivocamos más de una vez, cada uno en su momento, pero nos daba igual. Lo importante no era clavar los pasos, sino disfrutar, dejar que la energía nos arrastrara y que la gente lo pasara bien.

Estaba convencida de que acabaríamos saliendo en todas las redes sociales; había tantos móviles grabándonos que aquello parecía un concierto. Pero oye, publicidad gratuita para Owen, que eso nunca venía mal. Seguro que al día siguiente el local estaría más lleno todavía.

Y con ese espectáculo, con los aplausos retumbando en los oídos y el corazón todavía acelerado, me despedí de ese trabajo. Cerraba una etapa que me había dado risas, amigos y recuerdos que no iba a olvidar.

Ahora tocaba empezar otra distinta, una que esperaba disfrutar igual, o incluso más, y en la que, con suerte, también pudiera sentirme tan cómoda entre mis nuevos compañeros como lo había estado aquí.

Capítulo 10



Marco

Siempre me gustaba llegar mucho antes de que mis trabajadores empezaran a hacerlo. Aquella calma previa al movimiento me ayudaba a organizar la cabeza antes del caos diario. Sandra lo sabía de sobra, y por eso, cada mañana, cuando llegaba, traía dos cafés: uno para ella y otro para mí.

Nos gustaba tomarlos mientras poníamos al día la agenda y revisábamos los correos. Yo desde mi ordenador, ella desde su tableta, en un silencio cómodo, de esos que solo se tienen con alguien que conoces desde hace años. Pero hoy sería distinto, porque hoy habría otra persona más.

Una desconocida.

Una de la que no sabía nada más que su nombre y los estudios que tenía.

He de reconocer que el hecho de que hablara varios idiomas fue lo que me hizo aceptar su contratación. Si no hubiera sido por eso, probablemente no habría pasado por encima del protocolo de Recursos Humanos. Era un riesgo, pero un riesgo calculado.

Solo esperaba que fuera tan eficiente como Sandra, porque, aunque fuera amiga de una de mis empleadas, si no rendía, se iría a la calle. Así de simple.

Conociendo a mi secretaria, estaba seguro de que ya habría preguntado cómo le gustaba el café a su amiga para traerle uno también. Sandra era así: meticulosa, responsable, incapaz de disfrutar de su propio café si sentía que estaba siendo descortés con alguien.

La conocía como la palma de mi mano. Después de tantos años trabajando juntos, era lógico. De todos mis empleados, con ella tenía el trato más cercano, y no solo por su puesto, sino porque su forma de trabajar encajaba perfectamente con la mía.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos.

—Adelante.

Me pareció raro. Sandra tenía la costumbre de dar un par de golpecitos para avisar, pero luego entraba sin esperar permiso. Aquello no era su estilo.

La puerta se abrió despacio, y cuando la vi… tuve que parpadear un par de veces. Era la última persona que esperaba encontrar en mi empresa.

Aquello no podía ser real.

Frente a mí estaba la mujer en la que no había podido dejar de pensar durante las últimas dos semanas. La misma por la que, contra toda lógica, había vuelto cada noche a esa discoteca solo para observarla desde la distancia.

—Buenos días, soy Andrea, la amiga de Irene.

Avanzó hasta situarse frente a mi mesa. Yo no podía apartar la mirada de ella.

Por alguna razón, su presencia me descolocó por completo. Mi instinto —ese que rara vez se equivocaba— me decía que aquella mujer iba a poner mi empresa patas arriba. Y lo peor es que sabía por qué. Bastaba recordar cómo había revolucionado la discoteca aquella noche para entenderlo. Era un huracán, de esos que arrasan sin pedir permiso.

Me levanté despacio, sin dejar de observarla. Se la veía nerviosa, aunque lo disimulaba bastante bien. Pero yo lo noté. En la forma en que apretaba los dedos contra la carpeta que llevaba, en el leve movimiento de su pie.

—Soy Marco. —Le tendí la mano para estrechar la suya.

Y ahí, tan cerca, lo confirmé: si en aquella discoteca, con luces de neón, música alta y una camiseta negra cualquiera, me había llamado la atención… ahora, con esa ropa formal, con ese perfume suave y esa mirada tan viva, directamente me había dejado paralizado.

Era bonita, sí, pero no era solo eso. Tenía algo más: una energía que llenaba el espacio. Mucho más joven que yo, pero con una seguridad que desconcertaba.

—Llegas antes de tiempo. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—Mejor llegar con tiempo que tarde, ¿no cree? —alzó una ceja, divertida. Ese pequeño gesto la hizo parecer todavía más atractiva.

—Tiene razón. Siéntese, por favor, mientras llega Sandra. —En cuanto se sentó en una de las dos sillas frente a mi escritorio, yo hice lo mismo—. Irene me comentó que habla cuatro idiomas, pero no me dijo cuáles.

—Cinco, si contamos el nativo. —Me sorprendió la rapidez con la que respondió, segura de sí misma—. Inglés, alemán, italiano y japonés.

¿Japonés? No me lo habría imaginado. Esperaba francés, quizá portugués, pero no eso.

—Y el francés lo chapurreo un poco, por eso no lo incluyo. Los demás los hablo con mucha fluidez.

—Desde luego me viene muy bien tener a una secretaria que domine idiomas, no se lo voy a negar. —Reconocí, sincero—. Yo solo hablo inglés e italiano. Fuera de ahí, nada.

Le hice un par de preguntas más sobre su experiencia, sus trabajos anteriores, y entonces, sin venir a cuento, soltó una pregunta que me dejó completamente fuera de juego.

—¿Siempre es así de serio?

Por un momento no supe qué decir. Nadie, en todos mis años como director, se había atrevido a preguntarme eso.

—Aquí se viene a trabajar, no a hacer amistades ni a sonreír.

—¿Tenemos prohibido hacerlo? —preguntó con una mezcla de ironía y curiosidad.

—Era Andrea, ¿verdad? —Sabía perfectamente que lo era, pero quería recalcarlo—. Si quiere sonreír, hágalo, siempre y cuando no dé lugar a malentendidos ni interfiera en su trabajo —hablé con calma, marcando cada palabra—. El que yo sonría o no, es asunto mío.

—Perdone que le lleve la contraria, jefe, pero sí que influye. —Cruzó los brazos sin perder la sonrisa—. Con tanta seriedad, puede crear un ambiente un poco incómodo. Y si se trabaja a gusto, créame, el trabajo rinde mucho más.

Dios… llevaba diez minutos en la empresa y ya estaba intentando cambiar las reglas. Muy mal empezábamos.

—Andrea, —dije con tono firme— usted solo tiene que venir, hacer su trabajo y olvidarse de lo demás. Mis empleados cumplen perfectamente, y si no lo hicieran, hay miles de personas esperando su puesto.

La vi morderse el labio, contener una respuesta. Esa mirada suya, tan directa, me dejó claro que mi forma de pensar no le había hecho ninguna gracia. Pero me daba igual.

Aquello era *mi* empresa. Se hacían las cosas como yo quería, sin excepciones. Mucho menos iba a dejar que alguien —por muy atractiva que fuera— viniera a decirme cómo debía comportarme.

Había observado a Andrea durante dos semanas sin atreverme a acercarme, y ahora la tenía delante, en mi terreno. Y por más que me costara admitirlo, había algo en ella que me removía por dentro.

Por suerte, Sandra llegó poco después, y el ambiente se alivió. Le expliqué brevemente la situación y ella se encargó de mostrarle a Andrea cómo funcionaba todo: la organización, los correos, los archivos, los protocolos.

Cuando salieron de mi despacho, respiré. No tan tranquilo como me habría gustado, pero al menos sin esa sensación de tener el corazón golpeándome el pecho. Aunque el olor de su perfume seguía flotando en el aire, como si se negara a marcharse.

Durante el resto del día, Andrea fue entrando varias veces al despacho, cada vez que necesitaba una firma o tenía alguna duda. Siempre tocaba antes, esperaba a que le diera paso y, eso sí, cada vez lo hacía con una sonrisa distinta, como si el simple hecho de estar aquí le pareciera divertido.

Sandra entraba con profesionalidad. Andrea, en cambio, entraba como diciendo: *este sitio parece un funeral, pero yo me pienso reír igual.*

Iba a ser difícil trabajar con ella mano a mano, eso lo supe desde el minuto uno. Y también supe que, en cuanto cogiera confianza, su lengua no se iba a quedar quieta.

Menos mal que era viernes. Tenía dos días por delante para asimilar lo que se me venía encima con ella.

¿Cómo podía tener tanta energía? Si apenas debía haber dormido. Lo más probable es que, después de su turno en la discoteca, no hubiera pegado ojo. Y, aun así, allí estaba, con esa sonrisa y esas ganas de comerse el mundo.

La noche anterior, cuando se despidió del trabajo, puso el local patas arriba. En mi vida había visto algo igual: una simple camarera capaz de volver locos a todos los clientes, y encima terminar bailando encima de la barra.

Estaba convencido de que aquella idea había salido de su cabeza. Y ahora, esa misma cabeza loca, creativa y provocadora… iba a ser

mi nueva secretaria.

Qué pequeño era el mundo.

Capítulo 11



Andrea

—¿Siempre es así? —le pregunté a Sandra, apoyándome en el borde de su mesa mientras ella ordenaba unos documentos.

Era mayor que yo, eso lo sabía por una conversación que habíamos tenido la primera mañana. Me llevaba quince años, aunque seguía siendo una mujer joven, elegante y muy bien cuidada. Se notaba que tenía experiencia no solo en el trabajo, sino en la vida.

—¿Así cómo? —preguntó sin levantar demasiado la vista.

—Pues así, todo serio y cortante.

Sandra sonrió con un gesto cómplice.

—Me encantaría quedarme aquí como simple espectadora. Por lo poco que he visto de ti, preveo que le vas a dar más de un dolor de cabeza al pobre de Marco.

No se equivocaba. Yo misma lo intuía: antes de un mes, ese hombre iba a reírse hasta de su propia sombra, lo supiera o no.

—No te voy a negar que es serio —continuó ella—, creo que lo he visto sonreír una o dos veces como mucho, pero eso no lo hace peor que otra persona.

—Ni mejor —la corté—, pero no me digas que cuando se trabaja feliz todo sale mejor. Si el ambiente es agradable, el trabajo fluye, se nota.

—Tienes razón, pero no todo el mundo es igual —suspiró y se giró hacia mí, adoptando un tono más de consejo que de conversación—. Te voy a decir una cosa para que dures mucho tiempo aquí: si lo dejas a su aire, no lo contradices y haces bien tu trabajo, te aseguro que estarás en este puesto hasta que te jubiles.

—O sea, que lo que me estás intentando decir es que tengo que ser una sumisa de pies a cabeza, ¿no? —La miré con la cabeza ladeada—. Si es así, lo siento mucho por él… y más lo voy a sentir por mí. El sueldo es bueno, no te lo niego, pero yo no soy sumisa. Y menos de nadie.

—No es eso, mujer. —Sandra soltó una risa suave—. Pero ya sabes que en los trabajos hay que hacer lo que el jefe mande.

—Por supuesto —asentí—, pero una cosa es cumplir con tus obligaciones y otra muy distinta, es decir que sí a todo. Somos personas, no máquinas. Tenemos un corazón que late, a veces de alegría, a veces de pena, pero late, y con cada latido nos recuerda que seguimos vivos. Y una vida así… hay que vivirla, porque nunca se sabe cuándo puede acabarse.

Sandra me observó en silencio unos segundos antes de hablar.

—Unas palabras muy sabias para alguien tan joven como tú.

—La edad solo es un número, Sandra. Lo que te hace madurar es la vida.

Se me estaba haciendo muy largo el día. No porque no me gustara lo que me estaba enseñando Sandra, ni porque me pareciera pesado. De hecho, todo lo contrario: me caía bien, me inspiraba confianza, y su manera de explicarme las cosas era tan ordenada y clara que hasta daba gusto escucharla. Pero el cuerpo no me acompañaba.

Aunque ya sabía hacer la mayoría de las tareas, eso no significaba que no aceptara sus consejos. Cada oficina tenía su forma particular de funcionar, sus manías, sus pequeños rituales. Y como decía siempre mi padre, el saber no ocupa lugar, así que me esforzaba por absorber todo lo que pudiera, aunque el sueño me pesara en los párpados.

No había dormido ni diez minutos. Llegué a casa sobre las siete y media de la mañana, después de cerrar la discoteca a las seis y quedarme un rato más ayudando a recoger, dejarlo todo limpio y preparado para la noche siguiente. Cuando por fin crucé la puerta de casa, lo único que quería era cama, pero sabía que si me tumbaba, no me levantaría.

Así que opté por una ducha bien caliente, de esas que te devuelven a la vida, seguida de un desayuno digno de campeona: café fuerte, tostadas y fruta. Después me puse ropa de estar por casa, respiré hondo un par de veces, y en cuanto el reloj marcó la hora, me vestí con mi conjunto de oficina y salí rumbo a la empresa.

No me esperaba para nada encontrarme con un jefe tan joven. Para entendernos, no era un crío, pero tampoco el típico hombre mayor que uno se imagina al frente de una empresa seria. A simple vista, yo le echaba unos treinta y pico largos, quizá algo más.

Moreno, con esos ojos marrones tan oscuros que rozaban el negro, y unos rasgos definidos, atractivos, casi duros. Y, aun así, a pesar de su gesto serio y esa expresión que parecía tallada en piedra, el atractivo no se le iba. Todo lo contrario.

—Algo me dice que no me acomode mucho, porque voy a durar en este puesto bien poco.

—¿Por qué dices eso? —dijo Sandra levantando la vista de unos papeles.

—Digamos que es pura intuición. —Me encogí de hombros.

—Pues yo también tengo la mía, y no sé si será por experiencia, pero algo me dice que eres la indicada para trabajar junto a él.

—Ya veremos qué pasa. —No confiaba mucho en las palabras de Sandra, aunque se notaba que me lo decía con buena intención.

A la hora de comer, quedé con Irene frente a la empresa. Cuando la vi venir, con ese paso ligero y su eterna sonrisa, la señalé con el dedo nada más verla.

—Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente —le dije señalándola con el dedo.

—¿No te ha ido bien? —preguntó, alzando las cejas.

—Sí, sobre todo con Sandra. Es un encanto, y entiendo perfectamente que tu jefe no quiera que se marche.

—Te recuerdo que desde hoy también es tu jefe —me corrigió, divertida.

Nos sentamos en la terraza de un restaurante cercano, uno de esos sitios con toldos rojos y mesas de hierro forjado. Según Irene, allí comían casi todos los empleados, incluso Marco. El aire era fresco pero agradable, y todavía no hacía el suficiente frío como para tener que refugiarse dentro. Me contó que en invierno ponían unas estufas de exterior y se seguía igual de bien.

—Nunca me dijiste que tu jefe era tan joven.

—Y dale —resopló—, también es tu jefe. ¿Y qué más da si es joven o mayor? Es tu jefe y punto.

—Ya, pero por Dios, esa seriedad… Está en la flor de la vida y tiene los labios más fruncidos que una alcachofa cerrada. —Irene soltó una carcajada.

—No sabes cómo ha sido su vida, Andrea. No puedes pretender que todo el mundo tenga tu carácter.

—Lo sé, no soy tonta. Pero me gusta ver feliz a la gente que tengo cerca. No tiene nada de malo, ¿no?

—Andrea —me miró con calma—, sé que necesitas ver a todo el mundo bien, pero ¿no te has parado a pensar que a veces las personas son felices, aunque no sonrían?

—Irene, que tengo casi treinta años, no soy una niña. Y tú, menos que nadie, puedes recriminarme que quiera vivir la vida como si cada día fuera el último.

En cuanto lo dije, vi cómo su expresión cambiaba. Le cruzó una sombra por la mirada, una mezcla de nostalgia y culpabilidad. No pretendía recordarle aquello, pero fue inevitable.

Ella estuvo ahí, a mi lado, cuando pensé que no saldría adelante. Con diecinueve años recién cumplidos, había pasado por algo que me cambió la vida. Y desde entonces me juré que si el destino me daba una segunda oportunidad, la aprovecharía para vivir con una sonrisa y preocuparme solo por lo que realmente importara.

—No quería decir eso, y lo sabes —susurró Irene, dándome un golpecito en la mano—. Solo te pido que dejes que cada uno viva su vida a su manera.

—Te prometo que lo voy a intentar, aunque me voy a tener que morder la lengua más de una vez.

—Solo no te la cortes con los dientes, que quiero que sigas dándonos guerra. —Intentó aliviar el ambiente, y lo consiguió.

—Tranquila, eso no va a pasar.

Pedimos la comida: una ensalada para compartir, filetes de pollo a la plancha para ella y pez espada para mí. Mientras esperábamos, dejamos atrás el tema. No era algo de lo que nos gustara hablar mucho.

Ella me entendía, y yo a ella. Esa complicidad que teníamos no necesitaba más palabras.

Cuando volvimos a la oficina, Sandra ya estaba en su puesto, concentrada como siempre. De Marco, ni rastro. Según me comentó, tenía una reunión fuera y no volvería por la empresa hasta el lunes.

Eso me daba ventaja. Dos días enteros para pensar en un plan.

Necesitaba encontrar la manera de sacarle una sonrisa. Una de verdad, no de esas forzadas que se hacen por educación.

Si ese hombre ya imponía tanto sin sonreír, no quería ni imaginar cómo estaría sonriendo, aunque fuera solo un poco. Y, sinceramente, tenía curiosidad.

Sí, ese iba a ser mi propósito para los próximos días. Y cualquiera que me conociera sabía que, cuando algo se me metía entre ceja y ceja, no paraba hasta conseguirlo.

Porque detrás de esa seriedad tenía que haber algo. Nadie puede llevar tanto peso encima sin que le pese el alma. Y las cargas, cuando se comparten, siempre pesan un poco menos.

Por desgracia, yo lo sabía muy bien.

Capítulo 12



Andrea

—Esta noche nos vamos a poner el vestido que nos compramos la semana pasada —le dije a Irene en cuanto salió del baño, aún secándose el pelo con la toalla.

—¿Qué dices? —preguntó alzando una ceja, como si no hubiera escuchado bien.

—Lo que has oído —insistí, apoyándome en el marco de la puerta —, esta noche vamos a la discoteca. Quiero visitar a mi hermano y a mis amigos.

—¿No es mejor que pidamos algo de cena y nos quedemos aquí? —propuso con ese tono tranquilo tan suyo—. Piénsalo: pijama calentito, chuches, una peli y cero complicaciones.

—No me tientes porque no lo vas a conseguir. Me apetece salir y que tú vengas conmigo, así que hoy no acepto un no por respuesta.

—Sabes que no soy mucho de salir.

—Que me da igual, Irene, que tienes treinta años y no puedes vivir del trabajo a casa y de casa al trabajo. Tía, que solo sales los viernes

para ir a casa de tus padres, y eso no cuenta como salida.

—Vale, como quieras, pero si me aburro, cojo un taxi y me vengo para casa.

—Irene, que vamos a una discoteca, ¿cómo te vas a aburrir? —Después decía que si mi forma de ser, pero la suya era muy difícil.

Le costaba mucho salir de su zona de confort y abrirse a otras personas. No se daba cuenta de que cada vez se estaba quedando más estancada, y eso sí que no se lo podía permitir.

—Pues aburriéndome. Me gusta estar en casa.

—Te aguantas, por lo menos esta noche. Te prometo que no te vas a aburrir, aunque tenga que hacer el ridículo con tal de que no lo hagas tú.

—No, por favor, el ridículo no te hace falta que lo hagas, porque si lo haces me darías vergüenza ajena, y es entonces cuando sí que huiría de ese lugar.

Nos echamos a reír, porque ella sabía que yo jamás haría algo así. Esperad un momento; antes de que penséis que sí sería capaz de hacerlo, os lo aclaro: una cosa era lo que hacía para divertirme y para que lo hicieran otros, y otra muy distinta era hacer pasar a mi amiga por un mal rato.

Me costó la misma vida que se pusiera ese vestido. «Gracias a ti, maldito hijo de puta», pensé en el desgraciado que se había dedicado a hundirle la autoestima, pero os puedo jurar que, así me dejara la vida en ello, se la iba a subir tanto que las nubes parecerían un sótano.

Con ese vestido no se podía llevar el pelo suelto, porque si lo hacías perdía toda la gracia que estaba en la espalda. Así que a Irene le hice una cola a un lado de la cabeza, haciendo que el pelo le cayera por encima de un hombro.

Yo me lo recogí en un moño de esos que parecen despeinados, pero que en realidad te tiras dos horas haciéndolos hasta que quedan perfectos. No sé si me entendéis, pero estoy segura de que a más de una os ha pasado lo mismo.

Ah, por cierto, creo que no os conté cuando nos compramos los vestidos, que el mío era negro, pero el de Irene era rojo. Lo hicimos así para que alguna vez pudiéramos cambiárnoslos y así tener dos vestidos en uno. Estrategias de supervivencia cuando algo te gusta demasiado.

Una simple *BB Cream*, máscara de pestañas y labial rojo sangre, y lo más importante: unos buenos taconazos. Listas para pasar una noche que nos hiciera la vida un poco más divertida, al menos por esta noche.

El taxi nos dejó en la misma puerta. A través de la ventanilla vi a mi hermano, con su imponente cuerpo y tan serio, que cualquiera que no lo conociera se asustaría de él. Cuando en realidad era todo lo contrario. Lo mejor que tenía Manu era el corazón, tan grande como su cuerpo, y eso ya era decir mucho.

—Pero mira qué dos bombones tenemos esta noche por aquí. —Nos abrazó a las dos al mismo tiempo; sus brazos daban para abarcarnos de sobra.

—Quita, mastodonte, que nos vas a despeinar.

—Tú ya vienes despeinada —dijo al fijarse en mi pelo.

—Como no estarás harto de ver a mujeres peinadas como yo.

—Y siguen estando igual de despeinadas que tú.

—¿Cómo fue anoche? —le pregunté. Si no cambiábamos de tema, iba a terminar dándole un puñetazo, aunque para él eso sería una caricia.

—Por lo que parece, les enseñaste bien. Se montaron la noche de lujo y animaron un montón. Verás cuando te vean entrar.

—Hoy quiero verlo todo desde la planta de arriba, aunque solo sea un ratito.

—Dile a Owen que suba con vosotras, por lo menos así sale un rato del despacho.

—Ahora mismo voy a buscar a mi cuñado favorito.

—Enana, como te escuche Alonso decir eso, te hace la cruz de por vida.

—Ese es su problema, no el mío. —Le guiñé un ojo.

Que tuviera mis dimes y diretes con el marido de mi hermana, no quería decir que no lo quisiera. En realidad, esa era nuestra forma de demostrarnos el cariño.

Cogí a Irene de la mano y tiré de ella hasta la barra donde estaban Marisa y Óscar.

—Chicos, ¿me habéis echado de menos? —pregunté gritando.

—¡Andrea! —gritó Marisa con una enorme sonrisa— no creía que fueses a venir tan pronto.

—Mujer de poca fe. Tenía que venir para enseñarle todo esto a mi amiga. —le dije señalando a Irene, que estaba a mi lado sin abrir la boca—. Ella es Irene, mi mejor amiga —me volví hacia mi amiga— y ella es Marisa, mi compañera de trabajo y desde entonces amiga. Y aquel que viene por ahí es Óscar, nuestro rompecorazones.

Y lo vi. Ese preciso instante en el que sabes que algo acaba de pasar. Vi cómo los ojos de mi amiga se iluminaron como dos faros en cuanto Óscar se cruzó en su camino. La mirada de él no se quedó atrás. Se la comió con los ojos, vamos, lo que se dice comúnmente: la repasó de arriba abajo y de abajo arriba. Me mordí el labio para evitar sonreír.

Mira por dónde mi amiga me iba a agradecer que la hubiera obligado a salir.

—¿No sabía que había dejado tanta huella en tu corazón? —dijo el muy descarado— ¿Quién es la preciosa que viene contigo?

—Ella es Irene, y es como mi hermana. Así que yo que tú iría con cuidado, ya sabes lo que te digo, ¿verdad? —Le guiñé un ojo—. Irene, él es Óscar. No te asustes, parece que muerde, pero la realidad es que no sabe ni enseñar los dientes.

—Muy graciosa —me dijo y, sin esperarlo, saltó la barra para saludar a Irene con dos besos—. Qué pena no haberte conocido antes —le dijo de forma teatral—, acabas de robarme el corazón.

Desde luego que tenía labia para todo el mundo.

—Y con él me pienso quedar. —Qué feliz me sentía, mi amiga no se había quedado callada.

—Uy, tenemos aquí a una ladrona en toda regla. A las ladronas tengo que cachearlas.

—Inténtalo, a lo mejor te sorprendes al descubrir lo que escondo.

Esto no podía estar pasando de verdad. Tenía que estar soñando, porque no era ni medio normal que Irene contestara así y mucho menos a un hombre.

Mi mirada iba de uno a otro sin dar crédito. Bueno, de él me lo esperaba, pero de ella no. Me había quedado muerta, pero muerta de verdad.

Más feliz no me podía sentir, porque, aunque creáis que esto era una tontería, no os podéis imaginar el paso tan grande que había dado Irene al hablar así.

—Óscar, ¿te quedas con ella mientras voy a ver a Owen?

—Eso no se pregunta.

Irene se sentó donde él le indicó y, mientras yo iba hacia el despacho de Owen, vi que Óscar no le quitaba la vista de encima ni un segundo, aunque iba sirviendo copas.

—Cuñado, he venido a verte porque no puedo vivir sin ti —le dije tras entrar sin permiso e irme directa hacia él.

—No sabes cómo me conmueve que me tengas tan presente. —El payaso hizo como si se limpiara una lágrima.

—No hace falta que llores por eso. Yo creo que vas a llorar más cuando te diga que he venido a beber por toda la cara y a tu costa.

—Nena, eso ya lo daba por hecho. Después de todo, eres muy predecible.

—Entonces habrás predicho que he traído a mi amiga para que beba gratis también. —Reí.

—Pequeña, que mi negocio trata de vender copas, no de regalarlas. —Estaba más que claro que bromeaba.

Encima de la mesa, Owen tenía un montón de monitores con las imágenes de la discoteca apuntando a distintos puntos. Estaba distraída mirando las pantallas.

Ya sabéis, por eso de matar un poco la curiosidad, por ver qué estaban haciendo unos y otros, porque, seamos sinceros, podías encontrarte con situaciones de lo más raras. Uff, el ser humano es realmente complejo. Mejor no pierdo tiempo ahora analizando a unos y a otros.

Capítulo 13



Marco

No sé cómo cojones me había dejado arrastrar por mi hermano, su mujer y su cuñada, pero aquí estaba otra vez en esta puñetera discoteca, con la única diferencia de que, en esta ocasión, no estaba detrás de la barra cierta morena que me tenía la cabeza jodida.

Me dolía la boca de decirle a mi hermano que dejara de intentar emparejarme con su cuñada, pero él se lo pasaba por los cojones, y yo, por educación, no la rechazaba abiertamente.

Era verdad que intentaba mantener las distancias, pero en muchas ocasiones se me hacía más complicado de lo que parecía, y por lo que veía, esta iba a ser una de esas noches.

—¿Por qué no te sientas con nosotros en vez de estar aquí mirando desde la barandilla? —preguntó Sandro. Estaba apoyado junto a mí, en la baranda de la planta de arriba, desde donde se podía ver casi toda la pista.

—Porque no me apetece. Sandro, no quiero ser cortante contigo, pero no sé qué cojones te pasa para intentar que haya un acercamiento con la hermana de tu mujer.

—Esther es muy buena chica, es educada, sabe comportarse en todo momento y, además, es muy guapa. —Lo fulminé con la mirada.

—No intentes vendérmela como si fuera una moto. Es una persona, no un objeto. Pero lo más importante: esa mujer no me gusta lo más mínimo. Así que deja de una puñetera vez de metérmela hasta en la sopa, porque no lo vas a conseguir.

—Vale, no te gusta, lo puedo entender, pero eso no implica que no puedas estar con nosotros.

—Sí que implica, y más de lo que piensas. —Lo miré serio—. Mira, no me gusta ofender a nadie, pero esa mujer no tiene dos dedos de frente. Todo lo que tiene de presumida le falta de inteligente. Y en cuanto a ti… creía que mi hermano era mucho más de lo que está siendo últimamente.

Apoyó los antebrazos en la baranda justo a mi lado, de manera que quedamos los dos viendo la planta baja, de espaldas a su mujer y a la cuñada.

—Clara es muy insistente cuando quiere, y más cuando se trata de su hermana.

—Tú nunca has sido así. No puedo creer que una persona te haya cambiado tanto.

—Sabes que Clara no es mala. —Eso lo tenía claro, pero joder, era muy pesada con el tema de su hermana—. Solo que no sabe decirle que no.

—Pues no me va a quedar más remedio que cortar este tema de raíz. Hasta ahora he sido educado y he seguido quedando con

vosotros por no ser desconsiderado, pero si vosotros no lo sois conmigo, yo tampoco lo voy a ser.

—¿Qué quieres decir?

—Que no va a haber más encerronas. Las únicas veces que voy a tolerar a esa mujer serán en reuniones familiares. Fuera de ahí, no contéis más conmigo, porque no pienso quedar más.

—¿Tanto la odias?

—No la odio, simplemente no puedo con ella. Sinceramente, me parece una tía que solo me ve como un futuro garantizado para tener todo lo que el dinero puede comprar.

Mi mirada se perdió hacia la zona de la barra, imaginando que quizá me encontraría otra vez con aquella morena que me estaba volviendo loco. Mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Pero, en su lugar, me encontré con la relaciones públicas de mi empresa. Joder, no parecía ni la misma mujer con ese vestido rojo. Estaba cerca de la barra, hablando con el camarero.

¿Qué hacía ella aquí? Nunca la había visto, ni una sola de las noches que había venido. Y si ella estaba aquí… ¿estaría también la morena?

Ya sabía su nombre real, pero como en mi cabeza la había bautizado como «la morena», así se iba a quedar. Al menos para mí.

No la veía por ninguna parte. No me había dado cuenta de las ganas que tenía de verla, aunque solo fuera de lejos, hasta que empecé a buscarla con la mirada por toda la planta baja.

—Marco —me llamó mi hermano—, te estoy hablando y no me estás haciendo ni puñetero caso.

—Perdona, estaba pensando en el trato que cerré ayer.

—Sí, cerraste un buen trato, que seguro te va a aportar muchos beneficios.

Sin darme cuenta, la vista se me volvió a ir hacia abajo. Y entonces la vi. La música, las luces y toda la gente desaparecieron. Solo estaba ella.

Estaba impresionante con ese vestido. No era provocador: negro, discreto, pero ceñido a cada una de sus curvas.

Caminaba junto al dueño de la discoteca. ¿Tendrían algo entre ellos? No lo parecía los otros días, pero podía ser que lo disimularan muy bien.

La vi presentarle a su amiga y darme la espalda. Me quedé sin respiración.

Qué cojones… su vestido parecía discreto hasta que le veías la espalda. La tenía completamente al descubierto, el escote le llegaba hasta la curvatura de la cintura.

Joder, verla así, cuando estaba acostumbrado a su uniforme o a la ropa formal de oficina, no tenía nada que ver.

Y mi pene podía dar buena cuenta de ello, porque se me había puesto duro sin poder evitarlo. A ver quién era el guapo que se movía de aquí sin que se notara el bulto que se me había formado en el pantalón.

Tomé unas cuantas respiraciones profundas para intentar calmarme. Cuando lo logré, le dije a mi hermano que salía un momento, necesitaba fumar un cigarro.

—¿No se supone que lo estabas dejando? —me preguntó.

—Tú lo has dicho: lo estaba dejando. Pero de vez en cuando me apetece uno, y esta noche es una de esas. Podéis ir pidiendo algo, ahora vuelvo.

Necesitaba aire fresco. De pronto tenía calor recorriéndome todo el cuerpo.

Me reproché mil veces mirar a la morena de esa manera. Era once años más joven que yo, y nuestra forma de ser no podía ser más distinta. Éramos la noche y el día.

Estaba a punto de entrar de nuevo cuando la vi salir y encenderse también un cigarro. Ella todavía no me había visto.

—No sabía que mi nueva secretaria fumara. —No sé qué me llevó a hablarle. En principio no quería que se diera cuenta de mi presencia.

—¡Jefe! Joder, menudo susto me ha dado.

—Aquí no soy tu jefe.

—Ni yo tu secretaria. No te había visto nunca por aquí, y eso que he estado trabajando los últimos quince días.

—No había venido nunca, esta noche ha sido la primera. —Mentí, no sé por qué, pero lo hice.

—¿Y qué te ha traído por aquí? —me preguntó.

—Mi hermano. Por lo visto, este sitio está de moda y quiso que viniera con él, con su mujer y con la hermana de ella. —Ahí no mentí, no tenía sentido.

—Entonces viene usted muy bien acompañado. —Me trató de usted, y eso no me gustó. Me hizo sentir más viejo de lo que era. ¿Me vería mayor ella?

—Te he dicho que me llames Marco, nada de «jefe» ni de «usted».

—Es que si lo llamo hoy, Marco, cometeré el error de hacerlo también el lunes, y no quiero, así que prefiero mantener las distancias.

Tenía razón, era lo mejor. Pero no entendía por qué me jodía tanto que quisiera mantenerlas.

—Creo que somos bastante maduros para saber cómo debemos llamarnos según el lugar.

—No se preocupe, jefe, estoy segura de que después de esta noche no vamos a coincidir mucho fuera del trabajo.

—¿Por qué? Esta noche hemos coincidido aquí, ¿qué te hace pensar que no volveremos a hacerlo en otro sitio?

—Llámelo intuición. —Se encogió de hombros—. Solo hay que verle a usted y mirarme a mí.

Eso no me gustó ni un pelo. Ella lo notó, porque me puse aún más serio.

—¿Me estás diciendo que soy viejo para salir a los mismos lugares que tú?

—No, para nada. La edad no tiene nada que ver. Además, no creo que nos llevemos tantos años. —No me la terminé de creer—. No es que salga mucho, pero cuando lo hago, desde luego no es para ir a un funeral, sino a divertirme.

Cómo no, tenía que soltar una de las suyas.

—Por lo que veo, es muy importante para ti que la gente sonría. Quizás si me dijeras por qué, podría entenderte mejor.

—Pues no es por nada en concreto. Simplemente, cuando ves a alguien sonriendo, te alegras, porque transmite buena energía.

—¿No sabes que detrás de muchas de esas sonrisas se esconden verdaderas maldades?

—Supongo que de eso hay en todos los sitios, con o sin sonrisas. Pero le diré una cosa: si alguna vez me muero, el último rostro que vea quiero que me dedique una sonrisa, aunque sea fingida.

Detrás de esas palabras había mucho. No sabía el qué, pero algo había.

—Si te gusta que te mientan, me parece perfecto. Yo prefiero la sinceridad, aunque duela.

—No he dicho que me guste que me mientan. Solo que me gustaría llevarme un último bonito recuerdo. Cuando alguien se muere, quizá se le pasen por la cabeza unas cuantas preguntas, y estoy segura de que una de ellas sería: «¿He sido feliz? ¿He vivido la vida al máximo?» Eso es lo que cuenta para mí. Cuando deje de

estar en este mundo, quiero irme con la sensación de que he vivido disfrutando cada instante.

—Supongo que tienes razón. —No sabía qué más decir después de eso.

Lo mejor que podía hacer era alejarme, porque si no, iba a cogerle la cara entre las manos y besarla. Y eso sí que no podía permitírmelo.

Capítulo 14



Andrea

Me levanté temprano, con la idea de llegar a la empresa antes de que el señor jefe hiciera acto de presencia, quería dejarle encima de la mesa un pósit con una palabra.

Sí, había decidido dejar cada día uno con una palabra y, al final de varios, completar una frase. Solo esperaba que cuando la viera entera sonriera un poco. Con eso me bastaba.

Además, cada pósit iría acompañado de un detalle mínimo. No de grandes cosas, pero sí algo: un bombón, una piruleta, unos chicles. Algo se me iría ocurriendo cada mañana según me levantara y viera la cara que traía el mundo.

Aquel día llevaba la palabra «Jefe». En una esquina puse el número uno, para que cuando tocara montar la frase pudiera ordenarla sin dudas, como un pequeño puzle.

Se lo iba a dejar junto a un bombón de esos rellenos de licor. A ver si así conseguía, aunque fuera, un amago de sonrisa. Con un amago me conformaba.

Por supuesto, le iba a llevar su café. Sandra me había dicho cómo lo tomaba y exactamente así se lo pensaba comprar; incluso me había dicho en qué sitio se lo cogía ella. Iba a hacer las cosas tal y como me lo indicó antes de irse. No quería darle motivos para llamarme la atención, no si podía evitarlo.

Me dejó un poco asombrada que el sábado se mostrara más cercano. Vale, «cercano» no era la palabra perfecta, pero sí habló más que el viernes en la oficina, y eso, viniendo de él, ya era un logro.

Al llegar, me llevé un chasco, porque ya estaba allí. A ver cómo hacía ahora para dejarle la palabra con el bombón. ¡Jo, qué coraje me dio verlo sentado tras su mesa! Menos mal que fui precavida y toqué antes de entrar, por si acaso.

—Buenos días, jefe —dije al entrar con los cafés.

—Llegas pronto.

—Eso demuestra lo comprometida que estoy con el trabajo, ¿no cree? Su café, tal y como le gusta. —Se lo dejé encima de la mesa —. Por cierto, ¿nunca le han enseñado que cuando alguien le saluda lo mínimo es corresponder?

La mirada que me echó casi me vaporizó. Si llega a tener rayos láser como Superman, me desintegra al instante.

—Sé muy bien cuándo tengo que contestar y no necesito que me lo digas tú.

Me mordí la lengua para no soltarle tres verdades de golpe.

—Como usted diga. ¿Nos ponemos ya con la agenda o prefiere que lo hagamos a mi hora de entrada? Si quiere, me voy y vuelvo a mi hora.

—Andrea, siéntate de una vez y déjate de chorradas.

—Mire, vamos a dejar a un lado que no nos vamos a llevar muy bien que digamos, pero de ahí a que no me hable con el respeto que me merezco va un mundo, así que se lo voy a pedir una sola vez. —Lo miré de frente—. Tráteme con respeto y si no es así, más vale que me eche de aquí.

—Me parece justo, perdóneme por mi salida de tono, no volverá a suceder.

Ahora, por gilipollas, no le iba a dar ni el pósit ni el bombón. Por capullo. Anda y que fuera otra la tonta que intentara hacerlo sonreír. Si quería ser un amargado de la vida, que lo fuera.

Os juro que, así me arrancara la lengua a mordiscos, no pensaba abrir la boca para nada que no fuera trabajo. Todo lo que tenía de atractivo lo tenía de capullo.

Me tiré toda la mañana refunfuñando para mis adentros. Era difícil ponerme de mala leche y él lo había conseguido sin despeinarse.

A la hora de la comida me levanté para irme con Irene. Estaba cogiendo el bolso del cajón cuando la puerta se abrió y salió el «gruñón». Sí, a partir de ahora lo llamaba así, porque me recordaba al enano de la peli.

—Se me olvidó decirle que tiene que venir a la comida conmigo, necesito que tome nota de lo que voy a tratar con esos posibles clientes.

¿Y me lo dice ahora?, valiente capullo.

—Como usted diga.

Él empezó a andar delante de mí sin importarle si llevaba todo lo necesario. ¡Uy, uy, uy, qué mal iba a acabar esto! Porque os aseguro que, cuando me fuera de la empresa, le iba a decir unas cuantas bien dichas. Había ido a parar con hueso duro de morder.

Andrea: *No puedo quedar para comer contigo, lo siento. Tu jefe me acaba de decir que tengo que acompañarlo a una comida para tomar nota.*

Irene: *No pasa nada, primero está el trabajo.* —A esta tía le iba a dar yo trabajo, pero en la cabeza—. *Y te recuerdo que también es tu jefe.*

Andrea: *Ya quisiera «gruñón», ser algo mío.*

Irene: *¿Cómo le has llamado?* —Acompañó a la pregunta con un emoji con cara de asombro.

Andrea: *Gruñón. Porque está todo el día gruñendo o malhumorado. Joder Irene, que todo lo que tiene de guapo y atractivo lo tiene de gilipollas.*

Irene: *¿Te parece guapo y atractivo Marco?*

Andrea: *De todo lo que te he dicho te quedas con eso.* —Levanté un momento la vista y me encontré con que me estaba mirando con los ojos entrecerrados—. *Te dejo, que ahora mismo me está intentando asesinar con la mirada.*

¿Veis? Si es que no me hacía falta ni hablar para que me mirara así.

Irene: *¿Estás segura de que no has hecho nada para que te mire así?*

Andrea: *Me duele que mi mejor amiga dude de mi palabra.*

—Le recuerdo que estamos en horario laboral y que no se puede estar con el teléfono en conversaciones ajenas a la empresa.

—Perdone, creía que la hora de comer era libre

—Lo es siempre y cuando no tenga que asistir conmigo a una reunión.

—Le vuelvo a pedir disculpas, no volverá a suceder.

Si mi familia me viera contestar así, pensaría que me había pasado algo en la cabeza.

En apenas un día ya estaba así de incómoda. ¿De verdad merecía la pena sentirse así por un trabajo que me gustaba? Digo un día porque el viernes, aunque estuvo serio, no me había hablado como ese día.

Lo iba a pensar muy bien, y dependiendo de cómo me fuera la semana, el viernes presentaría mi renuncia o no.

Lo único que tenía claro era que no quería seguir trabajando en un lugar donde me sintiera incómoda, donde cada palabra que dijera sonara mal o molestara a alguien.

Sabía que podía ser muy intensa, que a veces hablaba sin filtro y que no todo el mundo estaba preparado para alguien como yo. Era lícito, no lo culpaba; contra eso no podía hacer nada. Pero sí podía irme de un sitio donde no se me valorara ni un poquito, donde ni siquiera se me apreciara lo más mínimo.

Igual que yo no estaba obligada a aguantar lo que no me parecía justo, los demás tampoco tenían por qué hacerlo. Así que si no le había caído bien, que me despidiera sin más rodeos y contratara a otra persona. No debía sentirse en el compromiso de soportarme solo por Irene.

De verdad que, por mucho que lo pensé, no se me ocurrió ni una sola razón lógica para que me hubiera hecho acompañarlo a comer.

Para colmo, no hablaron absolutamente nada de trabajo. Tocaron temas como las vacaciones que habían tenido durante el verano, sus familias y un sinfín de tonterías a las que ni presté atención. Ninguna de esas conversaciones me importaba, ni me venía, ni me iba.

Lo que sí me jodió, y mucho, fue la manera en que me ignoró. Como si yo no valiera nada, como si no existiera. Y perdonadme, pero por ahí no pensaba pasar.

Con eso me había dejado más que claro que no pensaba quedarme hasta el viernes.

Tenía más vergüenza que él, y por eso mismo no me levanté de la mesa en mitad de la comida. No quise dejarlo en ridículo delante de su supuesto cliente. Pero en cuanto volviera a la oficina, recogería mis cosas y me largaría de allí sin mirar atrás.

Durante el trayecto desde el restaurante a la empresa no abrí la boca ni una sola vez. Marco tampoco. Y ni siquiera me molesté en mirarlo; no quería verle la cara, no podía.

Hacía mucho tiempo que no me sentía así de mal. Yo, que siempre me hacía la dura, la fuerte, la que no deja que nadie la vea llorar, ahora estaba conteniéndome a duras penas.

Pero no lo iba a hacer. No le iba a dar el gusto a él ni a nadie. Antes muerta, que dejar que me vieran destruida, triste o llorando.

—Dentro de un rato pasa a mi despacho. Te voy a decir los correos que tienes que enviar. Pero antes tengo que hacer una llamada —me dijo con su tono seco de siempre.

Perfecto, me daría tiempo de sobra para redactar la carta de renuncia.

—Como usted diga.

Se metió en su despacho y, cuando el silencio llenó la oficina, sentí cómo una lágrima me caía sin permiso. No me di cuenta hasta que la vi golpear la mesa. Me la limpié con rabia.

Hacía muchos años que me había jurado a mí misma que nadie, absolutamente nadie, volvería a tratarme como si no valiera nada. Y aquel día, lo había permitido. Pero también supe una cosa: no volvería a pasar.

Capítulo 15



Marco

Peor no me podía sentir por haberla tratado así, y lo peor de todo era que todavía no entendía del todo por qué lo había hecho.

Durante la comida no abrió la boca, aunque decir que comió sería mentir. Se pidió un pescado a la plancha y, mientras pensaba que yo no estaba prestando atención, la realidad era muy distinta. La observaba de reojo. Apenas se llevó dos trozos a la boca, el resto lo desmenuzó y lo fue esparciendo por todo el plato, como si con eso pudiera engañarme y hacerme creer que había comido.

El camino de regreso fue un silencio absoluto. No me miró ni una sola vez.

Desde que la conocía era la primera vez que la veía tan seria, y si soy sincero, más que seria, diría que estaba triste. Y lo peor era que todo era por mi culpa.

¿En qué momento había empezado a comportarme así con las personas? Yo no era así. Era cierto que podía ser serio, distante, incluso, pero jamás había tratado mal a nadie, y mucho menos a alguien que trabajara conmigo. Sin embargo, con ella lo había hecho.

Sabía que lo primero que tenía que hacer cuando cruzara esa puerta era disculparme. Ella no tenía la culpa de mi frustración.

Porque eso era lo que me pasaba: frustración. Me sentía frustrado por desearla y no poder tenerla. Y de eso, ella no tenía culpa alguna.

La hice pasar un rato después, aunque en sus manos no traía la tableta con la que debía enviar los correos electrónicos. En cambio, sostenía un sobre cerrado.

Pensé que el chico de correos habría pasado y le habría dejado una carta para mí.

—¿Dónde está tu Tablet? —pregunté. Sí, soy imbécil. En lugar de disculparme, eso fue lo primero que se me ocurrió decirle.

—Creo que no va a hacer falta —respondió, deteniéndose frente a la mesa—. Esto es para usted. —Me entregó el sobre.

—¿Lo ha traído el chico de correos? —pregunté, porque no tenía nada escrito por fuera.

—No, lo he redactado yo. —Me miró muy seria, sin el brillo habitual en sus ojos. Esta no era la Andrea que había visto sonreír y bromear con todo el mundo—. Es mi carta de renuncia.

—¡¿Qué dices?!

—Me voy. Solo quería comunicárselo formalmente. Ya he hablado con Recursos Humanos para que me den de baja. No necesito que me dé los papeles del paro ni que me pague los días que llevo aquí. Eso sí, no pienso quedarme los quince días de rigor. —Me quedé sin habla.

Esto era culpa mía, no podía negarlo. Pero tampoco podía dejar que se marchara. No, no podía permitirlo.

¿No se daba cuenta de que mi forma de actuar era precisamente porque me gustaba más de la cuenta?

«¿Cómo se va a dar cuenta, gilipollas, si no te conoce de nada?», me recriminé a mí mismo.

—Andrea, no te puedes ir. Sé que te debo una disculpa, pero esta no es la forma correcta de hacer las cosas.

—¿Y sí lo es la forma en la que me ha tratado durante la comida? No sé qué le pasa conmigo, pero ni usted está obligado a soportarme, ni yo a usted. Está claro que no le he caído bien desde el primer momento, y tal vez haya sido culpa mía, pero eso no le da derecho a hacerme sentir que no valgo nada. Porque puede que para usted no valga, pero para otras personas sí, y sobre todo para mí misma.

—Andrea, de verdad, no he pretendido hacerte sentir de menos. Por eso mismo me estoy disculpando. —No podía confesarle que la había tratado así porque me atraía—. Quizás podríamos empezar de nuevo.

—Mejor no, lo que mal empieza mal acaba.

Joder, la había cagado, pero bien.

—No me puedes dejar con todo el trabajo que tengo. Quédate unos días, al menos hasta que encuentre sustituta. No te pido los quince días, pero dame al menos dos. —Negó repetidamente con la cabeza—. Piénsalo, al menos durante lo que queda de tarde.

—Si lo hiciera, me estaría fallando a mí misma. Y hace muchos años me hice una promesa que no pienso romper. —Ahí lo supe: mi intuición del sábado no había fallado. Detrás de ese carácter había una historia, y era una pesada.

—No soy de pedir las cosas por favor, pero esta vez te lo pido. Hazlo, aunque sea, por quedar bien ante Irene.

—Por ella no tengo que hacer nada. Irene, mejor que nadie, me entenderá.

—¿Qué puedo hacer para convencerte de que voy a ser un buen jefe?

—Nada. Ya he tomado la decisión. Lo siento. No puedo decir que haya sido un placer trabajar para usted, porque no sería verdad, pero sí le deseo de corazón que le vaya bien y que encuentre a alguien que le haga cambiar un poco. —Dio media vuelta para marcharse.

No podía dejar que cruzara esa puerta. Sabía que si lo hacía, no volvería a verla entrar.

Me levanté casi de un salto y, sin pensarlo, di dos pasos largos y me planté frente a ella, cortándole el paso.

—No te vayas. —Mi voz sonó a súplica, y me dio igual—. No puedes irte, no después de que el destino decidiera ponerte en mi camino.

—¿Ha perdido la cabeza? Qué destino ni qué ocho cuartos. La que me puso en tu camino se llama Irene.

—No lo entiendes. Yo ya te conocía antes de que Irene hablara conmigo para recomendarte. Para ser exactos, te vi dos noches antes. Te vi la primera noche que trabajaste en la discoteca, esa en la que la liaste con los chupitos.

—¿Qué dice? ¿Y por qué no me lo dijo antes?

—No me trates más de usted, me hace sentir como un viejo. ¿Qué iba a decirte? ¿Que todas las noches iba a ese local solo para verte de lejos? Soy mayor que tú, y me sentía frustrado. Por eso te he tratado así.

—No tiene sentido nada de lo que estás diciendo.

—Para ti tal vez no, pero para mí sí. Cuando me hice a la idea de que no volvería a verte, apareciste frente a mi mesa como mi nueva secretaria. No sabía cómo sentirme. Por un lado, quería que desaparecieras para no tener la tentación tan cerca, y por otro, no quería que lo hicieras, porque aunque solo fueras mi empleada, al menos podría seguir viéndote.

—Marco, creo que estás montando todo este rollo para convencerme.

—Es la verdad. Podrás llamarme muchas cosas, y no te las discutiré, pero mentiroso no. No te digo esto para que te quedes, sino para que entiendas por qué me he comportado así.

—¿Y has hecho lo mismo con todas las mujeres que te han gustado? Porque si es así, imagino que has ligado más bien poco. —No pude evitar sonreír un poco. Fue un gesto mínimo, pero ella lo notó—. No me digas que justo ahora que me voy te da por hacer un intento de sonrisa.

—Te lo has imaginado. No he sonreído.

—Acabas de decir que puedes ser de todo menos mentiroso, y ahora mismo me estás mintiendo en toda la cara.

—Una cara muy bonita, por cierto.

—¿Sabes que eso se podría considerar acoso laboral?

—No, porque ya no trabajas para mí.

—Uy, qué durillo. ¿Te entrenas para tener respuesta para todo?

—Desde luego. Creo que los dos hicimos el mismo curso, y con el mismo profesor.

—Pues tengo que admitir que me gusta mucho más tu lado irónico que el borde.

—¿Me he ganado un punto? —Sabía perfectamente que estaba desviando la conversación.

—Yo no diría tanto. Quizás un cuarto.

—¿Y con ese cuarto tengo posibilidades de que te replantees dejar el trabajo?

—Por ahora has conseguido que me quede lo que queda de tarde.

—De aquí a que termine el día, me habré ganado los suficientes para que decidas quedarte.

—Ya lo veremos. Ahora vamos a ponernos a trabajar, que la empresa no se dirige sola.

—Oye, eso debería decirlo yo.

—Pero como no lo has hecho, lo he dicho yo. Alguien tiene que ser el maduro en este despacho. —No podía tener más morro.

Aunque, he de admitirlo, después de aquella conversación el resto de la tarde fue increíble. No hablamos de nada personal ni salimos del terreno laboral, pero nos entendimos. Y eso, viniendo de ella, ya era mucho.

Capítulo 16



Andrea

—Me estás metiendo una trola como una catedral de grande —dijo Irene, sentada a mi lado en el sofá de nuestra casa.

—Que no me despierte mañana si te estoy mintiendo. —No sabía si reír, llorar de coraje o volver mañana y comerle la boca—. Te lo juro, no daba crédito cuando me lo contó.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Tú qué harías en mi lugar?

—Sabes cómo soy, yo creo que huiría bien lejos de él.

—No te puedo culpar por pensar así, no después de lo que te pasó.

—La tuya fue mucho peor. —Me dedicó una mirada de pena.

—No me mires así, por favor —dije—. Tú no me mires con pena, no después de lo que me ha costado lograr que todo el mundo lo deje apartado.

—Andrea, nadie se ha olvidado de lo ocurrido; solo lo hemos dejado a un lado por ti.

—Con no recordarlo me conformo. No quiero revivir ese momento.

—Lo sé y por eso nos prometimos no volver a hablar de ello.

—¿Ves, tonta? Ya he perdido el hilo de lo que estaba diciendo.

—Me habías preguntado qué haría yo y te dije que huiría, pero yo no soy tú.

—Menos mal. ¿Te imaginas a dos Andreas en la misma habitación? —Quise que nos echáramos a reír; lo necesitábamos para espantar los malos recuerdos.

—Eso volvería loca a la persona más cuerda del mundo, pero como te digo, yo no soy tú. No sabría decirte qué haría exactamente, pero la Andrea que yo conozco no se iría así porque sí; le plantaría cara y le pondría las cosas muy difíciles.

—Eso mismo voy a hacer. Le voy a demostrar que no me dejo vencer por un día en el que bajé la guardia.

—Esa es nuestra chica.

Esa noche cenamos perritos calientes delante de la tele y nos pusimos unos cuantos capítulos de una serie nueva que nos estaba enganchando. Había algo de rutina reconfortante en cenar así, con la manta, las risas flojas y el ruido de la televisión de fondo; nos hacía sentir menos pequeñas frente a los fantasmas del pasado.

Vi que Irene estaba muy metida en la trama, así que aproveché la pausa para preguntarle por Óscar. Aunque fuera un picaflor, tenía un

corazón majo —eso era lo poco que yo había visto— y al menos estaba soltero, con lo que no le debía explicaciones a nadie.

—¿No me has dicho qué te pareció Óscar? —insistí—. Por mucho que te he preguntado te niegas a contestarme; creo que esta noche es la indicada para que me lo cuentes todo.

—Te recuerdo que estabas allí y viste que entre nosotros no pasó nada. Nos caímos bien y punto.

—No me tomes por tonta —le reproché—, porque además de llevaros bien, vuestras miradas y gestos decían que había algo más.

—Me ha gustado mucho —confesó al fin.

Joder, eso sí que era nuevo. A Irene no le gustaba nadie, o al menos nunca admitía que alguien le gustara tanto. Le podían parecer guapos o atractivos, sí, pero reconocerlo por escrito o en voz alta era otro mundo. Ella siempre se había impuesto límites invisibles que no cruzaba.

—Y a él también le has gustado, te lo aseguro —continué—. Así que ya sabes: o vamos más veces a verlo, o te doy su número y, si tienes valor, lo llamas.

—Creo que por ahora ni una cosa ni la otra —respondió, con una media sonrisa que le devolvía brillo a la cara.

—Entonces podemos montar una cena en casa —propuse—. Invitamos a Óscar y, para que no sea tan descarado, llamamos también a mi hermano, a Owen y a Marisa. ¿Qué te parece?

—Me parece que también podríamos invitar a Marco —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué cojones tiene que ver Marco en esto? —pregunté al momento.

—Lo mismo que los demás —replicó.

—No es lo mismo —le corté—. Ellos trabajan juntos; Marco no tiene nada que ver con ellos. Además, lo digo para que haya un acercamiento disimulado entre vosotros dos.

—Es que no quiero eso. ¿No te das cuenta de que no quiero un acercamiento con ningún hombre?

—Irene, tienes que superar ese trauma. No todos los hombres son iguales ni te tratarían igual. Y, por supuesto, ni yo ni mis hermanos permitiríamos que volvieras a pasar por lo mismo.

—Tú tampoco has superado los tuyos —me espetó.

—No —reconocí—, no lo he hecho por completo, pero tampoco me he encerrado en mí misma. Por mucho que me duela y que me queme por dentro, por mucho que me dé asco ver las cicatrices, estoy aquí, enfrentándome a todo en lugar de esconderme. Y eso es lo que quiero que hagas tú: que no dejes que el miedo te paralice y te impida vivir la vida que te mereces.

A partir de ahí las dos terminamos llorando a moco tendido; esas sesiones de catarsis formaban parte de nuestra medicina. Recordar los fantasmas dolía como si la herida fuera reciente, pero también nos alejaba un poco de su poder.

—¿Y si por culpa del miedo no sale bien? —preguntó, temblando.

—Pues si esta vez no sale bien, lo intentas la próxima. Y si no, la siguiente —la animé—. Lo vas a intentar tantas veces como haga falta. ¿Qué te parece si nos hacemos la promesa de que lo intentaremos? Tú con Óscar y yo con Marco.

—Está bien, lo voy a intentar —dijo secándose las lágrimas—, pero solo si tú también lo intentas con Marco. Tienes que admitir que te gusta más de la cuenta, y si a él también le gustas, será un paso grande.

¿Y cómo coño le decía yo que me moría de miedo, de que me gustara más de la cuenta y de que su carácter pudiera llegar a destrozarme? Callé y jugué con esa verdad como si fuera una bomba de relojería: la miré y la noté tan frágil y decidida al mismo tiempo.

—Yo también te lo prometo —dije al fin—. Bueno, más bien te prometo intentar no matarlo.

—Tienes que reconocer que por mucho que te saque de tus casillas y te entren ganas de estrangularlo, en algunos momentos lo matarías a besos —replicó ella, quedándose con el registro romántico.

—Uy, no nos pasemos, que estás cogiendo mucha velocidad —la corté con humor—. Volviendo a lo de antes. ¿Qué te parece si hacemos la cena el miércoles? Owen cierra ese día —propuse.

—¿Este miércoles?

—Claro, ¿para qué esperar más tiempo?

—Ains, que me estoy empezando a agobiar —resopló.

—No seas tonta —la animé—. Si surge algo, perfecto; y si no, pues podéis ser solo amigos. No pasa nada.

No podía decírselo con claridad: si le soltaba que Marco me volvía loca, Irene podría rajarse y entonces no habría oportunidad alguna para Óscar. Con que viviera la experiencia, que saliera de su zona de confort y disfrutara un rato, me bastaba. Que fuera feliz siquiera un tiempo, que viera que no todos los hombres eran iguales.

Esa noche abrimos el sofá-cama y dormimos las dos juntas y abrazadas. Lo habíamos hecho muchas veces, sobre todo cuando una de las dos —o las dos a la vez— necesitábamos compañía para dormir. Era nuestro parche contra las tormentas.

No os preocupéis, no había nada por lo que alarmarse: al día siguiente nos levantaríamos como nuevas. Eran esos días tontos que le dan a cualquiera; no hay nada como llorar hasta vaciarte para, al día siguiente, levantarte con más fuerza y ganas de comerte el mundo.

Capítulo 17



Marco

Al salir por las puertas del ascensor y a medida que más me iba acercando a mi oficina, mejor podía distinguir la silueta de Andrea sentada en su silla, con la pantalla del ordenador ya encendida.

—Buenos días, Andrea —la saludé deteniéndome frente a su mesa.

—Buenos días, jefe. —Me dedicó una media sonrisa—. Salgo un momento a por los cafés y nos ponemos manos a la obra. Es que no los he traído de camino porque no sabía con exactitud a qué hora iba a llegar.

—Andrea, no hace falta que vengas todos los días una hora antes de tiempo.

—Lo sé, pero soy de dormir poco y prefiero estar aquí que en la cama dando vueltas. —Jesús, era pensar en ella tumbada en una cama y me volvía loco—. Vuelvo en cinco minutos —añadió, levantándose y cogiendo su cartera.

—No. —Le cogí de la muñeca para detenerla. Su piel estaba tibia, suave, y ese simple contacto me bastó para que un cosquilleo me recorriera el brazo—. Quédatelo para los cafés de la semana —le dije

sacando la cartera del bolsillo trasero y tendiéndole un billete de cincuenta euros.

—¿Pero tú cuánto te crees que valen los cafés? Con este dinero tenemos para todo el mes.

—No creo, pero no te voy a llevar la contraria. —Prefería no discutir. Disfrutar de su tono travieso ya era suficiente por la mañana.

Cuando entré en mi despacho y me acerqué a la mesa, vi un pósit rosa fluorescente con un número uno en una esquina. En el centro estaba escrita la palabra *«Jefe»*, y justo al lado había un minúsculo peluche: el enano gruñón de la película que todos conocemos.

Había que joderse con las cosas de esta mujer. Desde luego, era única.

Me incliné para observarlo mejor. ¿Qué significaba ese pósit? ¿Por qué solo esa palabra? No le encontraba ningún sentido, pero algo me decía que había una intención detrás. Con Andrea nada era casual. Seguro que ella me lo explicaba en cuanto regresara con los cafés.

Dejé las dos cosas a un lado y encendí el ordenador, aunque apenas podía concentrarme. Sonreí sin querer al imaginarla de nuevo: su paso rápido, el balanceo del bolso, el cabello moviéndose como si tuviera vida propia.

Mañana pensaba traer yo los cafés. Estaba seguro de que volvería a llegar antes que yo, y no sabía si eso me encantaba o me desesperaba. Lo único que tenía claro era que con ella allí, el despacho parecía otro. Todo se sentía distinto, más… vivo.

—Ya estoy. ¿A que he tardado poco? —dijo entrando con una sonrisa y los dos cafés—. Es que no quería dejarte mucho tiempo sin la explicación de eso que has encontrado.

—De ti me puedo esperar cualquier cosa.

—Hombre, tanto como cualquier cosa, tampoco. Bueno, a lo importante. —Se sentó en la silla frente a mí y cruzó las piernas con total naturalidad. El problema fue que llevaba falda, y al hacerlo se le subió un poco más de la cuenta, dejando a la vista un muslo que me hizo perder el hilo del pensamiento. Daría lo que fuera por rozar esa piel solo un segundo.

»Todos los días te voy a dejar un pósit con una palabra distinta. Y, para que veas que soy buena, todos llevarán numeración, así te costará menos ordenarlos al final.

—¿Y qué fin tiene eso?

—Lo que te estaba diciendo. Si antes de que termine la frase logro mi objetivo, haré lo que ponga en ella.

—¿Y cuál es ese objetivo final?

—Si te lo digo, no vale de nada —respondió, encogiéndose de hombros, con esa media sonrisa que siempre me desarmaba.

—¿Y el peluche? ¿Qué pinta en todo esto?

—Ah, eso. Nada importante, es solo un pequeño detalle.

—Claro, ¿y por eso tuvo que ser precisamente Gruñón y no otro?

—Es que en la tienda era el único que quedaba. Se ve que no lo quiere nadie, todos prefieren a los otros.

—Vaya… no sé si sentirme halagado por el regalo u ofendido por lo que insinúa.

—No dudes que debes sentirte halagado, jefe. No todos los días un empleado te hace regalos.

No sé cuánto rato estuvimos así, lanzándonos pullas con ese tono juguetón. Me estaba gustando mucho hablar con ella. Había algo en su forma de mirarme que me sacaba del papel de jefe sin darme cuenta. Veríamos adónde nos llevaba todo esto.

El día se pasó volando. Cuando miré el reloj, ya era hora de marcharse, y por primera vez en años, no tenía ganas de que el día terminara.

Al día siguiente me encontré con otro pósit, esta vez acompañado de un bombón de chocolate negro. En el papel había dos palabras: *«Si antes»*, y en una esquina el número dos.

¿Qué demonios quería decirme con todo esto? Solo llevaba dos y ya me moría de curiosidad.

—Andrea, que yo no tengo paciencia para estas cosas. —Levanté el bombón—. Por cierto, muchas gracias por esto. ¿Llevaba doble sentido el obsequio?

—¿Doble sentido, por qué?

—Por lo de «bombón», ¿por qué otra cosa iba a ser?

—Ah, eso… que va. —Se hizo la sorprendida—. Es solo que llevaba en casa tres años y me daba pena tirarlo. —Puso cara de inocente, y

tuve que morderme la mejilla para no reírme—. Además, me viene bien para un experimento.

—¿Y cuál es, si se puede saber?

—Poca cosa. —Hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia—. Solo quiero comprobar si el chocolate caducado provoca sarpullido.

La madre que la parió. Y se quedaba tan tranquila después de haber soltado eso. Estaba claro que era mentira, pero ella bien que se metía en su papel.

—Eres muy mala conmigo —le dije bromeando.

—Que va, te puedo asegurar que contigo estoy siendo de lo más suave.

Otro día que se fue en un abrir y cerrar de ojos. Y yo deseando que llegara el siguiente solo para ver qué me esperaba.

Me tenía de lo más intrigado.

El tercer pósit llevaba el número tres y decía *«de que»*. Dios mío, esta mujer iba a terminar conmigo. Esperaba que la frase no fuera demasiado larga, o íbamos a tardar una vida.

Los siguientes días trajeron más. Uno ponía *«termine»*, y venía acompañado de una piruleta de colores tan grandes como su sonrisa. Otro, *«de llegar»*, junto con un peluche verde de dibujos animados. Y el sexto: *«todos»*.

Esa mañana, sin embargo, no había ningún detalle. Una tontería, lo sé, pero algo dentro de mí se decepcionó. Me había acostumbrado

a sus pequeñas sorpresas, a su manera de dejar su huella cada día.

—Buenos días, jefe. No piense que me he olvidado del regalito. —Tenía una mano escondida detrás de la espalda.

Cuando la sacó, traía el vaso del café, y abrazado a él, un pequeño koala de goma que lo sujetaba con las cuatro patas.

La carcajada me salió sola, del fondo del pecho, tan fuerte que retumbó entre las paredes del despacho. No recordaba la última vez que me había reído así. Esta mujer no podía tener más arte.

—Jo, qué poco me ha durado. —Dio un pequeño zapatazo, como una niña enfurruñada—. Y yo que pensaba que ibas a ser más duro… ¿y ahora qué hago con todos los regalitos que había preparado?

—¿Eso quiere decir que has conseguido tu propósito?

—Y encima no te das ni cuenta de que lo has hecho. ¿Qué te parece si seguimos jugando como si nada?

Me levanté despacio y rodeé el escritorio hasta quedar frente a ella. Podía oler su perfume, dulce, con un toque cítrico. Sentía el calor que desprendía su cuerpo incluso sin tocarla.

—No. Has perdido, y merezco saber el resto de la frase… y por qué has perdido tan pronto.

Ella respiró hondo, clavando la mirada en mis labios antes de contestar.

—Está bien. Decía: *«Jefe, si antes de que te hayan llegado todos estos pósits sonríes, te prometo cenar contigo una noche, los dos*

solos. ¿Trato hecho?»

—Así que, como no solo he sonreído, sino que me he reído a carcajadas, me he ganado esa cena… ¿Eso quieres decir? —asintió en silencio, con esa mezcla de orgullo y nerviosismo que la hacía irresistible—. Y si te pido algo más, ya que me he reído tan fuerte, ¿me lo darías?

—Depende de qué fuera.

—Quiero la cena, esta misma noche. Pero ahora quiero otra cosa más. —La vi tragar saliva, sus dedos jugueteando con el borde de la carpeta sobre la mesa. Di un paso más hacia ella, apenas unos centímetros separaban nuestros cuerpos—. Quiero un beso. ¿Me lo darías?

—Claro, un beso no me cuesta nada. —Sabía perfectamente lo que iba a hacer.

No me equivoqué. Se inclinó para besarme en la mejilla, pero la detuve sujetándole las mejillas con ambas manos.

—No es ese beso precisamente el que tenía en mente. Te lo voy a mostrar, a ver qué te parece —susurré rozando sus labios.

Ella se humedeció la boca con la lengua, un gesto lento, provocador, y en cuanto lo hizo, dejé caer mis labios sobre los suyos.

La besé para tentarla, para probarla, con deseo contenido pero sincero. Noté cómo temblaba contra mí, cómo su respiración se entrecortaba.

La incité con la punta de la lengua para que abriera los labios y me dejara entrar. Cuando lo hizo, el cuerpo me respondió con una

sacudida tan intensa que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no pegarme más a ella.

Joder… con solo un beso y ya me tenía perdido.

Su boca era cálida, dulce, adictiva. Su lengua jugaba con la mía, tímida al principio, luego más valiente, más curiosa. Me mordió, la mordí. Un jadeo se escapó de su garganta, y mi sangre ardió.

No quería soltarla. No todavía. Pero debía hacerlo.

Porque nuestro momento no iba a ser aquí y ahora. Nuestro momento tenía que ser en la intimidad de mi casa, donde podríamos dar rienda suelta a lo que ambos llevábamos reprimiendo desde hacía días.

Capítulo 18



Andrea

—Que se ha reído a carcajadas —le dije a Irene.

—¿Qué dices?

—Como lo oyes. Cuando me ha visto llegar con el puñetero vaso y ese koala enganchado al vaso, se ha hartado de reír. Y todo por tu culpa. —Me miró con las dos cejas levantadas.

—¿Mi culpa? —Se señaló a sí misma.

—Sí, porque fuiste tú la que compró ese muñeco.

—Es que me pareció muy mono.

—Pues a él no le ha parecido precisamente mono —dije con ironía —. Y, como ya sabes, ahora me toca cenar con él. —Lo del beso no se lo había dicho todavía; en cuanto se lo contara, podría reaccionar de cualquier forma—. Y quiere que lo haga esta misma noche.

—No veo el problema en ello. —Y se quedaba tan tranquila—. A mí me hiciste cenar la semana pasada con Óscar.

—Y con cuatro personas más. —Le recordé.

—Sí, pero eso llevó a que volviera a quedar, y esta vez solo los dos.

—Ahí no tuve nada que ver y lo sabes; eso fue cosa vuestra.

—Da igual, no te va a pasar nada.

—Irene, no temo que me pase algo con él. Sé que no sería capaz de hacerme daño, pero… ¿y si me lleva a cenar a su casa y quiere algo más?

—¿A ti no te apetecería que pasara algo más?

—Irene, no puedo pasar a nada más, me vería la cicatriz.

—¿Y qué cojones importa? Esa cicatriz solo demuestra lo gran luchadora que fuiste. No tienes que avergonzarte de ella, al revés: tienes que sentirte orgullosa. Y si lo que te pasa es que no quieres dar explicaciones, pues no las des. Te inventas algo o simplemente le dices que no te apetece hablar del tema, y listo.

—Sé que tienes razón, pero no por ello significa que no me dé vergüenza que vea esa zona de mi cuerpo. Y menos mal que la de la cabeza no se me ve con el pelo.

—No seas tonta, ya quisieran muchas tener tu cuerpo, con o sin cicatriz.

—De todos modos, creo que nos estamos adelantando, y no tiene sentido hablar sin saber qué podría pasar. —Me puse a remover la comida de mi plato, moviéndola de un lado a otro—. Tengo que decirte algo más —me animó con la mirada para que siguiera—:

Marco me ha besado. Y no ha sido un simple beso. Y hay dos cosas: cómo besa… —Volví a temblar solo de recordarlo.

—Te estás quedando conmigo. —Negué con la cabeza—. Me lo estás diciendo en serio —asentí sin dejar de sonreír; tenía una cara de asombro difícil de olvidar—. ¿Y cómo ha sido?

—Pues como te he dicho antes: increíble. Dios, Irene, besa de una manera que parece que te está absorbiendo hasta el alma. Ha sido mágico; no sé de qué otra forma describirlo.

—No me puedo imaginar al jefe besándote.

—Es un hombre como otro cualquiera. —Me encogí de hombros.

—Como otro cualquiera, no, bonita, porque a otro no lo hubieras dejado besarte. Sé de sobra lo selectiva que eres. —Nos levantamos cuando pagamos la cuenta y fuimos dando un paseo tranquilas de vuelta a la empresa—. Entonces, ¿esta noche duermo sola? —Me la quedé mirando como si estuviera loca.

No pensaba dormir con Marco, ya era demasiado con ir a cenar. Mejor no tentar al diablo… y lo de diablo no lo decía precisamente por él.

—No, sola, no vas a dormir, a no ser que quieras hacerlo en la calle, porque yo pienso dormir en casa.

—Dirás lo que quieras, que yo pensaré lo que me dé la gana.

—Te estás volviendo una descarada, pero me encanta que seas así.

—Solo lo soy contigo. Por cierto, con todo lo que hemos hablado de lo tuyo, se me ha olvidado decirte que yo también he quedado

esta noche con Óscar.

—¿Y eso? —Me parecía raro, porque se suponía que él tenía que trabajar esa noche—. ¿No tiene turno?

—Sí, pero he quedado con él allí; voy a ir a verlo.

—No me gusta que después te vengas sola a casa.

—No lo voy a hacer. Óscar me ha dicho que, cuando termine, me acerca él. —Me gustaba verla así de alegre.

—Me encanta que hayas decidido salir y pasarlo bien.

—Me apetece verlo. Lo paso bien con él, sabe cómo hacerme reír. Eso sin contar que es capaz de ponerse a hablar de cualquier tema.

—No lo conozco tanto, pero lo poco que conozco me parece un muy buen hombre. Si no fuera así, no lo habría dejado acercarse a ti.

Riendo por un comentario que había hecho Irene justo antes de entrar, así nos encontró Marco en el vestidor de la empresa.

—Parece que os lo habéis pasado bien durante la comida.

—La verdad que sí, ha sido de lo más reveladora —le contesté, pasando por su lado camino a los ascensores.

—Andrea —me detuvo—, nosotros no nos vamos todavía; tenemos que ir a una reunión.

—En la agenda no había nada programado para esta tarde.

—Lo sé, es un compromiso de última hora.

—Nos vemos esta noche en casa, antes de que te vayas —le dije a mi amiga.

Me di la vuelta para salir. Marco se puso justo a mi lado y, al cederme el paso para que yo saliera antes, apoyó una mano en la parte baja de mi espalda.

Ese pequeño contacto hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo entero, provocando que todos los vellos se me erizaran. Menos mal que esa tarde hacía algo de fresco; eso servía de excusa para justificar la piel de gallina.

Por lo que había podido observar otras veces —o cuando tuve que ir con él a comer—, su coche siempre estaba dentro del parquin. Suponía que hoy lo había tenido que mover durante la comida, porque lo tenía justo delante del edificio, en doble fila.

—Parece que estabas esperando a que regresara de mi comida.

—Quería evitar que tuvieras que subir y volver a bajar.

—Sabes que existen los móviles, ¿verdad?

—¿No me digas? Yo creía que todavía nos teníamos que comunicar por cartas. Te agradezco que me lo hayas recordado; la próxima vez haré buen uso de él.

—Jefe, no sabía que podías ser tan irónico. ¿Lo has aprendido de mí?

—De ti he aprendido otras cosas; la ironía ya venía de serie.

Esto tenía pinta de que, durante el tiempo que trabajáramos juntos, iba a ser una guerra de poder.

—¿Dónde es la reunión? —pregunté, mirando por la ventanilla del coche.

Me resultaba raro que fuéramos hacia las afueras de la ciudad, cuando lo lógico era ir hacia el centro.

—Es en mi casa. La reunión es entre nosotros dos, a solas. —Se le había tenido que ir la cabeza por completo.

—Marco, es broma, ¿verdad? —Yo, que siempre era la primera en apuntarme a todo, me veía ahora camino a su casa… y asustada.

No porque él me fuera a hacer nada, eso lo sabía de sobra. Tenía miedo de quedarme a solas con él en un lugar donde sabía que nadie iba a interrumpir. Y no estaba preparada para eso.

Dicen que perro ladrador, poco mordedor. Bien, pues yo era de las que ladraban y ladraban, para después no hacer ni un puñetero amago de enseñar los dientes.

Claro que eso solo pasaba en situaciones como esta; en las demás —y sobre todo si era para defender a los míos—, si hacía falta mordía directamente en la yugular.

—No, creo, si no me equivoco, que me debes una cena.

—Marco, para la cena faltan como mínimo seis horas. ¿O me dirás que tú tienes la costumbre de cenar a las cuatro de la tarde?

—No, simplemente ceno cuando me entra hambre. Y ahora mismo tengo mucha. La comida no me ha saciado lo suficiente.

—Eres peor que yo, y mira que eso ya es decir mucho.

Llegamos ante unas rejas altas que impedían el paso a la propiedad y, por la pinta que tenía, debía de ser bastante grande.

Pulsó un botón, haciendo que las rejas se abrieran y nos dieran paso al interior. Había un camino asfaltado con el típico hormigón que simulaba los dibujos de unas baldosas. Creo, si no me equivoco, que ese tipo de suelo se llama hormigón de pavimento exterior.

Justo enfrente se alzaba un chalé bastante grande; no tanto como para ser una mansión, pero sí más amplio de lo normal.

Se veía moderno, completamente blanco, con grandes ventanales y rodeado de flores. Estaba claro que se habían inspirado en las casas del Mediterráneo, dándole un toque mucho más actual y espacioso.

Cuando me lo enseñó, no pude hacer otra cosa que admirarlo todo. Se veía que habían cuidado hasta el más mínimo detalle.

—Marco, es impresionante, te lo digo de verdad. Mi piso entero podría caber en tu salón. —Me reí al hacer la comparación.

—Me alegro de que te guste. No fue fácil hacer entender cómo lo quería realmente; fueron muchos proyectos hasta que lograron plasmar exactamente lo que me imaginaba.

—Pues tu mente imagina cosas realmente bonitas.

—No sabes lo que soy capaz de imaginar. —Tragué saliva; sabía que esa frase la había dicho con doble sentido—. ¿Quieres tomar

algo? ¿Un café, quizás? —Era increíble cómo podía pasar de un tema a otro con tanta naturalidad.

Cuando yo todavía estaba temblando con la indirecta de antes.

—Un café estaría bien.

Capítulo 19



Marco

Se notaba que estaba nerviosa, y ella no solía ser así. Tampoco quería que se sintiera de esa forma; mi intención no era esa.

Tal vez había corrido demasiado, llevado por la equivocación de no haberla leído bien. Porque su actitud estos días conmigo me había estado indicando que se sentía atraída hacia mí.

Yo juraría que lo vi. No me lo podía haber imaginado, pero ahora, estando en mi casa, se mostraba demasiado tímida, y eso me descolocaba.

—Cuando terminemos el café regresamos a la oficina —dije tras pensarlo unos minutos—. No quiero que estés incómoda.

—No es por ti ni por estar aquí. Son paranoias mías. —Levantó la vista cuando dejó de remover el café con la cucharilla—. Sé que entre nosotros no va a pasar nada que los dos no queramos.

—¿Entonces por qué estás tan nerviosa? Te puedo asegurar que no te voy a dar un beso, ni mucho menos hacer otra cosa, si tú no quieres.

—Aunque parezca mentira por mi forma de ser, créeme que tengo mis miedos. Unos que llevo muchos años intentando que no me consuman, porque si lo hicieran, no estaría aquí ahora mismo.

Desde aquella noche, y por su forma de hablar, sabía que había algo en su interior, algo que todavía no había sanado, que aún no había terminado de soltar.

No iba a obligarla a contarme nada. Solo podía demostrarle que, a pesar de lo mal que empezamos y de lo serio que podía llegar a ser, iba a estar aquí cuando se sintiera con fuerzas para hablar.

—No tienes que contarme lo que te pasó si no quieres. No estás obligada. —Me acerqué a ella y, con los dedos, le levanté el rostro, tomándola suavemente de la barbilla—. Solo quiero que sepas que estaré aquí siempre que me necesites. Sé que pueden sonar a palabras vacías, pero créeme, no lo son. —Le di un beso suave en los labios, apenas un roce.

—Me da vergüenza que vean mi cuerpo. De hecho, no lo ha hecho nadie que no sea mi familia desde hace casi nueve años.

—No te entiendo. Tienes un cuerpo perfecto. Te recuerdo que te he visto con un vestido y que tenías toda la espalda al descubierto. —Bajó la cabeza, como si pensara con cuidado lo que iba a decir.

No me esperaba lo que hizo después. Vi cómo llevaba sus manos al primer botón de su camisa y empezaba a desabrocharlo. No levantó la mirada en ningún momento. Me dio la impresión de que tenía miedo de ver mi reacción cuando la viera.

Sin saber ella que me daba igual lo que escondiera bajo su camisa. No me iba a asustar ni, mucho menos, a producir otro sentimiento que no fuera deseo por ella.

Aunque tenía la cabeza gacha, vi que, por el rabillo del ojo, se le escapó una lágrima.

—Andrea, no tienes que hacer nada. A mí no me tienes que demostrar nada que no quieras, y mucho menos si eso te está haciendo daño.

—Quiero hacerlo. Lo necesito si quiero seguir avanzando.

¿Cuánto daño habría sufrido para que alguien tan vital se mostrara así?

Cuando terminó con el último botón, se bajó la camisa por los brazos, aún sin levantar la mirada.

Fue entonces cuando la vi: una cicatriz que comenzaba justo donde terminaba el borde del sujetador y se extendía hasta poco antes del ombligo. Era una cicatriz grande, profunda. Había tenido que pasar por una operación muy grave para quedar así.

—Es solo una cicatriz, y eso no afea tu cuerpo. Ni tienes que avergonzarte de él. Mírame —le pedí con suavidad—, no tiene nada de malo. Tú no tienes nada de malo. Me sigues pareciendo igual de atractiva… o quizás más. ¿De verdad pensabas que no me ibas a gustar, o que te iba a rechazar por eso? —Sus labios temblaban; sabía que era por el llanto que contenía—. Eres la mujer más perfecta que he visto en mi vida, y no es un cumplido vacío, es la verdad.

—No es por la cicatriz, es por cómo me la hicieron. —Al escuchar eso, un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Me estaba diciendo que no fue por enfermedad o accidente? ¿Que se la había hecho alguien… a propósito?

—Tuve un novio… algo posesivo, por decirlo suavemente. —Le tomé las manos, que no paraban de temblar, y tiré de ella con suavidad para acercarla a mí—. Cuando quise dejarlo, no se lo tomó muy bien que digamos. —Sus ojos se pusieron borrosos, perdidos, como si reviviera el momento.

»Íbamos en su coche, él conducía. Empezó a acelerar sin parar de gritar. No dejaba de decir que si no seguía con él, su vida no tenía sentido. Pero antes de matarse él solo, nos mataría a los dos, para que yo no pudiera estar con otro hombre. Parecía completamente ido, como si se hubiera vuelto loco.

No quería que siguiera recordando, no quería que se hiciera más daño.

—No sigas, Andrea. No hace falta. No quiero que revivas eso.

—Quiero seguir. Eres la primera persona fuera de mi familia o de los médicos con la que hablo de esto. Siento que tengo que contártelo —soltó un suspiro largo, tembloroso—. El coche iba directo hacia un pantano que había por donde estábamos. Sabía que si caíamos allí sería una muerte segura. No sé qué me llevó a hacer lo que hice, quizás fue puro instinto de supervivencia. —Entrelazó sus dedos con los míos, apretándolos con fuerza.

»Conseguí tirar del volante con todas mis fuerzas y el coche terminó estrellándose contra uno de los árboles del camino. Después de eso, no recuerdo nada más. Solo sé que me desperté en el hospital muchos días después.

La atraje hacia mí y la abracé con fuerza. Dejé que llorara todo lo que necesitara, susurrándole palabras para consolarla. De vez en cuando, le daba algún beso en la cabeza, intentando transmitirle calma.

—No sigas más, me imagino el resto —susurré.

—Me tuvieron que operar de urgencia. Tenía el estómago perforado, el intestino grueso y el delgado con varias heridas, pero sobreviví. Él no consiguió lo que quería hacer. Todavía duele recordarlo, porque cuando comienzas con alguien lo haces con ilusión, con cariño… y nunca te imaginas que esa persona pueda querer hacerte tanto daño.

—Tú misma lo has dicho: no lo consiguió. Aquí sigues tú, de pie, superándolo, sin dejarte vencer por los fantasmas del pasado. Plantando cara, como toda una guerrera. —Le tomé las mejillas entre las manos y apoyé mi frente sobre la suya—. No vuelvas a sentir vergüenza nunca, ni ante mí ni ante nadie, ¿vale? —murmuré sin apartar mis ojos de los suyos.

—Lo prometo. Después de hoy, nunca más. —Se relamió los labios, y fue una tentación a la que no pude resistirme: la besé.

El beso empezó lento, delicado, porque necesitaba que entendiera que estaba allí para ella, para hacerla sentir bien, no para tomar lo que no quisiera darme.

No podía mentir y decir que la quería; aún no era el caso. No sabía si esto que estaba empezando entre los dos llegaría a más, solo sabía que me gustaba. Mucho. Más de lo que me habían gustado otras mujeres.

No era solo su físico. Era todo: su sonrisa, esos ojos que a veces desafiaban, su cuerpo, sus curvas, sus palabras afiladas y su humor. Me gustaba y me atraía en su totalidad.

Durante ese beso, Andrea se aferró a mi cintura como si tuviera miedo de que la soltara.

—No tenemos que hacer nada que no quieras. No quiero que te sientas obligada.

—No me siento obligada, al contrario. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan libre.

—¿Estás segura? —pregunté, buscando su mirada. Su respuesta fue besarme de nuevo.

El beso subió de intensidad; el aire entre nosotros empezó a arder. La ropa empezaba a sobrar, y Andrea también lo notó. Comenzó a desabrocharme la camisa sin detenerse hasta dejarme desnudo de cintura para arriba.

La tomé por debajo del trasero, haciendo que rodeara mi cintura con las piernas, y emprendí el camino hacia mi habitación sin dejar de besarla. La verdad, no sé ni cómo llegamos sin tirar alguno de los jarrones del pasillo.

En cuanto crucé la puerta, la deposité sobre la cama con cuidado.

Verla tendida sobre mis sábanas, con el sujetador y la parte inferior de la ropa aún puesta, fue ver la sensualidad hecha carne.

Llevé las manos al cinturón del pantalón y lo desabroché sin apartar la mirada de su cuerpo, de esa mezcla de vulnerabilidad y deseo que me estaba volviendo loco.

Me quité el pantalón junto con la ropa interior, y cuando quedé desnudo delante de ella, noté cómo su mirada me recorría entero. No pude evitar sonreír cuando vio mi erección y abrió los ojos de par en par.

—Eres demasiado grande… en todos los aspectos —susurró.

—Tranquila, que por muy grande que sea, me adapto bien. Y tú te vas a adaptar mejor todavía —bromeé, intentando aliviar la tensión.

Fui hasta la mesita de noche, saqué un preservativo y lo dejé sobre la cama, al lado de su cuerpo.

Me incliné sobre ella, apoyándome en los brazos, y la besé de nuevo. Tiré suavemente de su labio inferior con los dientes antes de incorporarme para quitarle los pantalones, dejándola solo con la ropa interior.

Era un espectáculo, una visión que cortaba el aliento. Y me juré que me encargaría muy bien de disfrutarla… y de hacer que ella disfrutara tanto que no pudiera olvidarlo jamás.

Capítulo 20



Andrea

Al contárselo todo me sentí liberada, ligera, como si por fin me hubiera quitado de encima un peso que llevaba demasiados años arrastrando. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien, aunque por dentro me atenazaba el miedo a que me viera desnuda y que, al fijarse en mi vientre, dejara de encontrarme atractiva.

Fue todo lo contrario. Me hizo sentir deseada, y me demostró que no era solo una sensación mía. Lo noté cuando me tomó en brazos, con esa seguridad suya tan natural, para llevarme hasta su habitación. En el camino, su erección se rozó con mi sexo, y un temblor me recorrió el cuerpo entero.

Cuando se desnudó, sin el más mínimo pudor, no supe si reír por los nervios, asustarme o salir corriendo.

Y no, no juguéis con vuestras mentes sucias ni os llevéis las manos a la cabeza. Es verdad que estaba muy bien dotado —un poco por encima de la media, digamos—, pero sin llegar a lo imposible. El problema no era él, sino yo: llevaba tanto tiempo sin tener relaciones sexuales que me sentía como si hubiera vuelto a ser virgen. Y no, chicas, es una manera de hablar, no lo toméis al pie de la letra.

El caso fue que me hizo desearlo aún más de lo que ya lo hacía.

Su manera de tratarme con tanto mimo, la forma en que me desnudó por completo sin apartar la mirada, con una calma que me desarmó, y cómo, mientras lo hacía, no dejó ni un solo centímetro de mi piel sin besar ni adorar.

Fue delicado, paciente, gentil. Hacía que mi cuerpo lo deseara con una urgencia que no recordaba haber sentido nunca. Quería tenerlo más cerca, sentirlo sobre mí, dentro de mí, llenándome sin dejar de besarme. Y se lo hice saber.

—Marco, no sé tú —murmuré entre risas nerviosas—, ni quiero saberlo ahora mismo, pero yo llevo tanto tiempo que mi única compañía ha sido mi Satisfyer.

—Eres una impaciente —susurró con una sonrisa torcida—. Y la paciencia es una gran virtud.

—Esa la perdí en el momento en que te vi tal y como tu madre te trajo al mundo —dije sin pensar, y él se echó a reír. Y, aunque parezca mentira, su risa fue tan sincera, tan natural, que lo hizo parecer todavía más guapo.

—¿Sabes que cuando ríes pareces más joven y mucho más atractivo? —Le pasé los dedos por el pelo con una caricia lenta—. Deberías hacerlo más a menudo.

—Si reírme te hace feliz, te prometo que lo haré mucho más —susurró contra mis labios—. Y, volviendo a ese aparatito que has usado estos últimos años… te aseguro que lo que voy a hacerte te gustará mucho más.

Lo dijo mientras sus labios iban descendiendo por el centro de mi cuerpo, dejando un rastro húmedo y cálido sobre mi piel. No se detuvo hasta llegar a mi sexo.

Con dos dedos separó los labios y su lengua, lenta y firme, trazó un camino desde la entrada hasta el clítoris. Allí se detuvo, jugando con ese punto de nervios que parecía tener vida propia. Lo lamió, lo chupó, lo mordisqueó con una precisión que me hizo arquear la espalda por completo, sin poder contener los gemidos que escapaban de mi garganta.

—Marco… Dios… esto es demasiado… —jadeé, entre risas temblorosas, incapaz de controlar mi cuerpo.

Él se rio contra mí, y ese leve movimiento de su lengua me hizo perder toda noción del tiempo.

Cuando el orgasmo llegó, fue tan intenso que se me escapó un grito. No pude ni quise evitarlo.

Marco se incorporó sobre las rodillas, jadeante, y cogió el preservativo que había dejado a un lado de la cama. Lo desenrolló con calma y, tras colocárselo, me sujetó por las rodillas para abrir mis piernas por completo.

—Joder, Andrea —murmuró con la voz ronca—. Eres una fantasía hecha realidad.

Sus manos se cerraron en mis caderas y tiró de mí hacia él, guiando la cabeza de su glande hasta la entrada de mi sexo.

Todavía estaba de rodillas, y así, en esa postura, empezó a penetrarme despacio, muy despacio, como si temiera hacerme daño. No apartó sus ojos de los míos ni un solo instante.

Fue tan erótico, tan íntimo, que algo dentro de mí se removió. No sé qué expresión tendría mi rostro, pero cuando estuvo completamente dentro de mí, el placer me recorrió de pies a cabeza.

Supongo que a él también, porque cerró los ojos un segundo y se mordió el labio inferior, soltando un suspiro que me hizo estremecer. La imagen de su cara, con ese gesto de placer contenido, se grabó en mi mente como una fotografía.

—Marco… —susurré entre jadeos—. Empieza a moverte o me va a dar un ataque. Por Dios, ten un poco de compasión.

—Créeme, lo que estoy teniendo es compasión —respondió, con la voz rota—. Porque si no me contengo, voy a perder el control.

—Pues piérdelo, pero muévete.

—Tú lo has querido —dijo, saliendo casi del todo, solo para volver a entrar de un solo empujón.

—Asumiré las consecuencias. —Alcancé a decir, apoyándome en los codos para verlo moverse dentro de mí.

Lo hizo rápido, fuerte, profundo. Y, aun así, cada embestida era puro placer.

Apreté las sábanas con los puños, buscando algo a lo que aferrarme. Mi cuerpo se arqueó por completo, temblando bajo el suyo.

Marco se inclinó sobre mí, apoyando los codos a ambos lados de mi cabeza, y entonces pude abrazarlo. Mis brazos rodearon su cuello

y lo atraje hacia mí. Nuestros labios se unieron de nuevo, devorándonos, tragándonos los gemidos del otro.

—Me matas —susurró cuando se separó un instante para respirar. Su voz ronca me erizó la piel.

—Mientras que mueras así, todo estará bien —respondí entre risas temblorosas. No sé ni cómo fui capaz de bromear.

—No habría mejor forma de morir —jadeó, con una sonrisa salvaje —. Pero todavía no ha llegado mi hora. Me quedan muchos orgasmos que darte.

Con un movimiento rápido, giró nuestros cuerpos, quedando él debajo y yo a horcajadas sobre su cuerpo.

—Ahora te toca moverte a ti —dijo, pasándose la lengua por los labios—. Joder, no sabes la imagen tan perfecta que tengo delante.

Empecé a moverme sobre él, primero despacio, después más deprisa, dejándome guiar por las sensaciones, por el ritmo que marcaba mi propio cuerpo.

Desde esa postura lo sentía más profundo, más intenso. Cada vez que bajaba, su cuerpo chocaba con el mío y me arrancaba un gemido.

El calor me subía desde el vientre, envolviéndome entera. Estaba a punto de llegar al límite. Empecé a balancear las caderas hacia delante y atrás, buscando ese punto exacto que me hacía perder la razón.

Marco me sujetaba de las caderas, guiando mis movimientos. Cerró los ojos con fuerza y dejó escapar un jadeo largo, grave, que

me hizo estremecer. Escucharlo fue el detonante: el clímax me atravesó entera, haciéndome temblar sobre él.

No me dejó detenerme. Poco después lo sentí tensarse bajo mi cuerpo, y su respiración se volvió entrecortada hasta que también se dejó ir.

—Madre mía… —jadeé, dejándome caer sobre su pecho, todavía temblando.

—Recupera fuerzas, porque aún no hemos terminado —susurró, pasándome la mano por el pelo—. De hecho, nos queda mucho día por delante.

Levanté la cabeza para mirarlo.

—Creo que eso sonó a amenaza —dije, divertida.

—Lo es —contestó con una sonrisa torcida—, pero una muy placentera.

Después de unos minutos, nos levantamos de la cama, o mejor dicho, me levantó él. Me llevó en brazos hasta el baño, donde nos dimos una ducha rápida.

Y no, en la ducha no pasó nada más —solo algunos besos, caricias y esa complicidad nueva que flotaba entre nosotros.

Me prestó una camiseta suya, enorme y suave, y bajamos juntos a la cocina para preparar algo de comer. Necesitábamos recuperar fuerzas, sobre todo si pensaba cumplir su promesa de que el día aún no había terminado.

—¿En qué nos convierte esto, después de lo que ha pasado? —pregunté, mientras cortaba pan y trataba de no mirarlo demasiado.

—En un hombre y una mujer que se están conociendo —dijo sin dudar—, y que van a seguir haciéndolo.

—Solo espero que esto no repercuta en el trabajo.

—No te preocupes por eso. No lo hará. —Cogió un mechón de mi pelo y lo pasó por detrás de mi oreja con una ternura que me desarmó—. A partir de hoy, todo irá mejor, ya verás.

Me rodeó los hombros con un brazo y me atrajo hacia él. Apoyé la cabeza en su pecho y escuché su respiración, acompasada con la mía.

Por primera vez en mucho tiempo, pensé que tenía razón: todo iba a ir bien. Y, aunque no sabía cuánto duraría esa sensación, decidí disfrutarla mientras siguiera allí.

Capítulo 21



Marco

Lo que prometí lo cumplí, y con creces. Le dije que quedaba mucho día por delante, y no solo el día… también la noche. Y así fue.

Solo puedo decir que fue mucho más de lo que había imaginado. Cuando la vi por primera vez en aquel local, jamás pensé —ni de lejos— que acabaría viviendo algo como lo de aquella noche.

No puedo afirmar que fuera amor a primera vista, al menos por mi parte. Pero sí puedo asegurar que, poco a poco, Andrea se estaba metiendo bajo mi piel. Y lo hacía sin esfuerzo, sin artificios, solo con su manera de ser. Lo único que me provocaba era desear más.

Más días como el que habíamos tenido. Más momentos como los de la noche anterior. Más risas, más conversaciones, más de ella.

La había llevado a su casa para que se cambiara de ropa antes de ir juntos a la empresa, pero se negó rotundamente. Dijo que no quería que sus compañeros pensaran que era una trepadora, que acababa de llegar y ya se había «liado con el jefe». Sus palabras, no las mías.

Las mías fueron muy claras. Le dije que me importaba muy poco lo que pensaran los demás. Al fin y al cabo, yo era el jefe, y podía hacer lo que me diera la gana sin tener que dar explicaciones a nadie que no fuera a mí mismo.

No conseguí convencerla, pero sí le dejé muy claro que no pensaba esconderme. Si en algún momento me apetecía cogerla de la mano o darle un beso, lo haría sin problema alguno.

No iba a hacerlo por exhibicionismo, sino porque no tenía nada de qué avergonzarme.

—Pasa por esta vez —le dije, mirándola con una media sonrisa—, pero que sepas que no pienso esconderme. No le debemos nada a nadie, y lo que piensen los demás te tiene que dar igual.

—No me escondo por lo que piensen los demás —respondió, mirando por la ventanilla.

—Sí que es por eso —insistí con tono paciente—. Por lo menos, eso fue lo que dijiste antes. Y que yo sepa, tú no eres una cobarde.

—Venga, lo reconozco —dijo al fin, riendo un poco—. Me da igual lo que piensen o digan, es solo que necesitaba mi momento con mi mejor amiga para hablar de nuestras cosas.

Sonreí, divertido.

—¿Estás queriendo decir que lo que quieres es contarle cuántas veces te he hecho gritar?

—Eres un creído. —Me dio un manotazo en el brazo, aunque sus mejillas se tiñeron de un leve rubor—. Además, ella también quedó anoche con alguien y quería saber cómo le fue.

—No tienes que darme explicaciones —dije con calma—. Si lo que querías era pasar un rato con tu amiga, me lo podías haber dicho.

—Me daba cosa decirte que me había cansado de ti y estaba intentando darte largas sin parecer borde.

—Muy graciosa, sí señor —meneé la cabeza, sin poder evitar sonreír—. Te lo digo en serio, Andrea: no tienes que mentirme, y menos en cosas tan pequeñas. Si no te apetece algo, dímelo y punto. No pasa nada. —Le tomé la barbilla para que me mirara a los ojos—. Si quieres estar conmigo, lo estás. Y si prefieres que nadie en la oficina se entere, también lo respetaré. ¿Queda claro?

—Como el agua —respondió con una sonrisa suave.

—Perfecto. Ahora bájate del coche si no quieres llegar tarde. Y, para que veas que te mimo, hoy llevo yo los cafés. Pero solo hoy. —Le guiñé un ojo antes de inclinarme hacia ella y robarle un beso rápido.

Robo como tal no fue: me lo devolvió encantada.

De camino a la empresa, llamé a mi hermano para ver si tenía tiempo de tomar un café. Hacía varios días que no lo veía. Para ser exactos, desde aquella cena en la que insistió en traer a su cuñada.

—¿Cómo es que me llamas tan temprano? —Fue lo primero que dijo al contestar.

—Por si te apetece un café antes de entrar a trabajar.

Sandro siempre había sido un hombre metódico. Desde muy joven tuvo claro que quería ser juez, y no paró hasta conseguirlo. Años de

estudio, de sacrificio, de encierros interminables preparando oposiciones… y al final lo logró.

Ahora era un juez muy respetado, justo y querido por todos.

—¿En la cafetería de siempre? ¿La que está frente a los juzgados? —preguntó.

—Perfecto. Nos vemos allí en diez minutos.

Me venía bien: tenía que pasar por delante de los juzgados de camino a la empresa.

Aparqué en un parquin público cercano y, al entrar en la cafetería, lo vi sentado en una de las mesas más apartadas. Tenía la taza de café en una mano y, con la otra, revisaba distraídamente su teléfono.

—Gracias por pedirme el café —le dije, con ironía, al sentarme frente a él.

—No seas impertinente, enano —replicó, sin levantar la vista. Me hacía gracia que me llamara así, teniendo en cuenta que, aunque me llevaba tres años, yo le sacaba diez centímetros de altura—. Ya estaba aquí cuando me llamaste. Ahora pedimos otro café y listo. Y dime, ¿a qué debo el honor de que mi hermano pequeño me invite a tomar café un día laboral?

—Porque no te veo desde aquella noche en la que trajiste por cojones a tu cuñada. Y, si mal no recuerdo, me fui cabreado.

—Eso estuvo muy mal por tu parte —me reprochó, dándole un sorbo al café.

—Joder, Sandro, es que estoy hasta los cojones de que siempre aparezca, y de lo pesada que es con sus insinuaciones. ¿No se quiere un poco?

—Clara es algo cabezota. —Intentó defenderla.

—Cabezota no, Sandro. Es una malcriada —negué con un suspiro —. Ya tenemos una edad para andar aguantando caprichos.

—No es malcriada —insistió con paciencia—, solo está encaprichada contigo.

—Pues menos mal que Esther no es como ella.

—Ahí te tengo que dar la razón. —Río, encogiéndose de hombros.

—Sandro, estoy empezando algo con alguien —dije, más serio—. Todavía no sé dónde me llevará, pero me gusta. Y mucho.

Era raro que hablara con mi hermano de temas de mujeres. No solía hacerlo. Pero esta vez necesitaba contarlo.

—Lo que intento decirte es que evites cualquier situación en la que pueda verme comprometido por culpa de Clara.

—Vaya, esto sí que es nuevo. ¿Se puede saber de dónde ha salido esa mujer?

—Es mi nueva secretaria. Y no —levanté la mano al ver cómo sonreía con incredulidad—, no es lo típico, ni era de esperar. La conocí unos veinte días antes de que empezara a trabajar conmigo. En realidad, ni siquiera la conocí del todo. Solo la vi… y me fijé en ella.

—Esta historia promete —dijo con una sonrisa traviesa, disfrutando de mi incomodidad—. Esto merece otro café y una explicación detallada.

—Definitivamente, lo de ser juez lo llevas demasiado en la sangre. Necesitas tener todos los hechos sobre la mesa.

—No puedo evitarlo. Pero esta vez no es por trabajo, es por ti. Me preocupo por mi hermano. Así que venga, empieza a contar. Tiene pinta de ser interesante.

Le conté todo. Desde que la vi por primera vez, hasta cómo había terminado, por casualidad o por destino, trabajando para mí. Le hablé de lo mal que empezamos, de mis errores, y de cómo todo había cambiado.

Sandro escuchó en silencio, con ese gesto suyo tan propio de cuando se metía de lleno en un caso.

—¿Por eso esa noche no te separabas de la barandilla mirando hacia la planta de abajo? —preguntó finalmente. Asentí—. No sé qué decirte, Marco. Solo que, si te gusta y crees que te aporta algo bueno, no la dejes ir. Quién sabe, quizá sea la indicada.

—Soy once años mayor que ella —admití. Era algo que no conseguía sacarme de la cabeza.

—¿Y qué? —replicó sin dudar—. No pienses en los años, piensa en lo que sientes. Si ella ha decidido estar contigo, es porque no le importa la diferencia. Además, no eres ningún viejo. Todavía te queda cuerda para rato.

—Sandro, no es solo eso. Andrea pasó por algo muy duro. Su exnovio intentó matarla.

Su expresión cambió al instante. Me pidió que se lo contara todo, por si podía hacer algo. Le expliqué lo ocurrido, la historia del accidente, la cicatriz, todo.

—No puedes hacer nada, ese hombre murió en el acto —le aclaré —. Pero no quería ocultártelo.

—Hablaré con Esther —dijo finalmente—. Le diré que hable con su hermana para que Clara entienda, de una vez, que contigo no tiene ninguna posibilidad.

—Te lo agradezco —respondí sinceramente—. No quiero que algún día haga una tontería y me cause problemas.

El tiempo se nos fue sin darnos cuenta. Cuando miré el reloj, ya era más tarde de lo que pensaba.

Menos mal que Sandro no tenía juicio aquella mañana.

Y yo… bueno, yo podía imaginar a Andrea en el despacho, esperando su café, o saliendo a buscar uno al ver que yo no llegaba.

Solo pensar en su expresión al verme entrar con los vasos en la mano me arrancó una sonrisa.

Aquella mujer me estaba cambiando más de lo que hubiera querido admitir.

Capítulo 22



Andrea

—Me gusta, pero sería muy difícil mantener una relación con él —me dijo Irene mientras cenábamos aquella noche en nuestro piso.

Por la mañana no habíamos tenido tiempo de hablar. Me prometió que me lo contaría todo por la noche, cuando estuviésemos tranquilas y sin prisas.

—¿Por qué? Si os gustáis, no veo la complicación.

—¿Cuándo nos veríamos? Óscar trabaja de noche, todas menos los miércoles, y yo trabajo de día. Es muy difícil mantener una relación así. —Podía entenderla, aunque me fastidiaba que la ilusión chocara contra la realidad.

—Tal vez lleguéis a un punto intermedio, no sé… algo podréis hacer si de verdad os gustáis.

—¿Qué pretendes que hagamos? ¿Que yo deje mi trabajo para pasar las noches de espectadora mientras él trabaja? ¿Que Óscar deje el suyo para buscar otro que no lo haga feliz? Andrea, no puedo ir todas las noches a la discoteca y quedarme hasta las seis o siete de la mañana para después llegar, cambiarme de ropa e irme a la

oficina. —No pude rebatirla—. ¿Cuántos días podría aguantar sin dormir?

—Es que no sé qué decirte en este caso. Tienes razón, pero me jode que, justo cuando por fin te gusta un hombre después de tanto tiempo, todo se complique así. No es justo.

—Supongo que no es el indicado o no soy yo la indicada para él.

—Pero no tienes por qué decidir ahora mismo. Piénsalo, dale vueltas, háblalo con él. A lo mejor encontráis ese punto intermedio.

Estábamos sentadas en el suelo, sobre cojines mullidos. Muchas noches nos apetecía cenar así. Pusimos música de fondo, encendimos un par de velas y el piso olía a vainilla y a pan tostado. Muy zen, sí, pero a nuestra manera.

Servimos dos copas de vino —casi nunca bebíamos, pero de vez en cuando se agradecía— y que conste que no me compliqué con la cena: unas tostas con lo que pillé en la nevera, un bol con patatas al punto de sal, otro con olivas, y listo. Sencillo, rápido y rico.

—¿Y tú, qué? —preguntó Irene mientras me observaba con una sonrisa traviesa—. No me vas a contar nada más de lo tuyo. Esta mañana solo me diste un resumen.

—Es que no hay mucho más que contar —respondí, encogiéndome de hombros—. Me hizo sentir bien. Me trató con mucho mimo. No sé, Irene, la verdad es que fue mejor de lo que me imaginaba, partiendo de la base de que jamás pensé que pudiera pasar algo entre Marco y yo con lo mal que empezamos.

—Pero ¿tú crees que él quiere algo más o solo es un pasatiempo? —inquirió, alzando una ceja.

—No lo sé —admití—. Me dijo que iremos viendo lo que pasa día a día. No nos vamos a engañar: amor, lo que se dice amor, no hay. Sería imposible. ¿Que nos gustamos y hay atracción? Sí, eso se nota. Supongo que el tiempo dirá hacia dónde va todo esto.

—Espero que todo te vaya bien y, si no, que el mundo se vaya a la mierda y nosotras a vivir la vida como nos dé la gana. —Sentenció, alzando su copa.

—Ole, esa es mi chica. —Reí, chocando mi copa con la suya. Que Irene pensara así ya era un gran paso. Intuía que Óscar tenía mucho que ver en ese cambio.

Algo me decía que ese hombre podía hacerle bien; solo tenían que encontrar la forma de encajar sus horarios y sus vidas.

En cuanto a lo mío con Marco… no podía decir que no me hubiese hecho sentir especial. La manera en la que me miró, las sonrisas que me regaló, los besos repartidos por todo mi cuerpo, esas manos que parecían tocar algo precioso. Todas esas sensaciones me encogían el corazón cada vez que pensaba en él y en el día anterior.

Parecía mentira que aquel hombre —el de ayer y el de hoy— fuera el mismo que conocí tan serio y distante, el mismo que el segundo día me trató de forma déspota, haciéndome sentir que no era nadie; y, sin embargo, ahora me había hecho sentir importante.

¿Cómo podía una persona mostrar dos versiones tan distintas de sí misma? La pregunta me rondaba la cabeza sin descanso. ¿Y si volvía a cambiar? ¿Cómo me afectaría a mí?

La pregunta correcta era otra: ¿estaba dispuesta a jugarme un trocito de mi corazón solo para descubrir si merecía la pena? Porque

una cosa sí tenía clara: si seguíamos hacia delante, acabaría enamorándome de él.

Había algo en Marco que me arrastraba hacia su órbita, pero también sabía que estaba ese lado suyo más tempestuoso, el que podía convertir cualquier desacuerdo en una guerra mundial. Lo que sí tuve claro era que jamás en la vida volvería a permitir que me hiciera sentir como aquella vez en la comida.

—¿Qué te parece si dejamos de hablar de hombres y nos dedicamos a disfrutar de la cena y del vino? —propuso Irene, sirviéndose un poco más.

Por mí, perfecto. Yo también tenía la cabeza a punto de estallarme de tanto darle vueltas a las mismas preguntas.

—¿Sabes lo que creo? —dijo, negando con la cabeza antes de seguir—. Tal vez este fin de semana deberíamos irnos las dos por ahí. Me da igual el lugar. Podríamos irnos a un pueblecito con cuatro calles para pasear sin prisa o a una ciudad grande con mucho movimiento. ¿Qué te parece?

—Iba a decir que sí, pero ¿y Marco? ¿Cómo crees que se lo tomará? Estáis empezando lo que sea que tengáis, y si te vas ahora, a lo mejor no le sienta muy bien —le advertí.

—Primero estás tú; después, todo lo demás. Y yo también necesito pensar —dije, dándole un sorbo al vino—. Si se enfada, es su problema.

—Me parece una idea perfecta, siempre y cuando no te traiga problemas.

—No seas pesada. Ya te he dicho que, si se molesta, es cosa suya. Venga, pensemos destino: ¿pueblo pequeño o gran ciudad?

—Sabiendo cómo soy, sabes perfectamente cuál es mi preferencia —respondí riendo.

—Pues tú te encargas de buscar el sitio y, según lo que encuentres, cogemos una casita, un hostal o un hotelito mono.

—En cuanto terminemos de cenar, me pongo a ello. Busquemos algo que no esté muy lejos. Ten en cuenta que solo estaremos desde el viernes por la noche hasta el domingo por la tarde.

—¿Qué te parece la sierra de Cádiz? No está lejos y tiene pueblos preciosos —sugirió.

Quedamos en que ella miraría opciones por esa zona y, según lo que hubiera, decidiríamos. Recogimos el salón y cada una se fue a su habitación. El día había sido largo y las dos necesitábamos dormir, sobre todo teniendo en cuenta que ninguna lo había hecho la noche anterior.

Yo no era de estar pendiente del teléfono, y mucho menos en casa. Normalmente, al llegar lo dejaba cargando en la mesilla y me olvidaba de él hasta la mañana siguiente. Si pasaba algo, mi familia llamaba al fijo. Así que, al mirarlo, vi un mensaje de Marco de hacía casi tres horas.

Marco: *Esta noche deberías haberte quedado también. Mi cama se verá demasiado grande cuando me acueste. Que descanses, pero no lo hagas mucho, así me echas algo de menos.*

Andrea: *Buenas noches, Marco. Mi cama se ha enfadado conmigo por haberla abandonado la noche pasada. Menos mal que me ha*

perdonado con la condición de que no puedo volver a dormir si no es sobre ella.

Marco: *¿A todo el mundo tardas tres horas en contestarle o solo a mí porque soy especial?* —Me encantaba su punto irónico—. *En cuanto a tu cama, dile que no hay problema. La trasladamos a mi casa y asunto arreglado.*

No pude evitar sonreír.

Andrea: *Uy, eso va a ser complicado. Cuando llegó por primera vez a casa la muy tonta se encadenó de tal manera que no hay quien la mueva.*

Marco: *Dile que acepta por las buenas o no me va a importar cometer un asesinato. Total, mi hermano es juez; creo que podría echarme una mano para salir exculpado.*

Jamás habría imaginado, aquella primera vez que lo vi tan serio, que debajo de esa capa había un hombre con un sentido del humor tan afilado.

Andrea: *Hablaré con ella y le haré entender. Seguro que lo hace y no hará falta llegar tan lejos. Ahora sí, buenas noches. Necesito dormir urgentemente.*

Marco: *Dile que mañana no duermes en ella. Buenas noches, preciosa. Espero que descanses.*

Me quedé dormida con una sonrisa, pensando en el día siguiente, en su cara al verme y en cómo iba a ponerle las cosas un poquito difíciles. No en mal plan, no seáis mal pensadas. Aunque, si lo que habíais pensado era que tenía intención de provocarlo un poco… entonces sí, habíais acertado.

Capítulo 23



Marco

Al entrar, como todas las mañanas desde que Andrea había empezado, ya estaba sentada en su lugar.

—Buenos días, preciosa, ¿me echaste de menos anoche? —le pregunté con una leve sonrisa formándose en la comisura de mis labios.

Al estar sentada y muy cerca de su mesa, no me di cuenta de lo que tenía puesto hasta que se levantó.

Al hacerlo, la repasé de arriba abajo sin dejar ni un centímetro de su piel sin que mis ojos recorrieran su cuerpo.

Aquel día se había puesto una falda. No era corta ni provocativa, sino una normal que le llegaba justo por encima de las rodillas, en color marrón oscuro.

En la parte de arriba llevaba un jersey de punto ancho en color crudo. El cuello le caía por encima de un hombro, dejándolo ligeramente al descubierto.

Estaba preciosa: simple, pero perfecta.

—Buenos días, jefe —dijo. ¿En serio me seguía diciendo «jefe»?—. Voy ahora mismo por los cafés.

—¿Jefe? —pregunté, arqueando una ceja.

—Lo que eres. —Se encogió de hombros.

—¿Ya se te ha olvidado lo que fui hace dos días? —pregunté con tono insinuante.

Se ruborizó al instante.

—Como tú has dicho, eso fue hace dos días. Aquí y ahora eres mi jefe, ¿o me equivoco? —replicó desafiante.

No había un Dios que la hiciera bajar de la burra, a la muy puñetera.

—Andrea —la nombré suavemente—, no me pinches, que te meto ahora mismo en el despacho y te demuestro lo que soy. —Me incliné hacia delante, tanto que casi podía rozar sus labios—. Yo estaría más que dispuesto. —Terminé dejando un pequeño beso sobre su boca.

—Está bien, has ganado… por el momento, Marco. Ahora sí voy a por los cafés.

Me hizo gracia lo rápido que salió en busca de ellos. Aunque quisiera hacerse la dura ante todo el mundo —y que conste que no niego que fuese fuerte—, no podía evitar que a la hora de la verdad se viniera abajo en según qué momentos.

Entré en mi despacho, ese en el que siempre me había pasado largas horas sin importarme nada más que el trabajo. Y ahora, solo

quería que llegara la tarde para irme de allí… pero no pensaba hacerlo solo, porque hoy Andrea se venía conmigo.

No iba a esperar a que quisiera ir primero a su casa y después venir a la mía. Como mucho, podría llevarla a recoger lo que necesitara para el día siguiente.

Tenía ganas de volver a tenerla entre mis manos, en mi cama o donde fuera, pero conmigo empujando entre sus piernas.

Dios, era pensar en ella desnuda ante mis ojos y ponerme duro como una piedra. Menudo día me esperaba por delante.

Estaba terminando de encender el ordenador, tras quitarme la chaqueta, cuando apareció con su habitual sonrisa y un café en cada mano.

—Ya estoy aquí, jefe —dijo, divertida.

—¿Has venido hoy con ganas de guerra? —pregunté, fingiendo seriedad.

—No te puedes enfadar por eso. Es la costumbre, y como sabes, hay algunas que cuestan más que otras dejarlas atrás —contestó con picardía.

—Solo inténtalo. Para ti solo quiero ser Marco —dije, observándola fijamente.

Mis palabras la hicieron cambiar algo. La mirada se le suavizó; ya no era tan pícara, sino un poco más tierna.

Dejó los vasos sobre la mesa y dio unos pasos hasta situarse justo frente a mí.

—Te llamaré Marco, dejando mis bromas aparte, si para ti es importante —susurró, rodeándome el cuello con los brazos y acercando sus labios a los míos.

—Lo es. Aunque siga siendo tu jefe, quiero ser mucho más —dije sobre esos labios que me pedían a gritos que los atrapara.

La cogí por la cintura, acercándola tanto que no quedó espacio entre los dos. Incliné la cabeza y ahí sí la besé.

Empezó siendo un beso lento y suave, pero en segundos se volvió intenso, cargado de deseo, haciendo que mi sangre comenzara a hervir en las venas.

Yo no era el único que quería más. Andrea no paraba de restregarse contra el bulto de mis pantalones.

O parábamos en ese instante o íbamos a trabajar bien poco. Y aunque en ese momento me importaba más bien poco, sabía que no podía permitirlo: tenía varias reuniones por delante y una videollamada importante.

Con mucho pesar la separé de mi cuerpo.

—Vamos a ponernos con el trabajo, porque ahora mismo mi autocontrol está al límite —le advertí.

—¡Aguafiestas! —me dijo, relamiéndose los labios.

—No seas mala, que tenemos muchas cosas que hacer.

Nos pusimos con el trabajo el resto de la mañana. Tengo que reconocer que, si con Sandra me entendía bien, con Andrea era mil

veces mejor. Y eso que al principio pensé que no era la indicada para trabajar a mi lado.

No sé si era por el cambio en nuestra relación, porque ella me dejó las cosas claras, o porque ha sido la única que se ha preocupado por hacerme un poco más feliz, aun sin saber que lo necesitaba.

El caso era que nos entendíamos a la perfección. Eso sí, tengo que admitir que menos mal que trabajábamos separados, porque si no, no creo que hubiese hecho gran cosa: me resultaba imposible apartar la mirada de ella.

—¿Comes conmigo hoy? —le pregunté cuando llegó la hora de la comida.

—Lo siento, pero voy a comer con Irene. Por la noche te prometo que ceno contigo.

—Eso estaba claro que lo ibas a hacer.

—Tan claro no, porque si digo que no, es que no —replicó, desafiante.

—Pero no lo vas a decir, porque sería mentirte. Estás deseando hacerlo, aunque te niegues a admitirlo —respondí, recordando el beso de esa mañana.

—No, si yo no lo niego. Por eso mismo me voy a comer con mi amiga, para que no pase tantas horas alejada de mí —dijo con una sonrisa divertida.

Llamé a mi hermano por si podíamos quedar para comer, pero no podía: el juicio que iba a celebrar esa mañana se le había alargado y apenas tuvo un receso para comer algo rápido en su despacho.

Al final opté por quedarme en la oficina. Pedí que me trajeran una ensalada, así también podía adelantar trabajo.

Me estaba haciendo un café en la cafetera de cápsulas que tenía justo detrás cuando se abrió la puerta.

Era Andrea. Se me había pasado la hora sin darme cuenta, tan metido en el trabajo que ni noté el tiempo.

Desde que llegó, no paró de provocarme: un roce «accidental» con mi mano, un apoyo en mi hombro mientras revisaba unos papeles… Me estaba llevando demasiado al límite.

—Andrea, me estás provocando y al final me vas a encontrar —dije, girando la silla hacia ella.

—No estoy haciendo nada, solo estoy trabajando —respondió, fingiendo inocencia.

Las ruedas de mi silla se movieron hacia atrás al impulsarme con las piernas. Ella dio dos pasos atrás, intentando alejarse, pero la agarré por la cintura antes de que pudiera hacerlo.

—Tú de aquí no te mueves —le susurré.

Me levanté sin soltarla y la hice sentarse sobre mi mesa, sin apartar ni un solo papel.

—Marco, ¿qué haces? —preguntó, entre nerviosa y excitada.

—Responder a tu provocación. Tanto me has buscado que al final me has encontrado. Apóyate en las manos y levanta el trasero.

Hizo lo que le pedí sin protestar. Sabía que tenía las mismas ganas que yo; de no ser así, se habría negado, y yo lo habría aceptado.

Le cogí el tanga de los laterales y se lo bajé a lo largo de las piernas. Llevaba los zapatos puestos y no se los quité.

Verla sentada en mi mesa, con las piernas abiertas y expuesta ante mí, casi me llevó a la locura.

Estaba tan preparada, tan húmeda, que al verla, mi pene dio un salto dentro de los pantalones.

Llevé dos dedos a sus pliegues, recogiendo su humedad con ellos. Me los llevé a la boca sin apartar la mirada de ella.

—Mmm… deliciosa —murmuré al sentir su sabor.

—Joder, Marco, eso es lo más erótico que he visto en mi vida —susurró, estremeciéndose.

—Esta noche, cuando tengamos más tiempo, te voy a demostrar lo eróticas que pueden ser muchas cosas —dije con voz grave—. Pero ahora no tenemos tiempo.

Me abalancé sobre sus labios. Necesitaba besarla urgentemente.

El beso fue salvaje, con mordiscos, lametones y ansias. Mientras nos devorábamos la boca, Andrea llevó las manos a mis pantalones y en menos de cinco segundos me los había desabrochado y bajado hasta el trasero, liberando mi erección.

Comencé a pasar el glande entre sus labios vaginales, rozándola, tentándola, provocándola.

Joder… o me detenía, o esto iba a ser una locura. Necesitaba controlarme, no podía hacerlo sin preservativo.

Solté un suspiro fuerte al separarme para abrir un cajón y coger uno. Lo rasgué con los dientes y, cuando iba a ponérmelo, ella me detuvo.

—¿Te lo puedo poner yo? Nunca lo he hecho y me gustaría hacerlo —pidió en voz baja.

Dios mío… verla hacerlo sí que era erótico. Le entregué el preservativo y, con las manos temblorosas, me lo colocó despacio.

En cuanto lo tuve puesto, no esperé ni un segundo más para adentrarme en su interior.

Estaba tan caliente y húmeda que no me costó nada. Su cuerpo me acogió con gusto; lo noté en la forma en que se contrajo a mi alrededor.

No podía alargarlo. Esa noche tendríamos todo el tiempo del mundo, pero allí no quería arriesgarme a que alguien nos interrumpiera.

Entraba y salía de su interior con penetraciones rápidas y profundas, sin darle ni darme un respiro.

Los dos estábamos tan deseosos que llegamos rápido: ella primero, y poco después yo.

Con la respiración entrecortada, Andrea apoyó la frente en mi hombro y yo dejé caer la barbilla sobre su cabeza, intentando que el aire regresara a mis pulmones.

—A ver quién es el guapo que sigue trabajando después de esto… Lo que acaba de pasar, ¿se puede considerar abuso de poder? —preguntó entre risas.

Sonreí al escucharla.

—No cuando has sido tú la que ha estado provocando a tu superior —respondí, besándole la sien.

Capítulo 24



Andrea

No dejó que me fuera a casa con Irene. No es que no me dejara, es que se encabezonó en llevarnos él. Dijo que así llegaríamos antes y podría recoger la ropa para el día siguiente.

—Jefe, ¿no quiere tomar algo mientras Andrea prepara la ropa? —preguntó Irene con esa vocecita suya tan formal.

Cuando le habló así, no pude evitar soltar una carcajada. Menos mal que ya iba por el pasillo, porque una cosa era que me escucharan y otra que me vieran doblarme en dos de la risa.

—Irene, ¿tú también me vas a decir «jefe»? Te tengo dicho que no me llames así ni que me trates de usted.

—Irene, está mintiendo —dije desde el pasillo—, porque a mí me aseguró que si le llamabas por su nombre, te pondría un parte disciplinario.

Podía imaginarme la cara de mi amiga, con lo vergonzosa que era todavía con Marco, y eso que llevaba años trabajando con él.

—Te lo voy a poner a ti. —Se escuchó decir de fondo.

Sonreí. A veces, cuando los veía juntos, tenía la sensación de que los dos disfrutaban con esas pequeñas provocaciones. Él con su tono serio, ella con ese respeto que rozaba lo exagerado.

Cogí una bolsa de viaje pequeña, perfecta para lo poco que tenía que llevarme: la ropa para el día siguiente, el neceser con el desodorante, el perfume, el cepillo de dientes y el del pelo. Ya sabéis, los productos típicos que usamos todos los días. Metí también la ropa interior y un pijama, aunque dudaba que llegara a utilizarlo.

Con la bolsa en la mano, salí al encuentro de ellos. Estaban en la cocina, cada uno con un vaso de refresco de cola. Me pareció curioso ver a un hombre como Marco bebiendo algo así. Era un pensamiento tonto, lo sé, pero a veces mi cabeza iba por libre.

Me puse a su lado, le cogí el vaso y le di un gran trago. Era casi adicta a aquel refresco; si no lo bebía más a menudo era por la cantidad de azúcar que tenía, aunque en ese momento me supo a gloria.

—No hace falta que me digas que te gusta —comentó cuando vio que dejé su vaso casi vacío.

—No le gusta, le encanta. Si fuera por ella, lo bebería continuamente —murmuró Irene por lo bajini.

—No tienes que decirlo como si fuera un secreto, es verdad, me encanta —dije mirándolo a él—. Si alguna vez me ves muy estresada, ponme delante una lata bien fría y verás lo rápido que me calmo. —Me puse de puntillas y le di un beso rápido—. Ya estoy lista, cuando quieras nos vamos. ¿Qué vas a hacer tú, Irene?

—Va a venir Óscar. Le ha pedido dos días a Owen —respondió. Sus ojos rebosaban felicidad, y me encantaba verla así.

—¿Por qué no le preguntas si quiere venir a mi casa mañana? Podemos cenar los cuatro —propuso Marco.

Que quisiera implicarse con mis amigos me demostró, sin darse cuenta, que me estaba dando un lugar en su vida. No lo decía, pero lo transmitía con gestos, y esos gestos valían más que cualquier palabra.

—Eso, pregúntale a Óscar. Os puedo preparar una buena cena —añadí.

—Se lo diré esta noche. No creo que diga que no. Mañana te lo confirmo.

—Andrea, si has cogido ropa solo para mañana, mete algo más. Así no tenemos que pasar otra vez por aquí —dijo Marco con ese tono que no admitía réplica.

—Ya das por hecho que vamos a cenar en tu casa —le respondí con una sonrisa.

—Aunque no vengan ellos, lo vas a hacer tú.

Suspiré y volví a mi habitación a coger más ropa. Total, sabía que la iba a usar. Estaba casi segura de que me quedaría en su casa más de una vez, y no tenía sentido estar cruzando la ciudad cada tarde solo para recoger una camiseta o un vaquero.

—¿Por qué has sido tú la que se ha ofrecido a preparar la cena? —preguntó mientras conducía, poco antes de llegar a su casa.

—Irene odia la cocina. Solo entra para comer y limpiar. Soy yo la que hace todas las comidas desde que nos fuimos a vivir juntas.

—Pero, aunque la odie, cuando conviven dos personas debería ser cosa de ambas —replicó.

—A mí me encanta cocinar. Se me pasa el tiempo volando y lo disfruto. —Me giré para mirarlo mejor—. Mi madre es cocinera en un hotel, y desde que mis hermanos y yo éramos pequeños nos criamos pasando muchas horas con ella entre fogones. A los tres se nos da muy bien.

—Parece que disfrutaste mucho de esos momentos —dijo con una sonrisa.

—Sí, lo hice. Cuando salí del hospital, como aún no podía trabajar, me pasaba horas y horas metida entre esas cuatro paredes. Me ayudó mucho. Casi siempre me acompañaba Manu, mi hermano.

»Trabaja de noche, y por eso podía pasar el día conmigo. Era como un ritual entre nosotros: poníamos música y, entre bailes y risas, íbamos cortando las verduras o preparando lo que hiciera falta. —Recordé con ternura.

Muchas veces tendemos a olvidar cosas que, en su momento, nos salvaron un poco la vida. No lo hacemos a propósito; simplemente el tiempo pasa, y con él vamos dejando atrás los pequeños refugios que un día nos ayudaron a sanar. Pero cuando hablas de ellos, cuando los revives, regresan las imágenes, las risas, las charlas… y te das cuenta de que sigues siendo esa misma persona, solo que un poco más fuerte.

—Aunque te guste cocinar, no quiero que mañana ni ningún otro día que estemos con familia o amigos te metas en la cocina mientras los demás disfrutamos. O lo hacemos entre todos o pedimos comida —dijo con un tono firme, pero cariñoso.

Que pensara en mí de esa manera me gustó más de lo que esperaba. Eran esas cosas —las pequeñas, las que apenas se notan — las que empezaban a moverme por dentro. Sentía que algo se estaba construyendo entre nosotros, algo que me daba tanto miedo como ilusión.

Al llegar a su casa, me tomó de la mano y me llevó hasta su habitación para que guardara la ropa en el vestidor. Después coloqué las cosas del neceser en el baño, todo bien ordenado, como a mí me gustaba.

Mientras lo hacía, sentí sus brazos fuertes rodeándome por detrás. Me estremecí. Dejó un camino de besos desde el lóbulo de mi oreja hasta el hombro.

—No me sacio de ti. Quiero tenerte entre mis brazos en todo momento —susurró, intercalando palabras con besos. Incliné el cuello para darle mejor acceso.

Me cogió el bajo del jersey y empezó a quitármelo. Alcé los brazos para facilitarle el trabajo. Me quedé solo con el sujetador mientras sus manos recorrían mi cintura, subiendo lentamente por el centro del vientre.

Separó las manos y cada una se fue a un pecho. Los acunó por encima de la tela que aún me cubría, y con los dedos dibujó círculos sobre los pezones hasta que se endurecieron.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en su pecho. Levanté los brazos, queriendo rodearle el cuello, ansiosa por un beso suyo. Me encantaban sus labios: cálidos, suaves, tan dulces que parecía imposible que pertenecieran al mismo hombre serio que conocí semanas atrás.

—Marco… —susurré.

—Siente, preciosa. Solo déjate llevar —murmuró contra mi boca.

Nos besamos, y ese beso fue distinto. No era solo deseo; había algo más profundo, algo que me hizo temblar. Nos desnudamos entre caricias, respiraciones entrecortadas y miradas que decían más que cualquier palabra.

Abrió el agua de la ducha y ajustó la temperatura perfecta. El vapor comenzó a envolvernos.

La necesidad nos impedía ir despacio. Era ese tipo de deseo que te arde en la piel y no da tregua.

—Apoya las manos en la pared —susurró en mi oído, dejando un beso después.

Obedecí. Con el pie me empujó suavemente para que separara las piernas. Tiró de mi cintura hacia él y, sin más, me penetró.

Estaba tan excitada que no necesitaba más. Solo quería sentirlo dentro de mí, sentir que me llenaba por completo. Sus movimientos eran firmes, precisos, y cada embestida me arrancaba un gemido.

Su respiración me acariciaba la piel; podía sentir el temblor de su voz cuando me susurraba aquellas palabras cargadas de deseo. Todo en él era fuerza, control y ternura al mismo tiempo.

—Estás a punto de correrte, lo noto —gruñó sobre mi cuello—. Hazlo, preciosa, no te reprimas.

Y no lo hice. Me dejé ir.

—Ah… Marco —grité cuando el orgasmo me atravesó de pies a cabeza.

—Eso es, demuéstrame cuánto te gusta —susurró con la voz tomada por el placer.

No se había puesto el preservativo, así que no pudo terminar dentro. Siguió moviéndose unas cuantas veces más, hasta que salió y se dejó ir sobre la parte baja de mi espalda.

Me giré en cuanto terminó, lo tomé por las mejillas y lo besé con calma, despacio, saboreando ese instante que no quería que acabara nunca.

—Preciosa, tenemos que hacer algo.

—¿Algo con qué? —pregunté, todavía recuperando el aliento.

—Algo para no tener que usar más preservativos y poder terminar dentro de ti sin miedo a que te quedes embarazada.

—Buscaré una ginecóloga y veré cuál es la mejor opción —le respondí.

—Me jode que tengas que llenar tu cuerpo de hormonas —murmuró, apoyando su frente en la mía.

—No te preocupes. Seguro que ella me aconseja lo que me venga mejor y me haga menos daño.

Me ayudó a salir de la ducha, me envolvió en una toalla con tanto mimo que me quedé sin palabras. Y mientras lo miraba, con el corazón desbocado, no pude evitar pensar que tal vez él también empezaba a sentir algo.

Con esa idea dando vueltas en mi cabeza, salí del baño y me puse el pijama, sin saber si esa noche dormiría… o si el simple roce de su cuerpo volvería a hacerme olvidar el mundo entero.

Capítulo 25



Marco

Nos metimos en la cocina para preparar la cena. Lo que le había dicho por la tarde era cierto: no veía bien que fuera ella la que se encargara sola mientras los demás mirábamos. Por lo menos yo no era así, y no pensaba quedarme de brazos cruzados.

Andrea se había puesto, después de la ducha, un pijama de pantalón corto con una parte superior de tirantes finos de encaje. Era un pijama sencillo, de algodón suave, el que cualquier mujer podría usar sin darle importancia, pero sobre su cuerpo adquiría otra dimensión. Ese tono claro resaltaba el bronceado de su piel y el movimiento natural de sus caderas al caminar. No podía evitar desearla; era un impulso que se encendía sin previo aviso, como si cada vez que respiraba cerca de mí encendiera una chispa nueva.

Mi hambre por ella no disminuía, todo lo contrario. Cuanto más la tenía cerca, más me costaba controlarme. Cada risa suya, cada palabra, me hacía querer acercarme, rozarla, comprobar si todo aquello era tan real como parecía. Lo único que podía hacer era disimular y aguantarme, buscando cualquier distracción que me ayudara a mantener el equilibrio entre el deseo y el sentido común.

Yo llevaba un pantalón de pijama suelto y una camiseta blanca básica. Afuera hacía frío, pero dentro la temperatura era perfecta, templada. Siempre me gustaba mantener la casa a unos grados que hicieran sentir cómodo a cualquiera que estuviera conmigo; el calor justo para poder andar descalzo, sin esa sensación de invierno que suele colarse por las ventanas cuando cae la noche.

—Te voy a enseñar cómo se hace un auténtico *risotto* de setas —me dijo mientras sacaba los ingredientes de la despensa y de la nevera—. Te vas a chupar los dedos.

—Estoy seguro de que estará tan bueno como la cocinera —le susurré, pasando por detrás y deteniéndome para darle un pequeño mordisco en la parte de atrás del cuello.

—Tú —me señaló con el dedo, intentando mantener la compostura —, mantente lejos de mí o estoy segura de que no cenaremos.

—Podríamos cenar otra cosa. —Le guiñé un ojo, provocándola.

—Eso no sacia el estómago.

—Pero sacia otras cosas… como las ganas que sigo teniendo de ti.

—Marco, te lo digo en serio: las manos lejos de mí.

Levanté las manos, fingiendo rendición, aunque no podía evitar sonreír.

—Como ordenes. ¿Qué hago? ¿Me dejas que te ayude o prefieres que solo mire?

—Eres imposible —resopló, riendo—. Con lo serio que parecías cuando te conocí.

—Para que veas que no siempre se es lo que parece.

—Anda, ponte a lavar las setas, y cuando termines, limpia la lechuga. También voy a preparar una ensalada.

Puse música de fondo desde el móvil. Una lista cualquiera, suave, con canciones que llenaban el silencio sin imponerse. Tenía que reconocerlo: este tipo de momento no lo había vivido nunca. Ni con mis padres, ni con ninguna pareja anterior. Normalmente, todas evitaban la cocina; preferían restaurantes caros, cenas de gala o copas en terrazas donde todos podían verlas. Pero esto… esto era distinto.

La observé mientras se movía entre los fogones, tan concentrada, disfrutando de lo que hacía. Tarareaba bajito y se balanceaba al ritmo de la música, con ese brillo en los ojos de quien está en su elemento. Esa imagen se me quedó grabada. Por un momento, me imaginé cómo sería mi vida si ella estuviera siempre así, a mi lado, compartiendo rutinas, risas, cenas improvisadas y silencios cómodos. Y me gustó la idea más de lo que habría admitido en voz alta.

Yo, que nunca había deseado atarme a nadie, que me sentía cómodo en la soledad y el orden de mi casa, ahora me encontraba deseando justo lo contrario. Andrea había llegado y lo había puesto todo patas arriba.

—Pinche, despierta, que te has quedado dormido. —Chasqueó los dedos delante de mi cara—. ¿En qué estarás pensando?

—En la reunión de mañana —mentí. No iba a confesar que acababa de imaginar un futuro con ella.

—Pues como tú has dicho, eso es mañana. Ahora estamos aquí, así que deja el trabajo fuera de la cocina.

—Tienes razón. Fuera trabajo.

—El arroz ya está en su punto —dijo probando una cucharada—. Ahora añadimos el queso parmesano y listo.

El olor llenó la cocina con esa mezcla de mantequilla, setas y vino blanco. Tenía una pinta increíble, con una cremosidad que abría el apetito con solo mirarlo.

Iba a llevar los platos al salón, pero me detuvo.

—Prefiero cenar aquí, en la isla —me explicó—. Me gusta comer así, en plan informal, con música y sin protocolos.

—Perfecto. Pero acompáñalo con un vino blanco, que lo merece.

Coloqué dos manteles individuales, los cubiertos y las copas mientras ella servía la ensalada. Nos sentamos en los taburetes altos y, tras el primer bocado, lo supe: era uno de los *risottos* mejores que había probado en mi vida.

Si no gemí, fue por puro pudor.

—Desde luego, podrías abrir tu propio restaurante. Triunfarías —le dije entre risas.

—Prefiero seguir como estoy. Que solo pruebe mi comida quien yo elija. Pero gracias, tuve una buena maestra.

—No fue solo un cumplido, Andrea. Esto está realmente bueno. Ahora entiendo por qué Irene no quiere cocinar si puede comer lo que tú haces. —Reí.

—Ponla con otra tarea y la hace encantada, pero en la cocina ni de broma.

Nos quedamos un momento en silencio, disfrutando del ambiente. Afuera, la lluvia empezaba a repiquetear contra los cristales, y la luz cálida de la cocina envolvía todo con una calma que me resultaba nueva, casi doméstica.

—Cambiando de tema… —dije al cabo de unos segundos—, este fin de semana podríamos invitar a tu familia. El sábado o el domingo, por ejemplo.

—Creo que te estás adelantando un poco —dijo girándose hacia mí —. Y justo eso quería hablar contigo.

—¿Sobre tu familia?

—No, sobre el fin de semana. —Se mordió el labio, pensativa—. Irene y yo queremos escaparnos desde el viernes hasta el domingo a un pueblecito de la sierra de Cádiz. Así que no voy a poder pasarlo contigo.

Tardé unos segundos en responder. No quería sonar posesivo, pero, sinceramente, me molestó. No porque se fuera con su amiga —entendía perfectamente que necesitara ese tiempo—, sino porque yo estaba deseando pasar cada minuto con ella.

—Si es lo que te apetece, me parece perfecto. No te voy a negar que me habría gustado tenerte conmigo esos días, pero entiendo que quieras pasarlos con ella. —Intenté sonar tranquilo, aunque se me escapó cierto tono de reproche.

—No es que no quiera estar contigo —respondió enseguida—. Es que Irene me necesita, y yo también a ella. Me gusta estar contigo,

me haces sentir especial, pero sé que, si seguimos adelante, voy a pasar menos tiempo con ella. Es como… una pequeña despedida entre nosotras.

Comprendí lo que quería decir. Y tenía razón.

—Te agradezco que me lo digas así. Ahora entiendo mucho mejor que quieras irte con ella —le dije, levantándome.

La tomé de las manos y tiré suavemente hasta hacerla ponerse de pie. Abrí las piernas y la atraje hacia mí, rodeándola por la cintura.

—Disfruta mucho de esos días, porque cuando vuelvas vas a dormir todas las noches en mi cama, a mi lado.

—Hombre, tanto como todas las noches… —replicó, aunque sonriendo.

—Andrea, cuando digo todas, son todas —le aseguré, tomándola por la barbilla—. Ya no quiero medias tintas ni juegos. Sé perfectamente lo que quiero, y lo quiero contigo.

Ella no respondió enseguida. Se limitó a mirarme con esa mezcla de sorpresa y ternura, como si mis palabras le hubieran removido algo que no esperaba.

Y fue en ese instante, con la lluvia cayendo fuera y el aroma del *risotto* aún flotando en el aire, cuando supe que algo entre nosotros había cambiado para siempre.

Porque, aunque ninguno lo dijera en voz alta, los dos sabíamos que aquello ya no era solo deseo. Era algo que estaba creciendo, lento pero imparable.

Capítulo 26



Andrea

—¿Estás preparada para pasar un fin de semana loco? —Me miró como diciendo de qué cojones estás hablando—. No me mires así, estaba bromeando, te prometo que va a ser tranquilo.

—Andrea, no la vayas a liar, que nos conocemos.

—Que no, te lo prometo. Además, ¿qué puedo hacer en un pueblo donde no conozco a nadie?

—Uff, tú podrías hacer mil cosas, y no quiero pensar en ninguna de ellas.

—Anda, que no eres exagerada. —Arranqué el coche y esperé a que terminara de colocarse el cinturón para coger carretera y manta, como se dice en mi tierra.

El día estaba un poco gris, de esos que no sabes si van a terminar en lluvia o se van a quedar en amenaza. Pero eso no me quitó las ganas: puse la música a tope, bajé un poco la ventanilla y dejé que el aire me despeinara. Si íbamos a escapar, que se notara desde el minuto uno.

Al final habíamos cogido una casa con dos habitaciones. El pueblo era pequeñito, de esos donde los vecinos todavía se saludan al pasar y las calles huelen a pan recién hecho. Había muchas más casas rurales que hoteles u hostales, y la nuestra tenía una pequeña terraza con vistas al monte. Así podíamos estar mucho más cómodas, sin horarios ni normas.

—Tendremos que parar en un supermercado para comprar algunas cosas —me dijo Irene.

—Sí, porque aunque salgamos a comer o a cenar, vamos a comprar para el desayuno y para la cena de esta noche. Cuando lleguemos hoy, entre colocar todo y ubicarnos, se nos va a hacer tarde.

—¿Tú crees que si le hubiera dicho a Óscar que viniera con nosotras, lo habría hecho?

—Si fuese por él, seguro que sí —respondí sonriendo—, otra cosa es que hubiera podido por el trabajo. ¿Te habría gustado que viniera?

—Sí —suspiró—. Sé que querías que esta escapada fuera solo para nosotras, pero me habría hecho mucha ilusión pasar estos días con él.

—¿Sabes que eres un poco capulla? Yo también se lo podría haber dicho a Marco.

—Es que si él venía, me iba a tocar a mí sostener la vela —bromeó.

Puse los ojos en blanco y, sin pensarlo demasiado, marqué un número.

Llamé a mi cuñado favorito —ya sabéis todas quién es, ¿verdad?—. El rey del buen humor y la paciencia infinita.

—Owen, necesito un favor —dije en cuanto contestó.

—Si tiene que ver con tu hermano o con líos tuyos, no sé si quiero escucharlo —bromeó.

—Va, no seas así. Es importante. Necesito que le des unos días libres a Óscar. Que lo hagas como favor personal y que no me pongas pegas.

Se escuchó su risa al otro lado del teléfono, esa carcajada tan suya que parecía llenar cualquier silencio.

—El favor me lo cobro con dos noches que vas a trabajar para mí el fin de semana que viene —me respondió divertido.

—Trato hecho. Eres un amor.

Menos mal que no llevábamos ni diez minutos de carretera, así que di la vuelta. Irene se quedó muda, con la boca abierta.

—¿Qué has hecho, Andrea?

—Ya lo verás —respondí con una sonrisa mientras marcaba otro número.

—Óscar —dije en cuanto contestó.

—Dime, loca.

—Prepara una bolsa con ropa para el fin de semana, que en nada paso a por ti.

—¡¿Qué dices?! ¿Sabes que tengo que trabajar?

—Tío, que tienes una amiga muy lista. He hablado con Owen y te deja libre hasta el lunes. Así que ya sabes, que tu chica quiere que te vengas con nosotras.

—Joder, eres un torbellino, contigo todo es dicho y hecho. En diez minutos estoy listo —respondió.

En cuanto colgué, los ojos de Irene se iluminaron como dos estrellas.

—Estás muy loca —dijo sin que se le borrara la sonrisa—, pero no quiero que te sientas mal porque yo esté con él y tú sola.

—¿Quién ha dicho que voy a estar sola?

—¿Qué…? ¡No le habrás dicho nada a Marco! —preguntó con un tono entre curiosidad y miedo.

Me encogí de hombros, disimulando la sonrisa.

—Dime, preciosa —dijo Marco al contestar, con esa voz que me erizaba la piel—. ¿Por dónde vais?

—Por aquí cerca, dos calles más abajo de mi casa —respondí, mirando de reojo a Irene.

—¿Y eso? ¿Salisteis más tarde?

—No, nos hemos dado la vuelta. He tenido que arreglar una cosilla —miré a Irene de reojo—. Aquí mi amiga se había puesto triste porque quería pasar el finde con su amorcito, así que he hecho unas llamadas y ya está todo arreglado. Y antes de que digas nada, ya sé lo que vas a decir. —Hice una pausa, riendo—. El caso es que yo también quiero pasarlo contigo, así que… ¿te gustaría venir con nosotros? Dime que sí.

—Preciosa, eso no hace falta ni que lo preguntes. En cuanto cuelgue, preparo la ropa.

—Si es que te voy a tener que querer. —Reí.

—Recoged a Óscar y pasad por mi casa. Dejas aquí tu coche y nos vamos en el mío, que es más amplio.

Tenía razón. Comparar mi SEAT Ibiza con su Mercedes-AMG era como poner a competir una bicicleta con un cohete. Pero vamos, que yo con mi coche tenía de sobra.

—Tú lo que quieres es presumir de coche.

—Me gusta más presumir de mi acompañante —respondió, y esa frase me hizo sonreír como una tonta.

Me despedí de él y me dirigí a la casa de Óscar.

—La que montas en un momento, contigo nunca nada es predecible —dijo Irene, todavía divertida.

—Pero no me dirás que no te gustan mis cambios repentinos.

—Este desde luego que sí. Otros no tanto, pero te quiero igual —contestó.

—Lo sé, es que soy irresistible —añadí en broma.

Detuve el coche frente a la casa de Óscar y pité dos veces.

—Desde luego, cuando me levanté esta mañana no imaginaba acabar el día así, y mucho menos el fin de semana —dijo él al subir al coche—. Hola, preciosa —saludó a Irene, dándole un beso rápido. Luego se giró hacia mí y me dio uno en la mejilla.

—Vamos a casa de Marco y nos vamos —anuncié.

Ellos ya se conocían de aquella cena en casa de Marco, y por la impresión que me dio, se habían caído muy bien. Además, Marco me había dicho varias veces lo mucho que le caía Óscar.

—Me gusta que os hayáis acordado de mí, pero ¿seguras de que no preferís iros solas? —preguntó él.

—Si hubiéramos querido ir solas, Andrea no habría llamado a Owen —replicó Irene—. ¿Sabes que para que tú pudieras venir ella va a tener que trabajar el fin de semana que viene?

—Lo que Owen quiere es recuperar a su chica —dijo Óscar riendo —. Ese no da puntada sin hilo.

—Pero es buena persona, y mientras trate bien a mi hermano, me tendrá contenta. Ahora, como se le ocurra hacerle algo a Manu, le hundo la discoteca.

—Andrea, no digas eso, que como gracias a él.

—Va, no te preocupes. Si un día te cansas, hablo con Marco para que te busque un puesto en su empresa.

—Pues no sería mala idea —dijo pensativo—. Me vendría bien algo más estable, más… normal.

Con cada día que pasaba, se les veía más unidos. A Irene se le estaba yendo el miedo poco a poco, y lo más importante, Óscar estaba consiguiendo que recuperara la autoestima. Mi amiga valía muchísimo, en todos los sentidos; su único error había sido cruzarse con aquel desgraciado que le hizo creer lo contrario.

Llegamos a casa de Marco y el portón se abrió enseguida. Aparqué junto al garaje y, cuando bajamos, él ya nos esperaba en la entrada, con su bolsa de viaje y esa sonrisa que me desarmaba.

—Al final sí que vamos a pasar el fin de semana juntos —le murmuré al acercarme, rodeándole el cuello con los brazos para darle un beso.

—Y no sabes cuánto me alegra —respondió—. Ya me veía solo, echándote de menos mientras tú disfrutabas con tu amiga.

Me separé un poco para dejar que saludara a Óscar e Irene.

—Tío, con tu chica no creo que te aburras en la vida. La que lía en un momento —comentó Óscar entre risas.

—Pero por una vez, de este lío salimos beneficiados todos —me defendió Marco.

Pasamos nuestras bolsas a su coche para no perder más tiempo. Me veía venir que, como no nos diéramos prisa, íbamos a llegar y estaría todo cerrado.

Mis amigos se sentaron en la parte de atrás del coche, entre bromas y alguna que otra risa nerviosa. Yo me acomodé en el asiento del copiloto, y Marco, sin decir nada, me buscó la mano. La entrelazó con la suya y no la soltó en todo el trayecto, como si con ese simple gesto quisiera dejar claro que estaba ahí, conmigo.

Fuimos hablando de todo un poco: de la música que sonaba, de lo bonito que se veía el paisaje y de lo bien que nos venía a todos desconectar unos días. Había buen ambiente, de esos que te llenan el pecho sin saber por qué.

Cada vez que Marco me miraba de reojo, me dedicaba una sonrisa que me descolocaba por completo. No hizo falta decir mucho más, bastaba el roce de su pulgar sobre mi piel para que se me olvidara el resto del mundo.

Cuando por fin llegamos al pueblo, el aire olía a campo. Lo primero que hicimos fue dejar las bolsas en la casa rural y, sin apenas descansar, volvimos a salir para hacer una pequeña compra antes de que cerraran las tiendas.

Capítulo 27



Marco

—¿Puedes hablar con el dueño de la casa y preguntarle si nos podemos quedar hasta el lunes por la mañana? —le pedí a Irene, ya que sabía que había sido ella quien se había encargado de alquilarla.

—Pero el lunes tenemos que trabajar, y si nos quedamos aquí hasta ese día vamos a tener que madrugar muchísimo —me contestó ella, dejando el móvil sobre la mesa.

—El lunes no vamos a ir ninguno de los tres a trabajar —dije con convicción—. Vamos a aprovechar que Óscar no empieza hasta por la noche y así podemos pasar otro día más aquí, sin prisas.

—Ole, ese es mi chico. —Escuché la voz de Andrea desde el baño del pasillo. Incluso sin verla, podía imaginar su sonrisa reflejada en el espejo.

—Le escribo ahora a ver qué me contesta —dijo Irene, ya tecleando—. Lo mismo la tiene alquilada para ese día.

—Por probar, no perdemos nada —añadió Óscar, que estaba junto a la chimenea, removiendo los troncos con una rama seca.

Habíamos ido a un pequeño supermercado del pueblo, uno de esos donde el dependiente conoce a todos los vecinos por su nombre. Compramos pan, embutido, un par de botellas de vino y lo necesario para preparar la cena y el desayuno. Nos hacía ilusión desayunar tranquilos en la casa, sin tener que salir temprano ni mirar el reloj.

El aire de la sierra era más frío del que esperaba; tenía ese olor limpio a tierra húmeda y leña recién cortada. Óscar y yo salimos a coger unos troncos para encender la chimenea, mientras las chicas colocaban la compra dentro. Se oían sus risas desde el interior, ese sonido cálido que llenaba el silencio del campo.

De pensar que iba a pasar estos días solo y mirad dónde estaba ahora. Cuando Andrea me llamó para decírmelo, no imaginé que algo tan simple pudiera hacerme tanta ilusión. Para algunos será una tontería, pero cuando pasas tanto tiempo solo, que alguien te tenga presente —y no para pedirte nada, sino para compartir—, te cambia el ánimo. Te da un motivo más para sonreír.

Y si ese alguien es la mujer que te tiene el corazón acelerado desde el primer día, la felicidad se multiplica. Andrea estaba calando hondo, muy dentro de mí, y no me daba miedo reconocerlo. No sabía si era amor, porque no recordaba haberlo estado antes, pero sí sabía que mis latidos se disparaban cada vez que la veía o pensaba en ella. Y eso, simplemente, me encantaba.

—Anda, que no vamos a cenar bien pegaditos a la chimenea —dijo Andrea, abrazándome por la espalda.

Conocerla era toda una aventura. Cuando la veías por primera vez, con esa lengua afilada, el sarcasmo a flor de piel y esas sonrisas que no sabías si eran dulces o peligrosas, no podías imaginar todo lo que escondía debajo. Andrea tenía un corazón enorme, de los que dan sin medida, y era capaz de cualquier cosa por proteger a los suyos, incluso si eso la hería.

—Mañana os voy a preparar un bizcocho para merendar que os vais a chupar los dedos —nos anunció con aire de chef—. Eso sí, no quiero a nadie cerca de la cocina. La receta es un secreto familiar que solo pasa de madres a hijos.

La miré con una ceja levantada, preguntándole en silencio si a mí tampoco me la contaría.

—No me mires así, que tampoco te lo voy a decir a ti. Ya eres muy grande para ser mi hijo.

—Pero puedo ser el padre de los tuyos —respondí con media sonrisa.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Dios, qué calor me acaba de entrar —dijo abanicándose con las manos, visiblemente nerviosa.

La verdad es que no entendía por qué le daba tanta vergüenza. Con ella, no me importaría ser padre. No ahora, claro, no tan pronto… pero con el tiempo, sí.

—Vamos a poner remedio a ese calor repentino que te ha entrado —le dije, cogiéndola de la mano para sacarla fuera.

Ya había anochecido. Aunque no eran ni las nueve, el invierno tenía esa costumbre de tragarse la luz antes de tiempo. La casa estaba casi al final del pueblo, tan apartada que solo tenía un vecino cercano. Ellas la habían escogido precisamente por eso: buscaban silencio, paz y desconexión.

«Estamos cansadas de tanto ruido, de vecinos cotillas, de grifos que suenan como cataratas», me habían dicho, y las entendía perfectamente. Vivían en un piso con paredes tan finas que se oía hasta el televisor del vecino.

Yo también agradecía esa paz. Ya tenía bastante ruido en la empresa: llamadas, reuniones, voces de fondo… lo único que quería al final del día era silencio.

La abracé por la cintura mientras dábamos un pequeño paseo por el campo. La tierra crujía bajo nuestros pies y el aire traía el olor a leña quemada.

—¿Se te ha pasado el calor? —le pregunté, señalando una piedra grande junto a unos árboles.

Me senté y la coloqué sobre mis piernas. Ella dejó caer sus manos en mi pecho, relajada.

—La culpa es tuya, que has mencionado lo de los hijos.

—No, tú fuiste la que lo sacó. —Reí—. Yo solo he dicho que me gustaría ser el padre de los tuyos. ¿No te gustaría que lo fuera?

—No es eso, es que no me esperaba que dijeras algo así.

—Vale, no te lo esperabas —dije con calma—. Pero lo he dicho porque lo siento. Te lo repito: ¿no te gustaría que fuese el padre de tus hijos?

—Sí que me gustaría, más de lo que imaginas. Pero no sé si lo has dicho porque te has dejado llevar por el momento o porque realmente lo piensas.

—A mi edad no digo las cosas sin pensarlas. Si lo digo, es porque lo siento y porque tengo claro lo que quiero. —Le acaricié la mejilla con el pulgar—. No sé qué me has hecho, ni si esto es amor, porque nunca lo había sentido, pero quiero seguir descubriéndolo contigo.

Ella tragó saliva, intentando contener las lágrimas.

—Una vez creí estar enamorada —susurró—. Ese hombre terminó convirtiéndose en mi peor pesadilla. —Apreté la mandíbula—. Pero ahora… ahora sé lo que es el amor de verdad. Esto que me haces sentir tú no puede ser otra cosa que eso, amor puro.

»Quiero vivir cosas contigo: tener hijos, compartir noches como aquella en tu casa, recorrer el mundo entero. Pero todo eso, solo si es contigo. Si no, no lo quiero.

—¿Sabes que a los hombres también nos gusta oír eso? —le dije, sonriendo—. Por lo menos, a mí me encanta escucharte.

Le besé la frente.

—No te imaginas lo que me haces sentir. Y todo es bueno, Andrea. Todo.

—Ya lo sé —dijo, apoyando la cabeza en mi pecho—. Y me alegra saberlo.

Nos quedamos así, en silencio, disfrutando del momento. No hacían falta palabras, solo estar allí, juntos, sintiendo el calor del otro en medio del frío.

Un rato después regresamos a la casa. Ella me rodeaba la cintura y yo la tenía abrazada por los hombros. Dentro, el fuego crepitaba en la chimenea, llenando el salón con un olor a madera quemada.

Decidimos preparar algo sencillo: un picoteo, una ensalada César y una botella de vino blanco. Por lo que iba descubriendo, a mi chica le encantaban las ensaladas con salsas, de esas que mezclan sabores dulces y salados.

—Nada de sillas ni sofá —dijo Andrea, al vernos buscar dónde sentarnos—. Si queréis pertenecer a nuestro círculo, toca hacerlo en el suelo, sobre los cojines. Así son las mejores cenas del mundo.

¿Y qué podíamos hacer Óscar y yo? Exacto: obedecer.

Tengo que reconocer que fue una de las noches más divertidas que recuerdo. Óscar nos contó anécdotas de la discoteca, algunas tan surrealistas que terminamos llorando de risa. Era verdad eso de que la realidad muchas veces supera a la ficción.

Ya entrada la noche, con el fuego reduciéndose a brasas y el vino a medias, decidimos dar por terminado el día. Cada pareja se retiró a su habitación.

Y lo que pasó de puertas adentro… bueno, eso os lo podéis imaginar.

Capítulo 28



Andrea

Despertar entre los brazos de Marco. Así quería hacerlo el resto de mi vida. No tenía que pensarlo, no había dudas: sabía exactamente lo que quería. Era lo más claro que había tenido nunca y pensaba luchar contra quien intentara impedirme ser feliz junto a él.

Apoyé el codo en la almohada y la cabeza en la palma de la mano. Me quedé un rato observándolo dormir. Se veía tan tranquilo, con los rasgos completamente relajados, como si el mundo no existiera más allá de esa cama. El leve movimiento de su pecho al respirar me resultaba hipnótico, un vaivén que me llenaba de calma.

No lo pude evitar. Con la punta del dedo índice delineé sus cejas, primero una, después la otra, y seguí por el puente de la nariz. Sabía que con ese toque se despertaría en segundos, pero me dio igual: quería seguir tocándolo, sentir que era real, que estaba allí conmigo y que, al abrir los ojos, seguiría siendo él.

Le perfilé los labios lentamente y me detuve un instante a observarlos. Dios, qué labios. Cualquier mujer daría media vida por tenerlos así: definidos, suaves, con esa curva que invitaba al pecado. Y esas pestañas… largas, tupidas, negras y curvadas, como si alguien las hubiera dibujado con precisión.

—Preciosa, ¿estás aburrida esta mañana? —murmuró sin abrir los ojos. Su voz sonó ronca, cargada de sueño y de esa sensualidad que me desarmaba. Sonreí al escucharlo.

—No, solo te estaba contando las arrugas que te han dado los años —dije, mordiéndome el labio para no soltar una carcajada.

—No te quería decir nada, pero a tu edad yo no tenía y tú ya tienes unas cuantas —contestó con esa ironía que tanto le gustaba.

—No pasa nada, un poco de colágeno y listo —repliqué.

Se le formó una media sonrisa que me derritió. Entonces abrió los ojos. Esos ojos tan marrones que parecían negros me atraparon de inmediato. Tenían un brillo cálido, casi salvaje. Me volvían loca; me atraían de una manera que no era normal.

—Arriba, dormilón, que tenemos muchas cosas que hacer hoy.

—Pero si todavía no ha amanecido. Qué prisa tienes, con lo bien que estamos aquí —murmuró con esa voz ronca, más grave que antes. Me encantaba oírlo así, porque era una señal que conocía bien: estaba excitado.

—Pues entonces haz que no quiera salir de aquí —susurré, poniéndome bocarriba y abriendo las piernas. Era una invitación que no necesitaba explicación.

No hizo falta más. Se colocó encima de mí, encajando su cuerpo con el mío. Con una mano me sujetó las muñecas por encima de la cabeza y con la otra empezó una caricia lenta desde el cuello, descendiendo por el centro de mis pechos, bajando despacio por el vientre hasta detenerse al borde del pubis.

No dejamos de besarnos mientras me recorría con los dedos. Su palma se deslizó por mis pliegues, ya húmedos, y los separó con una suavidad que me hizo temblar. Pasó los dedos entre ellos, rozando el clítoris al paso, provocando que el aire se me quedara atascado en la garganta.

—Marco, quiero sentirte —susurré entre jadeos.

—Me estás sintiendo —murmuró junto a mi oído, su aliento cálido recorriéndome la piel.

—Sabes a lo que me refiero. —Ronroneé, perdiendo ya la voz.

—No hay prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo —susurró, dejando un reguero de besos por mi cuello hasta llegar a la clavícula.

Me penetró con los dedos, moviéndolos con esa destreza que solo él tenía. Los curvó hacia arriba, justo en el punto exacto. Bastaron unas cuantas veces para hacerme explotar en un orgasmo que me dejó sin aire, temblando entre sus manos.

—Madre mía, eso ha sido lo máximo —jadeé, intentando recuperar el aliento.

—No, preciosa, lo máximo viene ahora —susurró con una sonrisa que me hizo estremecer.

Abrió mis piernas un poco más. Colocó la punta de su glande en la entrada de mi sexo y se fue hundiendo poco a poco, hasta quedar completamente dentro. Movió las caderas con lentitud, marcando un ritmo que me deshacía por dentro.

Fue lento, como había prometido, sin prisa, sin presión. Era uno de esos momentos en los que el tiempo parecía detenerse. Lo disfrutamos todo: la respiración entrecortada, los gemidos contenidos, el roce de la piel y el temblor de los cuerpos, como si el mundo entero se redujera a ese movimiento.

Esa mañana hicimos el amor sin urgencias, pero con la misma pasión de siempre. Nos mimamos, nos adoramos, y en cada beso dejamos que se escapara un pedazo de todo lo que sentíamos.

Cuando por fin nos repusimos, nos duchamos juntos y, entre risas y caricias, terminamos vistiéndonos para preparar el desayuno.

De los otros no había señales todavía, pero estaba segura de que no tardarían. Hicimos café, exprimimos zumo, tostamos pan y sacamos los cruasanes rellenos de chocolate que habíamos comprado el día anterior en una pequeña pastelería del pueblo. El olor a café recién hecho llenó la cocina, mezclándose con el dulzor del chocolate y el crepitar suave de la tostadora.

Estábamos colocando los platos cuando aparecieron por la puerta del salón.

—Buenos días —dijo Óscar, con voz somnolienta y los ojos medio cerrados.

—Buenos días, serán para ti, porque para mí son casi buenas tardes —le respondí riendo.

—Si son las nueve de la mañana…

—Precisamente, buenas tardes. —Me encogí de hombros.

—Marco, de verdad, no sabes cuánto te compadezco —bromeó él, y yo tuve que contener la risa. Si supiera con qué despertar lo había compensado…

—Yo no tengo queja. Es intensa, y eso me encanta —replicó Marco, guiñándome un ojo.

—¿Cómo has dormido, bombón mío? —pregunté a mi amiga.

No le había preguntado nada del otro mundo, pero la muy tonta se puso roja como un tomate maduro.

—Muy bien, la cama es cómoda —dijo, sentándose en una de las sillas.

—Pues a desayunar, que se enfría todo —intervino Marco.

—¿Qué os parece si durante la mañana recorremos el pueblo y comemos por ahí? Luego volvemos, descansamos un poco y por la tarde preparo el bizcocho —propuse.

—Nos parece perfecto —contestó Irene, encantada.

Después del desayuno, ellos se ofrecieron a recoger la mesa. Cuando terminaron de ducharse, salimos los cuatro a la calle y empezamos a recorrer los rincones del pueblo.

Era un lugar con encanto, de esos que parecen detenidos en el tiempo. Las casas, todas blancas, lucían macetas repletas de flores colgando de las paredes. Los vecinos saludaban al pasar, con esa naturalidad que solo se encuentra en los pueblos pequeños, y lo que más me llamó la atención fue que muchos dejaban las puertas abiertas de sus casas sin temor a nada.

La diferencia entre vivir en una gran ciudad y hacerlo en un sitio así era abismal. Allí todo tenía otro ritmo, otra respiración. Hasta el aire parecía más limpio, más amable.

En un momento, Irene y Óscar iban delante de nosotros, caminando de la mano. Ella le dijo algo que lo hizo detenerse. Se giró, la tomó por la mejilla y la miró con una ternura que me desarmó. No pude evitar sacar el móvil y hacerles una foto. No soy fotógrafa, pero aquella imagen me quedó tan perfecta que bien podría haber sido portada de una revista.

—Te ha salido una foto preciosa —comentó Marco desde detrás de mí.

—Sí, ha quedado muy bien —respondí, sonriendo.

—Dame el teléfono, que ahora nos toca a nosotros —dijo, divertido.

Me cogió por la cintura, me atrajo hacia él y, justo cuando sus labios tocaron los míos, hizo la foto.

Cuando me la enseñó, no pude evitar sonreír. No era tan tierna como la de Irene, eso lo admitía, pero tenía algo distinto. La otra era una imagen bonita; esta era una historia. La nuestra. Y eso la hacía más especial.

Después de recorrer el pueblo de arriba abajo y de abajo arriba —porque era tan pequeño que en un rato ya conocíamos cada esquina —, nos detuvimos en un bar que tenía unas tapas con una pinta increíble.

Comimos, reímos y charlamos hasta que nos dimos por satisfechos. Luego volvimos a la casa. Mientras los demás se fueron

a descansar, yo me metí en la cocina para preparar el bizcocho.

No había ninguna receta secreta ni nada parecido, eso me lo había inventado para que no entraran. Lo que no quería era que me vieran añadiendo un pequeño ingrediente extra.

El primer día, al pasear por los alrededores, había visto que el vecino tenía una planta sospechosa en el patio. Sí, esa misma que te hace reír por todo y por nada. Y claro, esta loca que está aquí tuvo la genial idea de coger una semilla. No sabía si era exactamente eso lo que se fumaba o no, pero lo hice igualmente.

La trituré tan bien que parecía polvo, la herví en leche para disimular y colé todo antes de echarla a la masa. Así, la leche quedó «especial», pero el bizcocho seguiría siendo dulce y esponjoso.

Cuando lo horneé, el olor llenó la casa.

—¿No oléis raro? —preguntó Óscar al salir de la habitación.

—Yo no huelo nada —contesté, fingiendo la mayor inocencia del mundo.

—Pues ahora que lo dices, sí que huele raro —añadió Irene.

—¿No huele raro? —dijo Marco, saliendo también.

—¿Ves? No soy el único. Pero Andrea dice que no nota nada.

—Será que tiene el olfato atrofiado —contestó Marco, riéndose.

Tuve que girarme para que no me vieran aguantando la carcajada.

—¿Y si el olor viene del vecino? Me pareció ver una de esas plantas que hacen reír —dije con voz inocente, fingiendo curiosidad.

—Ahora que lo dices, puede ser —respondió Irene.

—Preparo café y merendamos —anuncié, huyendo de la escena antes de soltar la risa.

Llevé el bizcocho al salón mientras se hacía el café. Cuando estuvo listo, lo serví todo. Y claro, llegó el momento de disimular para no probarlo.

—Tiene una pinta de muerte —dijo Marco.

—Pues os aseguro que sabe mejor. —Repartí cuatro trozos y, justo después, fingí un apretón—. Empezad sin mí, que tengo que ir al baño.

Me encerré el tiempo suficiente para darles margen. Solo de imaginar lo que vendría después, ya me reía sola. Qué ganas tenía de verlos partirse de risa.

Y que conste: le había echado tan poco que solo se reirían por tonterías. Aunque, por si acaso, no descartaba probar un trocito más tarde…

Capítulo 29



Andrea

Pues no sé si el experimento me había salido bien o si le había echado poca cantidad, porque yo los seguía viendo tan normales como siempre. Ni una risa tonta, ni una mirada rara, nada. Allí estaban, tan tranquilos, como si se hubieran comido un bizcocho de toda la vida.

—¿Os ha gustado? —pregunté sentada encima de las piernas de Marco, balanceando un poco los pies, como si así pudiera disimular mis nervios. No sabía si el bizcocho iba a hacer efecto, si me iba a salir el tiro por la culata o si acabaríamos todos igual de tranquilos que antes. A esas alturas, cualquier cosa podía pasar.

—Está riquísimo, pero hay algo que me gusta mucho más —susurró en mi oído, solo para mí, con ese tono que me recorría la espalda entera. Su aliento me rozó la piel y me dieron ganas de reír y de temblar al mismo tiempo.

—¿Por qué nunca lo habías hecho tan bueno en casa? —me preguntó Irene, con la boca todavía llena, relamiéndose los dedos como si aquello fuera el mejor pastel del mundo.

—He utilizado ingredientes distintos —respondí, intentando sonar casual. Me sentía un poco decepcionada de que no hubiera valido. Con las ganas que tenía de verlos reír sin control… Supuse que en algún momento tendría que volver a intentarlo, afinando la dosis. O resignarme a que mi repostería «especial» era más tímida de lo que parecía. Aun así, el olor a chocolate seguía flotando en el aire, cálido, dulce, casi envolvente.

Me levanté de encima de Marco para ir a hacerme otro café. El suelo de piedra estaba frío bajo mis pies, pero el ambiente era tan acogedor que no me importó. Estaba en ello cuando él llegó y, con toda la tranquilidad del mundo, apoyó las manos en la encimera de la cocina, dejándome atrapada entre sus brazos. Quedó a mi espalda; lo noté cerca, cálido, sólido, inevitable.

Durante unos segundos no se movió, y ese silencio cargado de intención me tensó más que cualquier palabra. Entonces empezó a pasear la nariz por la base de mi cuello y fue dejando un reguero de besos suaves que me pusieron los vellos de punta.

—Preciosa, eres demasiado traviesa, siempre pensando en hacer algo —murmuró. Su voz tenía ese tono entre risa y deseo que me podía.

Incliné la cabeza hacia un lado para que siguiera besándome por esa zona; era mi perdición. En cuanto me tocaba, perdía el sentido de todo. Solo quedaban sus manos, su boca y ese cosquilleo que me encendía por dentro. Sentía cada respiración suya contra mi piel, como una corriente eléctrica que me recorría de arriba abajo.

—No sé de qué me hablas —dije con un suspiro, que sonó más a rendición que a inocencia.

—Yo creo que lo sabes muy bien. La diferencia es que esperabas un resultado distinto al que has obtenido. —Bajó con los labios hasta

el final del hombro, muy despacio, casi con calma—. Sin embargo, te voy a decir lo que sí has conseguido con ese pastel.

—Mmm… —No era capaz de hilar una frase; su forma de acercarse era tan sensual que me había dejado sin palabras. Notaba mi pulso desbocado, por la certeza de que aquella tarde iba a ser cualquier cosa menos tranquila.

—Has conseguido que te quiera aquí y ahora, sin que me importe nada más que nosotros —susurró, y subió un poco el vestido que llevaba puesto. Sus dedos rozaron la tela, y mi piel respondió como si la hubieran llamado por su nombre. Una chispa me recorrió la espalda, veloz, incontrolable.

—Marco, no estamos solos… nos pueden ver. —Intenté entrar en razón, aunque mi voz ya no tenía demasiada autoridad. Sonaba más a rendición que a advertencia.

—Que yo esté así lo has provocado tú. —Empujó las caderas y se rozó apenas con mi trasero—. Y por los chicos no te preocupes: se han encerrado en su habitación y, por la pinta que tenían, creo que van a tardar mucho en salir de allí.

—No entiendo por qué os habéis puesto así todos —murmuré, mordiéndome el labio para no reírme.

—Yo creo que sí lo entiendes. El problema es que este no era el efecto que esperabas —respondió, mientras seguía subiendo el vestido; con cada centímetro, una caricia lenta por mis muslos. El mármol frío de la encimera contrastaba con el calor de mi piel, y la mezcla me desarmaba.

—Definitivamente, prefiero este efecto… por lo menos en ti. —Ronroneé, apoyando la cabeza en su hombro. Pude sentir el ritmo acelerado de su respiración contra mi cuello.

Me sacó el vestido por la cabeza y lo dejó caer a nuestros pies. Me quedé con la ropa interior, el corazón a mil, y esa sensación deliciosa de estar al borde del abismo. Era como si todo mi cuerpo contuviera el aire… esperando.

—No sabes las vistas tan impresionantes que tengo ahora mismo —susurró. Bajó por el centro de mi columna con la punta de la lengua; al llegar a la parte de atrás del sujetador, lo desabrochó con destreza. Me lo quité y lo lancé junto al vestido, sin pensarlo.

Siguió bajando hasta que su rostro quedó a la altura de mi trasero. Depositó un mordisco juguetón en cada nalga, justo lo bastante para hacerme temblar. Luego, con calma, tomó los laterales de las bragas y empezó a bajarlas por mis piernas con una lentitud que me arrancó un gemido. Al llegar a los tobillos, me dio un golpecito con la yema de los dedos para que sacara los pies; la prenda fue a parar al mismo montón de ropa, silenciosa y culpable.

—Apoya el cuerpo en la encimera —susurró después de rozarme con un beso, dejando la piel encendida. Su voz tenía ese tono de orden disfrazada de ternura que me desarmaba siempre.

Hice lo que me pidió. El frío del mármol en los pechos me arrancó un jadeo corto; ese contraste me erizó hasta la nuca. Abrí las piernas, dispuesta a recibir todo lo que quisiera darme. Tiró suavemente de mis caderas para colocarme mejor, y su aliento tibio me recorrió las corvas, subiendo por el interior de los muslos, primero uno, luego el otro, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Siempre tan lista para mí —murmuró, antes de regalarme caricias lentas, precisas, donde más falta me hacía—. Tan deliciosa… tan mía.

Los jadeos se me escapaban uno detrás de otro; me encendía que me hablara así, en ese tono ronco que solo le oía cuando me deseaba de verdad. Todo mi cuerpo vibraba al compás de sus palabras.

—Marco… —No supe si fue súplica para que no parara o para que no me hiciera arder más. Me llevaba a la locura más absoluta—. Dios…

Mientras su boca trabajaba con paciencia exquisita, sus dedos encontraron mi ritmo, y el mundo se desdibujó a nuestro alrededor: la música baja en el salón, el tic-tac del reloj, el crujido de la leña. Todo quedó lejos, fuera de esa burbuja que solo éramos él y yo.

—Quiero que te vengas así, tal cual, sin guardarte nada —pidió contra mi piel, con esa seguridad que a veces me desarmaba—. Necesito saborearte por completo.

No tuve que esforzarme. Me dejé llevar, y el placer me atravesó de arriba abajo, rápido y hondo, dejándome sin aliento. Apoyé la frente en mi antebrazo, temblando, mientras él se incorporaba despacio.

—Me encanta cómo me responde tu cuerpo —dijo a mi espalda—. Eres perfecta.

Escuché cómo se desvestía; el roce de la tela, el silencio expectante. En cuanto estuvo detrás de mí, acercó su calor y dejó un beso en el centro de mi espalda. Me rozó, lento, buscando mi ritmo, empapándose de mí.

—¿Lista? —preguntó, apenas un susurro que me erizó por completo.

—Para ti, siempre —susurré, todavía con la respiración desordenada.

Se posicionó en la entrada y fue colándose poco a poco, sin prisa. Los dos sabíamos que, en cuanto encontráramos el compás, el resto vendría solo. Con una mano en mi espalda y la otra en la cadera, empezó ese vaivén que me enciende la sangre.

Las embestidas eran lentas, profundas, cuidadas; me llenaban de una forma que me hacía sentir viva de verdad, como si mi cuerpo se hubiera hecho para ese movimiento. Su cuerpo y el mío hablaban el mismo idioma.

—Joder, qué bien se siente estar dentro de ti —gruñó.

—Marco, un poco más… —pedí, sin vergüenza, buscando más.

—Ah, nena… no sabes lo que acabas de pedirme. —Salió casi por completo y, tras tomar aire, volvió con fuerza, lo justo para empujarme hacia delante.

A partir de ahí, el ritmo subió. Rápido, intenso, justo como lo necesitaba. Yo le salía al encuentro, marcando con la cadera, sin miedo. Su mano se clavó en mi hombro, la otra en mi cintura, anclándonos al momento. Sentí el calor subir en espiral, prendiendo en el bajo vientre; estaba a un segundo de romperme en mil pedazos, y se lo hice saber apretando instintivamente.

—Eso es, preciosa. No pares —jadeó, cada vez más al límite, con esa voz quebrada que me volvía loca.

Me dejé ir gritando su nombre, buscando aire como podía. Él siguió, firme, hasta que también se dejó caer detrás de mí, tras unas

cuantas estocadas más que me arrancaron otro clímax, más suave, pero igual de delicioso.

—Dios mío… nunca había tenido dos tan seguidos —balbuceé, con la voz rota y una risa que me salió sola, flojita, cómplice.

—Nena, tienes que usar muchas más veces ese ingrediente —bromeó, cuando se separó un poco, besándome la nuca con ternura.

Me giré y me encontré con su sonrisa leve, esa que se le formaba solo cuando algo lo descolocaba para bien. Me encantaba esa expresión, como si en ese momento nada pudiera salir mal.

—Yo no he comido nada de eso y he tenido el mismo efecto que vosotros —dije, rodeándole el cuello con los brazos. Di un pequeño salto y él me recogió al vuelo; enredé las piernas a su cintura—. ¿Me llevas a la ducha? Creo que estamos un poco sucios.

—Todavía puedo ensuciarte un poco más —respondió entre risas, y echó a andar conmigo en brazos por el pasillo, rumbo a nuestra habitación, mientras la casa entera seguía oliendo a chocolate y a victoria.

Capítulo 30



Marco

Casi dos semanas habían pasado desde que estuvimos en aquel pueblo, y durante todos esos días mi relación con Andrea había ido cogiendo más fuerza. No era solo cuestión de rutina ni de costumbre; era como si cada día encontráramos una nueva forma de encajar, una manera distinta de conocernos y sorprendernos. A veces bastaba una mirada o un gesto pequeño para entendernos sin decir nada.

Era raro la noche en la que no dormía en casa, por no decir que habían sido todas menos dos noches en las que había tenido que trabajar en la discoteca. Aunque, pensándolo bien, tampoco podía contarlas como tal, porque después de terminar, igual que un reflejo automático, se venía a mi casa.

Le di un juego de llaves y, aunque yo estuviera dormido, ella llegaba, se duchaba y se metía en la cama buscando el calor de mi cuerpo. La primera vez que la sentí entrar sin hacer ruido, se me escapó una sonrisa incluso medio dormido. Desde luego, la vida me había cambiado casi por completo. Y lo mejor era que me gustaba ese cambio.

El único inconveniente que seguía teniendo era que Clara, en vez de apartarse a un lado al saber que había comenzado una relación, estaba haciendo justo lo contrario.

Cada vez me mandaba más mensajes, y no eran precisamente agradables. Para que nos entendamos, no eran amenazas, no eran malas palabras, pero para mí sí que eran muy desagradables.

Eran esas frases suyas, cargadas de segundas intenciones, que me daban asco más que otra cosa. Intentaba ignorarlas, pero cada vez cruzaba un poco más la línea.

Me llegaban sus continuas provocaciones, con insinuaciones nada sutiles, todo lo contrario: cada vez más directas, más descaradas. Y cuando vio que no le contestaba, empezó a mandarme fotos. Fotos en las que enseñaba mucho más de lo que tapaba.

La bloqueé para que no siguiera mandándome nada, pero se las arregló para dar con mi correo electrónico, y ahora me lo enviaba todo allí.

No podía creer hasta dónde estaba llegando. Me tenía desesperado, y lo peor era que no se lo había dicho a Andrea. Supongo que, al principio, cuando le contesté que estaba con alguien y que me hacía muy feliz, pensé que se daría por vencida. Gilipollas de mí por pensar eso.

Después no se lo conté, porque me daba miedo que Andrea pudiera malinterpretarlo, que creyera que había algo más. La cosa era que ahora ya no sabía cómo decírselo. Y lo peor: sabía que cuanto más tardara, peor sería. Pero nunca encontraba el momento indicado. Siempre había una sonrisa suya, una cena tranquila, algo que me hacía posponerlo.

Cada vez que la veía reír, se me olvidaban los correos, los mensajes, todo. Era como si su voz borrara lo demás, como si con solo mirarme me recordara lo afortunado que era de tenerla. ¿Cómo iba a sacar un tema así, tan sucio, tan fuera de lugar, cuando lo único que quería era disfrutarla en paz?

En el fondo, no quería enturbiar nada. Pero evitar una discusión no era solución. Lo sabía, claro que lo sabía. Y, aun así, cada noche me decía «mañana se lo cuento» y al llegar mañana, el miedo volvía. No miedo a ella, sino a perder la calma que habíamos construido, a romper ese equilibrio tan frágil que parecía sostenerlo todo.

Hablé con mi hermano, y al ver que Clara seguía igual, llamé a mi cuñada para que intentara hablar con su hermana. Pero parecía que el efecto había sido justo el contrario al que deseaba.

No quería llegar más lejos y seguía teniendo paciencia, sobre todo porque éramos familia, pero ya me estaba costando demasiado. Cada mensaje suyo me ponía más tenso, más harto, más cerca del límite.

El colmo fue cuando esa mañana me llegó un correo con una foto en la que ella salía solo con un tanga minúsculo. Si creía que con eso me iba a hacer caer en sus brazos, estaba muy equivocada. La única mujer que conseguía que mi sangre ardiera era la que dormía cada noche a mi lado.

—Dime —me contestó mi hermano cuando lo llamé.

—Sandro, ¿has vuelto a hablar con Clara como te pedí ayer?

—Claro. La llamé para que viniera a casa, y Esther y yo intentamos hacerla entrar en razón. Nos dijo que no te iba a molestar más.

—Pues le ha entrado por un oído y le ha salido por el otro. No te mando la foto que me ha mandado esta mañana porque eres su cuñado.

—No puede ser… Se lo dejamos claro. Hasta Esther se enfadó con ella y le dijo que te dejara en paz, que ya era mayorcita para entender la palabra «no» y que hiciera el favor de quererse un poco.

—Sandro, que me ha mandado una puta foto de ella en pelotas. Solo con un tanga que es casi transparente. Vamos, que en esa foto se le podían ver hasta los pensamientos —le solté, cabreado—. Mira, te lo voy a decir muy claro porque mi paciencia ha llegado a su límite —hice una pausa para no soltar una burrada—: o me deja en paz, o la denuncio. He intentado por todos los medios que esto no llegara a este punto por ti y por Esther, pero ya no paso ni una más.

—Joder… ha perdido la cabeza. No sé qué cojones le pasa para actuar así. Al final voy a tener que hablar con sus padres.

—¿Y qué van a hacer ellos? Sandro, que ya es adulta y hace lo que le da la gana. Joder, es desesperante. —Recosté la cabeza en la silla y cerré los ojos.

—Creo que si mis suegros hablan con ella y la amenazan con no darle más dinero, puede que se calme.

—A ver si se cruza con otro tío que tenga todo lo que busca, que no es otra cosa que dinero.

—Eso sería lo mejor que te podría pasar. —Escuché cómo se reía al otro lado.

—No te rías, capullo.

—Es que me lo imagino. Ella dándole por saco a otro y tú por fin tranquilo.

—No podría presentarle a uno que tenga un buen fondo… digo, fondo económico, no de corazón. —Negué con la cabeza—. Haz lo que sea, pero haz algo antes de que esto vaya a peor.

—Te prometo que haré todo lo que pueda, aunque tenga que meterle miedo con alguna ley. A ver si así reacciona.

—Ah, se me olvidaba. Mañana es el cumpleaños de Andrea y quiero prepararle una cena sorpresa. He invitado a su familia, y me gustaría mucho que vinierais tú y Esther.

—Cuenta con ello. Así conocemos a la mujer que ha conseguido que mi hermano quiera sentar la cabeza. —Se rio. Y sí, hasta en eso me había cambiado Andrea.

No es que me llevara mal con Sandro, simplemente antes no me preocupaba por mantener el contacto. Supongo que cada uno estaba metido en su vida, en su rutina, y al final dejábamos pasar los días sin darnos cuenta. Pero desde que ella estaba en mi vida, sí me apetecía acercarme más a él y a su mujer.

Andrea había logrado algo que yo no había conseguido en años: hacerme valorar a los míos, querer compartir más momentos con ellos, sentir que la familia importaba más de lo que creía.

Si antes lo veía una vez al mes o lo llamaba una vez a la semana, ahora quedábamos para comer de vez en cuando y era raro el día que no hablábamos por teléfono. Esas conversaciones, aunque fueran cortas, se habían convertido en pequeñas costumbres que me gustaba mantener. Me hacían sentir acompañado, parte de algo más grande que mi trabajo o mis horarios.

—Y si hacéis el favor de venir un poco antes, os lo agradecería —dije, conteniéndome la risa.

—Tú lo que quieres es mano de obra gratis. ¿Sabes que eso es ilegal?

Hacía mucho tiempo que Sandro y yo no bromeábamos así. Y me gustó.

No sé por qué los adultos tendemos a olvidarnos de esa parte bonita de la vida. Cuando crecemos, asumimos responsabilidades, nos centramos en las metas, en conseguir lo que queremos… pero muchos nos olvidamos de algo importante por el camino: vivir.

Vivir de verdad.

Sin dejar de lado las obligaciones, pero sin perder de vista los pequeños placeres. A veces la felicidad estaba justo ahí: en lo cotidiano, en una charla con tu hermano, en un café por la mañana, en ver a tu chica reír mientras se sienta sobre tus piernas. Cosas simples que, si sabías saborearlas, podían cambiarte los días.

Y eso, precisamente, era lo que Andrea estaba consiguiendo enseñarme sin proponérselo.

—No es mano de obra, es un favor de hermano a hermano.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, y no te preocupes, que estaremos allí antes de tiempo. Por cierto, ¿qué vas a hacer para que Andrea no esté revoloteando por allí?

—Va a comer con Irene. Ella se encargará de entretenerla un poco.

—Marco, ¿quién te iba a decir hace unos meses que ibas a preparar un cumpleaños sorpresa para tu chica?

—Hace unos meses ni me lo hubiera imaginado. Por aquel entonces, lo último que pasaba por mi cabeza era conocer a alguien que me hiciera sentir esto.

—¿Y qué es lo que sientes, hermano?

—Vete a tomar por culo, capullo. No me hagas esa pregunta cuando tú se supone que tienes que sentir lo mismo por tu mujer.

—Esther es la mujer de mi vida y la quiero con toda mi alma. No me da vergüenza decirlo donde haga falta. —Sandro siempre había sido más cariñoso. Desde pequeños no tenía miedo de mostrar lo que sentía. Yo, en cambio, había tardado mucho más en aprenderlo.

—Yo tampoco me avergüenzo, aunque nunca antes haya estado enamorado. No sabía lo que era hasta ahora. Pero ahora sí lo sé, y es gracias a ella.

—Me gusta escucharte hablar así. Ya no pareces tanto un lobo solitario.

—No, ahora parezco un lobo que está en camino de crear su pequeña manada. —Le seguí la broma.

—Nos vemos mañana. Voy a ver si puedo arreglar lo de mi cuñada.

—Si puedes no, hazlo, por favor.

Nos despedimos y me quedé en silencio, mirando la pantalla del ordenador sin ver nada.

Tenía que contárselo todo a Andrea, y cuanto antes lo hiciera, mejor. Porque viendo cómo se estaba comportando Clara, me podía esperar cualquier cosa. Incluso algo que pusiera en peligro mi relación con ella, y eso sí que no podía permitirlo.

Un rato después se abrió la puerta del despacho. Levanté la vista, y allí estaba, apoyada en el marco de la puerta, con esa sonrisa suya que podía desarmarme en un segundo.

—¿Un día más duro de lo normal? —preguntó sin dejar de mirarme.

—Un poco nada más, pero con tu presencia ha mejorado —le contesté.

Se acercó despacio, con ese balanceo natural que tenía al caminar, y cuando llegó hasta mí, se sentó de lado sobre mis piernas.

Me encantaba que lo hiciera, que siempre me buscara así. A ella le gustaba apoyar la cabeza en mi pecho y dejar que la rodeara con mis brazos, como si aquel fuera su sitio en el mundo.

—Ya me ayudas solo con estar aquí —le dije—. ¿Nos vamos a casa?

Era viernes y al día siguiente teníamos un gran día por delante, aunque ella aún no lo sabía.

Le iba a dar una sorpresa. Se la merecía, y mucho más.

No sabía cómo me las había arreglado, pero había conseguido reunir a su familia, al dueño de la discoteca, a su hermano, a Óscar y hasta a Marisa. A esa chica solo la conocía de vista, pero sabía que era amiga de Andrea, así que no podía faltar.

—Si has terminado, nos vamos cuando quieras. Tengo ganas de darme una ducha y ponerme cómoda —dijo.

—Me gusta que consideres mi casa como tu casa —respondí con una sonrisa.

—Me sale sin pensar. Será porque paso más horas allí que en la mía. —Me dio un beso en el cuello y se levantó.

—Sabes que mi casa es la tuya. Ahora solo falta que quieras hacer la mudanza definitiva.

—A veces me da miedo lo rápido que vamos —admitió.

Y la entendía. A mí también me pasaba a veces.

—Lo mejor no es pensar en el tiempo, sino dejarnos llevar por lo que sentimos. Los sentimientos no entienden de días, ni de meses, ni de años; solo hablan de cómo late el corazón.

—Dios, Marco… —susurró, mirándome con ternura—. Me parece mentira que debajo de esa capa de seriedad se escondiera el hombre que ahora tengo delante.

Capítulo 31

Andrea

No me apetecía abrir los ojos, no tenía fuerzas, pero claro, la culpa era de Marco, que no me había dejado dormir casi nada. Madre mía, este hombre no se cansaba nunca. Que conste que no me estaba quejando, pero era increíble. Parecía tener una energía inagotable, como si cada noche quisiera demostrarme que podía dejarme sin aliento una vez más.

Me estiré entre las sábanas y no me hizo falta palpar en su lado para saber que no estaba. De haber estado, ya lo tendría encima de mí, seguro. Sonreí sola al pensarlo.

Abrí los ojos cuando escuché la puerta abrirse. Me incorporé un poco, apoyándome sobre los codos, y me encontré con una de las imágenes más románticas que había visto en mi vida.

No sé en qué momento lo hizo ni cómo, pero estaba en la cama rodeada de pétalos de rosas rojas. Todo olía a flores, a café recién hecho y a él. Levanté la mirada para fijarme en Marco: estaba en la puerta con una bandeja en las manos, en la que traía el desayuno.

—Felicidades, preciosa —me dijo con una sonrisa. Ni me acordaba de que ese día era mi cumpleaños.

A ver, no nos engañemos, que sabía muy bien cuándo era mi cumpleaños, lo que pasa es que estaba recién despierta y, en ese momento, mi cerebro todavía no funcionaba.

—¿Te has acordado? —le pregunté, sorprendida.

—¿Cómo no me iba a acordar? Todo lo que tenga que ver contigo me importa —respondió, acercándose un poco—. Mucho más cuando ahora mismo estoy un año más cerca de ti.

Me reí al escucharlo, porque, aunque no lo dijera mucho, a él le importaba, y bastante, la diferencia de casi once años que nos llevábamos. A mí, sinceramente, me daba igual.

—Aunque me llevaras veinte años, me seguirías pareciendo atractivo.

—Es bueno saberlo. —Me guiñó el ojo mientras se acercaba a la cama. Dejó la bandeja a un lado, se sentó junto a mí y me tomó la cara entre las manos para darme un beso—. Te sienta bien cumplir años, cada día estás más guapa —murmuró sobre mis labios.

—Son tus ojos los que me ven así. —Atrapé sus labios entre mis dientes y tiré un poco de ellos.

—Nena, mejor lo dejamos aquí y no despiertes al monstruo que vive dentro de mí.

—Me encanta ese ser maligno, pero tienes razón, anoche tuviste dosis suficiente como para dos semanas. —Alzó una ceja al escucharme.

—No podrías vivir dos semanas sin mis manos sobre tu cuerpo… ni mis manos ni otras cosas que te vuelven loca.

—Mira, hoy me he levantado queriendo ser buena y no te voy a llevar la contraria. —Me puse un poco más seria—. Lo que sí quiero es darte las gracias por este detalle tan bonito que has tenido conmigo. Gracias, cariño, me ha gustado mucho.

—No ha sido nada… —intentó decir, pero no lo dejé terminar.

—Para mí ha sido mucho más de lo que te puedas imaginar —le aseguré. Me dio un último beso antes de que empezáramos a desayunar.

Había quedado con Irene para comer. Ella quería que celebráramos mi cumpleaños las dos solas con una comida. Me habría gustado estar también con Marco y con mi familia, pero él me dijo que disfrutara con mi amiga, que por la noche lo celebraríamos los dos solos. Y claro, con ese plan, ¿cómo negarme?

En cuanto a mi familia, Manu tenía que trabajar; mis padres no podían cenar con nosotros porque habían quedado desde hacía tiempo con unos amigos; y mi hermana tenía una comida con la familia de su marido. Aun así, todos me prometieron que al día siguiente comeríamos juntos, así que no había problema.

Después del desayuno me di una ducha. Irene quería que antes de comer diéramos una vuelta por la ciudad y que fuéramos de tiendas. No podía decirle que no, si ir de compras era uno de mis mayores vicios.

Me puse un vestido de punto beige, por encima de las rodillas. Era sencillo, de manga larga y cuello barco, con un cinturón color chocolate que marcaba la cintura lo justo. Lo acompañé con unas botas altas sin tacón, planas, porque si iba a andar, mejor ir cómoda.

Completé el conjunto con una cazadora del mismo tono que las botas y el cinturón.

El pelo me lo dejé suelto, solo le di un poco de forma con la plancha, y listo. Un toque de máscara de pestañas, labial marrón clarito, y me sentí perfecta.

—No sé si dejar que te vayas o echarte al hombro y llevarte de regreso a la habitación —me dijo cuando me vio aparecer.

—Sí, señor, estás hecho todo un hombre de cromañón —pronuncié entre risas.

—Pues este hombre de cromañón está a un pelo de no dejarte salir de su cueva.

—Mejor me voy antes de que me ates a la pata de la cama.

—Sí, vete, porque te puedo atar, pero de otra forma muy distinta. —Le tiré un beso desde lejos.

—Ni se te ocurra salir por la puerta de la casa sin darme un beso.

—Te lo he tirado, y va con el mismo amor que si te lo doy.

—Nena, eso no es un beso ni queriendo. A mí me besas, pero en condiciones.

—Es que si te lo doy se me va a ir el pintalabios.

—Te los pintas otra vez. —No me dio tiempo ni a dar un paso, porque fue él quien llegó hasta mí—. Pero no me prives nunca de poder besar tus labios.

—Si te pones así, me da pena dejarte con las ganas —sonrió sobre mis labios.

Cada día sonreía con más facilidad, y con cada una de esas sonrisas hacía que me enamorara más de él. No era solo la sonrisa, era el conjunto: su mirada, su manera de tocarme, esa calma que me daba incluso cuando todo estaba en silencio.

Me dio un beso, y lo que iba a ser un simple roce rápido se convirtió en uno mucho más profundo, de esos que te dejan temblando por dentro. Nos separamos con las respiraciones entrecortadas y me dio otro beso en la frente.

—Pásalo muy bien. Te estaré esperando en casa para que celebremos el cumpleaños los dos solos.

Fui en busca de mi coche, y al ver el suyo aparcado justo al lado, me vinieron a la cabeza todas las veces que me había dicho que cogiera el suyo, y yo siempre me había negado. Me daba miedo hacerle una rozadura o que le pasara algo; era un coche demasiado caro, y Marco siempre me decía lo mismo: que para eso estaba el seguro, que no me preocupara. Pero no, no me veía capaz de conducir ese coche… por lo menos, no todavía.

Aparqué justo en la puerta del bloque de mi piso, y mira que era difícil encontrar aparcamiento ahí. Tuve suerte: justo salía uno cuando llegué.

Me bajé del coche y subí. Lo que no me esperaba era encontrarme a Óscar yendo hacia la cocina solo con el bóxer puesto.

—Bonito culo, sí, señor —dije, ya que él no me había oído entrar.

—Joder, un poco más y me matas del susto.

—Coño, ni que fuera Fiona la que hubiera entrado por la puerta.

—Fiona no, pero un ninja seguro. Por Dios, la próxima vez ponte zapatos de claqué, así por lo menos te oigo entrar.

—Perdona, pero estoy entrando en mi casa. Eres tú el intruso que debería avisar que estás aquí.

—Lo que tú digas, pero tu casa es otra y mucho más grande que esta, así que no tienes derecho ni a quejarte.

—Oye, que si quieres ser el amante de Marco para disfrutar de la casa, no me voy a oponer. Eso sí, prepara ese culito para que le pueda entrar una cosa bien grandecita.

—Qué hija de tu madre eres. —Rio—. Me duele solo de pensarlo si es como tú dices. ¿Cómo es que puedes seguir andando?

—Óscar, que lo que le cuelga entre las piernas es un pene, no un misil. —Estallé en carcajadas.

—Has sido tú la que ha dicho que la tiene grande.

—Niño, una cosa es grande dentro de lo normal y otra, como la de un burro.

—Estás fatal. —Negó con la cabeza, aunque sin dejar de reír.

—¿Dónde está *Irenesilla*?

—Se está duchando.

—Por casualidad, ¿no piensas vestirte? —le pregunté, mirándolo de arriba abajo.

Oye, que una tuviera pareja no quería decir que fuera ciega. Y si él no se vestía, no era mi culpa. La verdad, Óscar tenía un cuerpo de escándalo, aunque a mí me gustaba mucho más el de mi chico.

—Estoy cómodo así, total, es como si llevara uno de esos bañadores —y, para qué negarlo, tenía razón.

—¡Irene, espabila, que se nos echa el tiempo encima! —grité.

—¡Has llegado antes de tiempo! —me respondió desde el baño.

—Hazme un café mientras la lenta de tu chica termina —le pedí a Óscar—. Por cierto, ¿qué coméis ahora que no estoy?

—Tienes que volver, me tiene de cocinero —dijo, medio riendo—. Aunque parezca mentira, va empezando a hacer sus pinitos en la cocina. No le gusta, pero lo intenta. Bueno, solo cuando estoy yo y porque lo hacemos juntos.

Irene no tenía remedio, eso ya lo sabía. No me la imaginaba cocinando sola ni aunque le fuera la vida en ello.

Y no quería ni pensar en el día que tuviera hijos: seguro que los pobres acabarían alimentándose de galletas o cereales.

Que no cunda el pánico, que solo bromeo. Antes de eso, ya me encargaría yo de enseñarles a hacerse algo de comer, y de paso, a su madre también.

Tres horas más tarde —«nótese mi ironía»— salió de la habitación.

—¡Felicidades, cumpleañera! —Me felicitó, abrazándome y dándome un beso.

—Hostia, se me había olvidado —dijo Óscar, girándose hacia nosotras para abrazarnos a las dos a la vez. A mí me dio un beso en la mejilla y a su chica en los labios.

Nos despedimos de él y me fui con mi amiga, dispuesta a pasar un día maravilloso.

Pensaba gastarme el sueldo del mes en ropa, porque me daba la gana y, sinceramente, me lo merecía.

Capítulo 32



Andrea

—Estoy reventada —dije dejándome caer en una silla de una cafetería.

—Nos ha cundido bastante el día, si no, que se lo digan a mi cuenta bancaria —me contestó Irene con un suspiro que fue mitad queja, mitad orgullo.

La verdad es que el día nos había dado para todo: comprar, comer, cotillear y ahora, tomar un café porque mi amiga se negaba en redondo a que me volviera a casa tan pronto.

Una de las cosas que más me gustó fue verla tan decidida, tan suelta. Esta vez fue más lanzada a la hora de comprarse ropa, y no sabéis la alegría que me dio verla así, riendo, probándose vestidos sin esconderse. Por fin estaba empezando a creer que ella lo valía, y mucho. Todo eso se lo tenía que agradecer a Óscar; si no fuera por él, nada de esto sería posible.

Por mucho que mi familia y yo lo intentáramos, nunca habíamos conseguido lo que estaba consiguiendo ese hombre con su paciencia, con su cariño y con la forma en la que la miraba.

Por desgracia, en esta vida hay personas que te destruyen. No hablo solo de hombres, también de mujeres, porque de todo hay. En el caso de mi amiga y en el mío, sí fueron hombres, pero no siempre es así.

A la vista está que también existen los buenos, los que tienen un corazón enorme, esos que te hacen quererte a ti misma y te recuerdan lo que vales. Sin ir más lejos, Marco y Óscar eran de esos: hombres que cuidaban, que sumaban, que te ponían por encima de todo.

—Pero no me dirás que no ha merecido la pena, sobre todo esa ropa interior que llevas. Estoy segura de que Óscar va a ser el más feliz con esa inversión —le dije riendo al ver la cara que puso.

—Tú tampoco te has quedado atrás, y no es por nada, pero llevas cosas mucho más atrevidas que yo —me soltó entre risas.

Y tenía toda la razón. Me había comprado varios picardías bastante provocativos, en diferentes colores, todos distintos en forma pero igual de transparentes. Solo de imaginármelo me entraba un calorcito…

—Creo que en cuanto Marco me vea con uno de ellos, se va a volver loco. Pensando en eso… ¿tú no tenías una de esas gabardinas largas, que llegan por debajo de las rodillas?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Qué te parece si me cambio en el piso y voy con uno de esos conjuntos debajo, pero solo con la gabardina por encima? Así, en plan película.

—Tía, mejor no. ¿Y si por casualidad te pasa algo por el camino? Yo qué sé… se te puede romper el coche o tener que llamar a la grúa. ¿Te imaginas que el que venga a recogerte te vea así? En las pelis siempre sale bien, pero esto es la vida real.

—Qué aguafiestas eres. Aunque tienes razón… me daría algo si alguien que no fuera Marco me viera así. —Nos terminamos los cafés —. Yo creo que debería volver ya, estoy cansada y me apetece terminar el día con él.

—Pues vamos —dijo, levantándose y cargando con todas las bolsas.

La acompañé al coche y me despedí. Puse rumbo a la casa de Marco, aunque ya la consideraba mía, como le había dicho esa misma mañana.

Llegué a la puerta de hierro, pulsé el botón del mando y las hojas se abrieron automáticamente. Fui adentrándome con el coche hasta dejarlo al lado del suyo. Saqué las bolsas del asiento trasero y me encaminé hacia la casa.

—¡Marco, ya estoy! —grité, pero no salió a mi encuentro.

A lo mejor estaba en el despacho. Dejé las bolsas en la habitación y luego fui a buscarlo.

—¡Marco! —volví a llamar, y seguí sin respuesta.

Me pareció raro. Busqué casi por toda la casa y, como la puñetera era tan grande, a saber dónde se habría metido.

—Perdona, no te había oído. Estaba en el jardín.

—Pensé que te habían abducido los extraterrestres —dije riendo.

—¿Y qué iban a hacer conmigo esos bichos? —Me siguió el juego.

—No sé, hacer clones de ti o usarte para procrear con sus hembras y tener crías experimentales. Con ellos todo puede pasar.

—Nena, ¿has bebido o fumado algo?

—Ni mucho menos, solo un café antes de venir a casa. —Reí.

Se acercó con pasos lentos, sin dejar de mirarme. Al llegar frente a mí, me rodeó la cintura y me atrajo hacia él.

—Te he echado mucho de menos —susurró sobre mis labios. Oh, Dios, esos labios eran mi perdición.

—Yo también. Y para que veas que no miento y que he pensado mucho en ti, te voy a enseñar una cosa que he comprado para ti. —Me miró, intrigado—. No te muevas, ahora vuelvo.

Salí corriendo a la habitación para ponerme uno de los picardías. Elegí el rojo. Era una lencería que llegaba algo por debajo del trasero, de tirantes finos, hecha de una gasa transparente y suave.

Por delante se abrochaba justo sobre el pecho; el resto quedaba abierto, y debajo llevaba un diminuto tanga del mismo tejido.

Me miré al espejo antes de salir. Aunque la abertura dejaba ver mi cicatriz, con Marco no me daba vergüenza mostrarla. Me vi sexy, segura, atrevida. Esperaba que a él también le gustara.

—Joder —dijo en cuanto me vio—. Nena, ahora no… creo que es mejor que lo dejes para otra ocasión.

—¿No te gusta? —Alcancé a decir, sin entender su expresión.

—¿Por qué tardáis…? Joder, hermana, tápate, que no tengo ganas de ver hasta tus pensamientos. —Me quedé paralizada—. Será mejor que te cambies antes de que entre alguien más. ¡Cochinos, que sois unos cochinos! —Terminó diciendo entre carcajadas.

—Qué oportuna eres, hija —dijo Marco sin apartar los ojos de mí.

—¿Qué hace mi hermano aquí? ¿Y qué ha querido decir con eso de «antes de que entre alguien más»?

—Primero, vamos para que te cambies. Porque si sigo viéndote así, me va a dar igual todo y no te voy a dejar salir de la habitación. Joder, es que hay que tener mala suerte —resopló—. Mejor te espero fuera, porque como entre contigo no salimos.

Antes de irse, me dio un beso, uno de esos que te dejan con las piernas temblando y las partes íntimas palpitando. Jesús, eso era besar.

Entré a cambiarme riendo.

—Que sepas que has perdido la oportunidad de que me lo vuelva a poner. Ni este ni ninguno de los otros que me he comprado.

—Nena, no juegues con mis sentimientos y cámbiate de una vez, que me quedan cinco segundos de resistencia. —Lo oí refunfuñar al irme—. Menudo dolor de huevos voy a tener toda la noche…

Me reí tanto que casi se me corrió el rímel.

Me puse unos vaqueros y un jersey celeste. Al salir, lo encontré apoyado en la pared del pasillo, con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos.

—¿Crees que ya estoy presentable? —pregunté con recochineo.

—Para mí estabas mucho más presentable antes, pero no era lo más apropiado. Eres única fastidiando sorpresas —dijo sonriendo.

—¿De verdad has hecho todo esto por mí?

—Por ti soy capaz de dar hasta mi vida.

—Hombre, tanto no hace falta, que si te mueres, ¿dónde trabajo yo? —Reí.

—No te preocupes, serías mi heredera y no tendrías que trabajar más.

—Oh, cariño, acabas de hacer que me enamore más de ti. ¿Serías capaz de prestarme algo de dinero?

—¿Para qué lo necesitas?

—Para contratar a un sicario y quitarte de en medio —sonrió.

—A veces das miedo. Anda, vamos, que abajo tienes un montón de gente esperándote. —Me tomó de la mano.

Y así, cogidos de la mano, salimos al salón.

Allí estaban mis padres, mi hermano con Owen —la primera vez que lo traía a una reunión familiar, detalle que me hizo sonreír porque sabía lo importante que era para él—, Marisa, Óscar e Irene

—que había volado para llegar antes de que yo apareciera—, y por supuesto mi hermana Fanny con Alonso, y la pequeña Aria. También había dos personas más que no conocía, pero que supuse que eran el hermano de Marco y su mujer.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron todos a la vez.

—Marco, no paras de sorprenderme. —Le apreté la mano—. Te quiero —dije, y él me miró como si no hubiera escuchado bien. Era la primera vez que se lo decía así, sin rodeos.

—Andrea… —Me miró fijamente—. Yo también te quiero. Por encima de todo.

Nos besamos, sin importar quién estuviera detrás. Ese momento era solo nuestro.

Al separarnos, sonreí y me giré hacia los invitados. Saludé primero al hermano de Marco y a su mujer; parecían encantadores, de esas parejas que se miran y ya se entienden.

—¿Dónde está la muñeca de su tita? —Fui a buscar a mi sobrina.

Mi muñeca preciosa. Cada día más bonita, cada día más parecida a su padre.

—Cuñado, tu hija, cada día se parece menos a ti —le dije con la niña en brazos.

—La única suerte es que si se parece a ti, no se le acercará ningún hombre. —Me la devolvió.

—Mi chico no opina lo mismo.

—Tu chico tiene problemas psicológicos —soltó riendo.

—Cariño, no te pases —lo regañó mi hermana.

El muy capullo me hizo una peineta a escondidas. Yo se la devolví, claro. El problema fue que a mí sí me vio mi hermana.

—Mira qué muñeca más bonita tengo —le dije a Marco, que hablaba con Sandro, Esther y mis padres—. Aria, él es el tito. Dilo tú: ti-to.

—Hija, por mucho que insistas, no lo va a decir —intervino mi madre.

—Tiii… tooo —balbuceó la pequeña, y casi se me cae la baba. Lo había dicho.

—¡Lo ha dicho! —grité—. ¡Pero si solo lo ha visto tres veces!

Y encima estiró los brazos para que Marco la cogiera.

—Vente con el tito, cariño —dijo él con esa sonrisa de «te he ganado»—. Nena, es que soy irresistible.

—Y capullo también, el lote viene completo —bromeé.

Capítulo 33



Andrea

Nos estábamos divirtiendo mucho; por lo menos yo no lo hacía así desde hacía bastante tiempo. Quiero decir, con toda la familia reunida, riendo a carcajadas, compartiendo comida y recuerdos como antes. Por desgracia, no solíamos juntarnos tantas veces como nos gustaría a todos; cada uno tenía sus rutinas, los trabajos, los niños, las obligaciones que iban llenando los días casi sin darnos cuenta. Supongo que era lo normal cuando la vida adulta se mete en medio de los buenos propósitos.

Aun así, aquella noche tenía algo especial. Se respiraba alegría, y no una de esas forzadas, sino de las de verdad, la que nace de estar rodeada de la gente que quieres.

Con el paso de las horas, Sandro y Esther me iban cayendo cada vez mejor. Él era muy divertido, tenía esa forma natural de hacer reír a todo el mundo, sin esfuerzo. Se veía que era mucho más bromista que su hermano, aunque, por lo que me dio a entender, Marco también tenía su sentido del humor escondido bajo esa apariencia seria y concentrada.

Y Esther… bueno, con ella bastaba un rato para darse cuenta de lo dulce y cercana que era. Se notaba el amor con el que hablaba de

su marido, lo pendiente que estaba de él, y al mismo tiempo cómo nos trataba a todos los que estábamos presentes, con esa calidez que hace sentir en casa incluso a los que llegan por primera vez. Me encantó verla reír, y sobre todo, ver la complicidad que tenía con Marco.

Me encantó cómo lo organizó todo Marco. Había cuidado todos los detalles: la comida, la decoración, la música, incluso la iluminación y el sitio de cada persona en la mesa. Hasta en eso se notaba su forma de ser, esa mezcla entre control y ternura. Siempre pendiente de todo, sin parecerlo. Y lo más bonito fue darme cuenta de que, aunque no lo dijera, lo que más le importaba de toda la noche era verme bien a mí. Se le notaba en la forma en que me miraba cada vez que me reía, o en cómo se acercaba a preguntarme si necesitaba algo.

Había preparado también una mesa donde estaban todos los regalos, perfectamente ordenados, con papeles de colores, lazos, flores y hasta un cartelito que ponía *«Para Andrea»* con su letra inconfundible. Cuando me pidieron que los abriera, me acerqué allí con Marco de la mano, y él, con el otro brazo, llevaba a mi sobrina pegada a su pecho. La niña le agarraba la camisa con los deditos y se reía a carcajadas cada vez que él le hacía cosquillas en el cuello.

Supongo que a mi niña le pasaba lo mismo que a mí: tampoco podía evitar enamorarse un poco de este hombre. Era inevitable.

—Vaya, reunión familiar y no he sido invitada —me giré para mirar quién había dicho eso—. Qué desconsiderados habéis sido, sobre todo tú, mi propia hermana. Venir a una celebración de la persona que me ha quitado al hombre del que estoy enamorada —su voz sonaba dolida, pero a mí no me la daba; a esta tía la tenía calada incluso antes de conocerla.

El silencio fue inmediato. Todos se quedaron quietos, mirándola. Yo sentí cómo el aire del salón se espesaba, como si el tiempo se hubiera detenido.

—Clara, no creo que sea el mejor momento —dijo Esther, llegando hasta ella para cogerla del brazo e intentar sacarla de allí. Se notaba la incomodidad en su gesto, la vergüenza ajena.

—Yo creo que es el mejor —contestó Clara, con una media sonrisa que helaba la sangre.

—¿Por qué no me contestas nunca? —se soltó del agarre de su hermana y le habló directamente a Marco. Por otro lado, él se había quedado blanco, completamente inmóvil, como si las palabras lo hubieran dejado sin aire.

—Marco —susurré, solo para que me oyera él—, no te preocupes. No sabía quién era, pero sí lo que ha estado haciendo.

Él giró la cabeza hacia mí. En su mirada se mezclaban la sorpresa, la tensión y un miedo tan real que me apretó el pecho.

—Nena, te juro que nunca he tenido nada con ella, ni antes de estar contigo ni después. —Su voz tembló apenas, pero era suficiente para notar la verdad detrás de las palabras. Había miedo, miedo a que no lo creyera y a que me fuera de su lado.

—Lo sé —le respondí, con voz baja y firme—. Recuerda que soy tu secretaria y veo todos tus correos.

—¿Sabías que me estaba escribiendo y mandando fotos? —asentí con la cabeza—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Solo estaba esperando a que me lo contaras tú.

Su respiración se volvió más pesada. Bajó la mirada un instante y volvió a alzarla con gesto cansado.

—Nena, si no lo hice fue por miedo a que no me creyeras, a que pensaras que había algo y me dejaras. He intentado por todos los medios que me deje tranquilo. Mi hermano y su hermana han hablado mil veces con ella, pero no entra en razón.

—No te preocupes, sé que no has tenido nada y sé que ella está desesperada por estar contigo. No me voy a negar que me lo hubieras contado, pero entiendo tus razones.

Había leído cada uno de sus correos, había visto cada una de las fotos que le había mandado y también que Marco bloqueaba todas y cada una de esas cuentas; pero ella siempre le escribía desde otras diferentes. Lo que yo no sabía era que era hermana de Esther —aunque tampoco es que se parecieran mucho la una a la otra—. Aquella revelación añadió un puntito más de ironía amarga a la escena: la familia, lazos y enredos, todo mezclado hasta casi hacerme daño.

—¿Por qué no soy suficiente para ti? ¿Por qué esa zorra vale más que yo? —escupió Clara, con la rabia atravesando cada sílaba

—Por respeto a tu hermana y a mi familia, no te voy a contestar —respondí, conteniendo la ira para no caer en su juego—; pero lo que sí voy a hacer es acompañarte a la salida antes de que me importe todo un carajo y decida patearte el culo. —Lo dije firme, sintiendo cómo se me tensaban los músculos. Porque ya me había tocado lo que no debía, y aquello superaba cualquier límite.

—No eres nadie para echarme de aquí, eso lo decide Marco.

—Sandro, llévatela antes de que pierda la paciencia —dijo Marco a su hermano con la voz grave, intentando mantener el control de la situación.

—Clara, vamos. —Mi cuñado se acercó a ella.

—¡No! —gritó—; no me voy de aquí hasta que Marco me haga caso y se dé cuenta de que soy la mujer de su vida.

—Clara, deja esta pataleta ya; estás haciendo el ridículo delante de todas estas personas —le dijo Esther, la voz cargada de vergüenza y cansancio. Intentaba arrancarla de allí con la ternura de quien no quiere humillar más.

—¿Si queréis, llamo a mis compañeros y que vengan a por ella? —la amenaza quedó en el aire; sabía que Alonso podría llamar a algún colega de servicio, pero no quería llegar a esos extremos.

—Voy a ver si mi hermano puede llevársela; si no es así, entonces te pediré que los llames —dijo Marco, evaluando la situación con rapidez.

—Solo dímelo y lo hago —contestó él, girándose hacia mí—. Loca, no dejes que esa pueda contigo; demuéstrame de qué pasta está hecha mi cuñada.

—Marco, no es el único que decide en esta casa, porque también es mía —le dije, mirando a Clara con toda la seguridad posible—; así que te lo digo por última vez: ¿sales o te saco?

—Más quisieras que fuera tuya; alguien de tan poco nivel no merece ni poner un pie aquí. ¡Esta debería de ser mi casa! —terminó, gritando de nuevo—. Qué pena que no te murieses; qué

pena que ese hombre no consiguió llevarte con él, porque eso es lo que merecías. —Sentí que mi corazón se estrujaba dentro del pecho.

»Estoy segura de que lo llevaste a la locura por zorra —añadió ella, clavándome la mirada.

—¡Ya basta! —gritó Irene— ¿Qué mierda estáis haciendo todos ahí parados sin hacer nada, mientras le está haciendo daño a Andrea? —Se fue directa hacia ella y la cogió del brazo.

Clara se zafó del agarre y fue a darle un bofetón a Irene, no llegó a dárselo porque mi hermano se lo impidió cogiéndole la mano.

Yo me había quedado sin palabras, y mira que eso era difícil en mí. Me sentía dolida, ¿cómo era posible que me hubiera traicionado así? Se lo conté rota, se lo confesé entre lágrimas de dolor.

Para mí fue dar un paso importante, porque nunca había hablado de esto con nadie que no fuera mi familia. Y se lo había dicho a ella… y encima de todo, tenía la cara de decirme que no habían tenido nada. Y yo, como una auténtica gilipollas, lo había creído.

—Nena —lo miré con pena, con pena de que me hubiera traicionado así, de que no fuera lo suficientemente importante para él como para haberme respetado—, no es lo que estás pensando; te juro que yo no he hablado con ella. —No lo miré, en aquel momento no podía hacerlo.

—No quiero hablar. No ahora. No le voy a dar el placer de verme caer. Solo quiero que se vaya. Ella y todos. Se me han quitado las ganas de fiesta.

Intentó cogerme la mano, pero se la aparté.

—Andrea, por favor, piensa bien las cosas. No hagas algo que nos haga daño a los dos.

—He dicho que no quiero hablar ahora. Respétame, es lo único que te pido.

—Te entiendo —murmuró, con los ojos vidriosos.

Yo también los tenía. Aguanté. No iba a llorar delante de ella. Pero sabía que, en cuanto me quedara sola, las lágrimas me iban a ganar la batalla.

La fiesta llegó a su fin, y lo hizo con muy mal sabor de boca, para mí y para el resto de los invitados.

A Clara consiguieron llevársela Sandro y su mujer, no sin antes seguir montando el numerito. ¿La verdad? Me importó bien poco lo que siguió gritando; ni siquiera me molesté en prestarle atención.

Mi familia se fue yendo poco a poco. No dijeron nada; me conocían demasiado bien como para saber que este no era el momento de intentar animarme, que primero necesitaba mi rato a solas, mi momento conmigo misma.

—Sabes que estoy para ti, ahora y siempre. —Alonso fue el único que se pasó por el forro mis deseos—. Sé que no quieres hablar con nadie, solo quiero que sepas que estoy aquí, y que mi casa es la tuya.

—Ve con tu mujer y tu hija. Yo estoy bastante bien, a mí esto no me afecta en nada —le dije, dándole un beso en la mejilla.

—Tus ojos no me dicen lo mismo, pero por ahora respetaré tus deseos.

—Gracias. —Sé que lo he dicho con anterioridad, pero entre Alonso y yo había una especie de amor-odio. Bueno, «odio» no era la palabra. Simplemente, existía una pequeña competición por ver quién podía más de los dos. Aun así, nos queríamos, y sabíamos que estábamos el uno para el otro siempre que lo necesitáramos.

En cuanto nos quedamos solos, me puse a recoger todo lo que había quedado del cumpleaños. La casa se había quedado en silencio, ese tipo de silencio incómodo que te deja demasiado espacio para pensar. Empecé a juntar platos, vasos y servilletas, más por necesidad de hacer algo que porque tuviera ganas.

—Nena, deja eso, mañana vendrá alguien a limpiarlo todo. —No le hice caso; no podía hablarle todavía, porque si lo hacía podía soltar cualquier burrada, y para una vez que estaba intentando controlarme, no quería fastidiarlo—. Andrea, por favor, no me ignores.

—No quiero hablar ahora mismo. —Fue lo único que le contesté.

Seguí recogiendo. Marco se puso a hacerlo también, como si con eso pudiera aliviar algo, pero lo único que quería era quedarme sola para poder soltar toda la angustia que tenía por dentro.

—Necesito hacer esto. ¿Puedes dejarme sola? Por favor.

—Andrea, no ha sido como te estás imaginando, te lo prometo.

—Por favor, Marco. Sé que es tu casa, pero déjame sola.

—Joder, no sabes cómo me duele verte así y no poder abrazarte ni consolarte.

—Tenía cojones que fuera él el que quisiera consolarme, cuando fue precisamente él quien me había traicionado—. Y no vuelvas a decir que es mi casa, porque sabes que es nuestra.

Mía, desde luego, no era. Eso lo tenía más que claro después de lo que había pasado esta noche.

Capítulo 34



Marco

La veía a través del ventanal de la habitación. Llevaba un rato arriba, y ella se había quedado sola, recogiendo todo.

Le daba igual que le hubiera dicho que lo dejara tal y como estaba, que mañana vendrían a recogerlo.

No paró hasta dejarlo todo impecable, como si no se hubiera celebrado nada. Fue entonces cuando se dejó caer sobre el suelo del césped, apoyando la espalda en el tronco del sauce llorón que había a un lado del jardín.

La vi encoger las piernas, abrazarse a ellas y apoyar la cabeza sobre las rodillas. Se había hecho la fuerte durante toda la noche, no había derramado ni una sola lágrima. Sabía que esa era su forma de protegerse, de aislarse del mundo y de su dolor. Y que cuando por fin se quedaba sola, era entonces cuando se dejaba llevar.

No hacía falta ser muy listo para saber que estaba llorando; el movimiento de sus hombros lo decía todo.

Cerré las manos con fuerza y apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula. Todo era por mi culpa. Ella me había contado algo de

su vida, lo más doloroso, lo que más la atormentaba… y yo la había traicionado al contárselo a mi hermano.

Estaba claro que Sandro se lo había dicho a su mujer, y ella a su hermana. Así fue como Clara se había enterado. Me sentía fatal, y lo peor de todo era que no podía acercarme para consolarla ni abrazarla.

Lo único que me había pedido era que le diera espacio. ¿Cómo no iba a cumplir con eso, si era lo único que me pedía? Por mucho que me doliera estar separado de ella, tenía que hacerlo.

Pero había algo dentro de mí que me decía que, después de esto, nada volvería a ser igual. Sentía los nervios en el estómago, como un nudo que me oprimía por dentro. Si algo sabía de Andrea, era que no soportaba las traiciones. Y para ella, yo la había traicionado.

No lo hice queriendo. Jamás habría sido capaz de hacerle daño de forma consciente, pero eso no borraba el peso de la culpa que sentía ahora.

Cuando una persona es viva y alegre, verla así, rota y llorando con tanto desconsuelo, te parte el alma. Y mucho más si esa persona es de la que estás enamorado.

No podía dejarla ahí. Lo siento, pero no podía. Por mucho que me lo hubiera pedido, mi corazón no me permitía quedarme como un simple espectador. Me daba igual que me gritara o me echara, no la iba a dejar sola en medio del frío de la noche.

Salí de la habitación decidido. Llegué hasta ella en pocos segundos, me arrodillé frente a sus pies y la tomé de las mejillas para levantarle la cabeza.

—Andrea, por favor, entra en casa. No llores… me rompe el corazón verte así y saber que he sido yo el culpable.

—Te lo dije —sollozó—. Y no es el hecho de que se sepa lo que me duele, porque yo no hice nada malo, fui una víctima. Lo que me duele es que no valoraras que me abriera a ti. Lo que me duele es que algo que te conté en confianza lo contaras a otras personas, sin pensar que me estabas fallando.

—Te juro que no fue mi intención en ningún momento. Solo hablé con mi hermano de ti, y sin darme cuenta terminé contándole lo que te había pasado. —La miré para que viera la verdad en mis ojos—. Nena, te prometo que no lo hice con intención de traicionar tu confianza. Todo lo contrario. Me sentía orgulloso de ti, de lo fuerte que has sido, de todo lo que has superado. Tienes que creerme.

—Ahora mismo no puedo pensar con claridad. Creo que lo mejor es que me vaya a mi casa.

Al escuchar esas palabras, sentí miedo, un miedo que me heló la sangre.

—No te vayas, no me dejes aquí, por favor. Si no quieres hablar, no lo hagas, pero no me apartes. Te quiero más de lo que jamás imaginé que se podía querer a alguien.

—Marco, no te estoy diciendo que te deje. Solo necesito tiempo para pensar.

—Es que no quiero que pienses —dije con desesperación—, porque si lo haces, me arriesgo a perderte. Y eso no quiero que pase. —Le acaricié las mejillas, limpiándole las lágrimas con los pulgares—. ¿Quieres espacio? Te lo doy. Pero aquí, en casa. Sabes que es grande, puedo dormir en otra habitación si quieres, pero no te vayas.

—Marco, no te voy a echar de tu habitación. Si me quedo, seré yo la que duerma en otra. Esa es mi única condición.

No quería que durmiera en otro sitio que no fuera a mi lado, pero si quería que se quedara, tenía que aceptarlo.

—Está bien, pero levanta de ahí, te estás quedando helada. No quiero que te pongas enferma. —Tiré suavemente de sus manos para ayudarla a ponerse de pie—. Ve a darte una ducha caliente, así entrarás en calor. Quédate tranquila, no voy a molestarte. Me quedaré un rato abajo y luego subiré directo a la habitación.

Me sentía asfixiado, no por ella, sino por todo lo que había pasado. No estaba acostumbrado a esto. Siempre había sido un hombre solitario y, aunque ahora no concebía mi vida sin ella, empezaba a pesarme la situación.

Lo repito, no por ella. Simplemente, no tenía ni idea de cómo manejar algo así. Enfrentarme a números, a clientes difíciles, levantar una empresa desde cero… eso lo podía hacer con los ojos cerrados. Pero en lo sentimental iba a la deriva, dejándome llevar por el momento.

Andrea me había enseñado lo que era querer a alguien por encima de uno mismo. Y si la perdía… ¿qué sentido tenía todo esto? ¿Qué sentido tenía haberle abierto mi corazón si no iba a poder tenerla conmigo?

Cuando ella subió a la planta de arriba, decidí meterme en mi despacho y llamar a mi hermano.

—Lo siento. —Fue lo primero que dijo en cuanto descolgó.

No le iba a reprochar nada. Él no había hecho nada con mala intención; el único culpable era yo.

—No tienes que sentir nada, no has hecho nada malo.

—Me contaste algo en confianza y yo se lo dije a Esther, y ella a su hermana.

—Como te he dicho, no tienes la culpa. El que rompió la confianza fui yo. De todos modos, te llamo para preguntarte qué ha pasado con Clara.

—Le he dicho que la ibas a denunciar y que cualquier juez pondría una orden de alejamiento. Hay pruebas suficientes. Esther se lo contó todo a sus padres, y ya sabes cómo son: no toleran ese tipo de cosas.

—Nada de eso impedirá que siga haciendo lo mismo

—Creo que Esther ha sido la más lista. No sé cómo, pero convenció a sus padres para que le pagaran un viaje por varios países, con estancias largas en cada uno. Estará fuera durante varios meses.

—Espero que durante ese tiempo se olvide de mí.

—Yo también. Y sé que no se merece ese viaje, pero fue la solución más rápida que encontró Esther.

—No me hace ni puta gracia que se vaya de rositas y encima con recompensa, pero tengo que admitir que, en el fondo, ha sido buena idea.

—¿Cómo está ella? Esther y yo nos sentimos fatal por todo esto, sobre todo por haber estropeado un día tan especial.

—Bueno… se hizo la fuerte hasta que recogió todo el jardín. Después se derrumbó —suspiré con cansancio—. Ahora está dándose una ducha, se había quedado helada. Creo que me va a dejar, Sandro. Apenas ha cruzado unas palabras conmigo y una de ellas ha sido para decirme que quiere irse a su piso.

»¿Qué hago si decide que no soy lo que necesita a su lado? —Me levanté y empecé a dar vueltas por el despacho—. No la puedo perder. Es la única mujer que he querido de verdad.

—Tranquilízate. No la vas a perder. Puede que tarde un poco en volver a confiar en ti, y tal vez en ser la misma, pero se nota que te quiere. Por algo así no te va a dejar.

—Supongo que no me queda otra que esperar y llevarlo lo mejor que pueda.

—Exacto. En todas las parejas hay problemas, pero cuando se quiere de verdad, todo acaba volviendo a su sitio. Solo ten paciencia.

Nos despedimos poco después. No me apetecía ni lo más mínimo acostarme en mi cama sin ella a mi lado, pero se lo había prometido, y lo iba a cumplir. Subí, me di un baño largo y me metí en la cama con la esperanza de que, al día siguiente, todo se viera de otra forma.

Capítulo 35



Andrea

¿De verdad iba a perder lo que tenía con Marco por esto? Lo primero era que me daba igual que se supiera lo que me había pasado; no tenía por qué esconderme ante nadie. Y lo segundo, es verdad que me dolió que contara algo que le dije en confianza, pero también podía entender por qué lo había hecho.

¿De verdad iba a dejar que esa zorra destruyera lo que estábamos construyendo? ¿Iba a dejar que un error lo echara todo a perder? No. Yo no era de las que se rendían con facilidad ni daban algo por perdido sin luchar antes.

Quería a Marco con todo mi corazón, eso no lo dudaba. Mis sentimientos hacia él eran mucho más grandes que lo ocurrido aquella noche.

No sé qué hora era cuando decidí levantarme de la cama. Este no era mi lugar; el mío estaba en nuestra cama, junto a él. Aunque todavía siguiera algo enfadada, no quería que pensara que iba a dejarlo. No se lo merecía.

Desde que estábamos juntos, me lo había demostrado día tras día, y no iba a permitir que pasara la noche con la angustia de creer que

me había perdido.

Salí de la habitación intentando hacer el menor ruido posible. Con el mismo sigilo fui a nuestra habitación. Me di cuenta de que la puerta no estaba del todo cerrada; nosotros teníamos la costumbre de cerrarla siempre por completo, y esa noche no.

Pensé que quizá estaba en el salón o en otra parte de la casa, sin poder dormir, así que me asomé despacio, intentando no hacer ruido.

Abrí un poco más la puerta y, aunque la habitación estaba oscura, pude distinguir su cuerpo en la cama. Estaba acostado de lado, de espaldas a la puerta, tapado de cintura para abajo con las sábanas.

Me di cuenta de que no dormía porque, en cuanto di dos pasos, se giró y se quedó bocarriba. Su mirada fue directa hacia la puerta. En el momento en que nuestros ojos se cruzaron, me puse a llorar. Pero esta vez no fue por lo ocurrido. Fue porque, al verlo solo, con esa expresión tan triste, me di cuenta de que era el hombre de mi vida. Y me daba un miedo horrible perderlo.

No hicieron falta palabras. Abrió los brazos, y corrí hacia él. Necesitaba su calor, su pecho, su cariño.

Me abrazó fuerte, tan fuerte que casi me dolió. Apoyé la cabeza en su pecho, y él soltó un suspiro profundo.

—No quiero perderte por esta tontería —susurré sobre su piel.

—Dios, nena, he sentido tanto miedo a perderte… —Me dio un beso en la frente—. Lo siento, de verdad. No tienes ni idea de cuánto lo siento. —Me apretó aún más contra su cuerpo, como si temiera que me escapara.

—Yo también siento haber reaccionado así. Sé que lo contaste sin mala intención. Además, es tu hermano. —Le rodeé la cintura con fuerza.

Puse la cabeza justo sobre su corazón, dejando que sus latidos me calmaran poco a poco.

—Te quiero. No lo olvides nunca, nena.

—Yo también te quiero, Marco.

Sin darme cuenta, empecé a dibujar círculos con el dedo sobre su pecho. No tenían sentido, pero me tranquilizaban.

—¿Desde cuándo sabías que Clara me estaba mandando correos? —me preguntó, acariciándome el brazo con la yema de los dedos.

—Desde que te envió el primero. Al principio pensé que era un error, pero cuando siguieron llegando, entendí que no lo era. Iban dirigidos a ti, claramente. ¿Por qué correos, Marco? ¿Y por qué no me dijiste nada?

—Desde que conocí a Clara y supo que tenía una empresa que iba demasiado bien, se empezó a interesar por mí. Te prometo que nunca le he dado a entender nada y, mucho menos, he tenido algo con ella. —Levanté la cabeza de su pecho para mirarlo.

»Es verdad que siempre intenté ser educado con ella, rechazándola con sutileza, sobre todo porque, en parte, éramos familia, pero con el paso del tiempo fue a peor y, más desde que se enteró de que tenía una relación —suspiró—. Al principio empezó a mandarme mensajes; terminé bloqueándola y ahí fue cuando comenzaron a llegar los correos. El resto ya lo sabes.

»No hubo coqueteos por mi parte, ni medias tintas: cada vez que la bloqueaba, aparecía con otra cuenta y volvía a insistir. Me incomodaba y me parecía injusto para ti; por eso intenté frenarlo por todos los medios antes de contártelo.

—¿Y crees que ahora te dejará tranquilo? Porque, sinceramente, no tengo ganas de que mi cuñado me detenga por agresión ni que tu hermano me juzgue. —Noté cómo sonrió—. Lo digo en serio, si sigue así, como poco la dejo calva.

—No creo que haga falta llegar tan lejos. —Me dio otro beso en la cabeza—. Por lo que me ha contado Sandro, sus padres la han mandado de viaje por un buen tiempo.

—Pues si no va a estar en la ciudad, mejor. No pienso permitir que venga a intentar quitarme a mi hombre.

—Eso ha sonado a posesión absoluta.

—No ha sonado, lo es. Por completo. No puedes escapar tan fácilmente de mí.

—Me gusta cómo suena, porque yo tampoco pienso dejarte escapar. Ni ahora, ni nunca.

—Por cierto, antes, cuando venía hacia la habitación, me pareció raro que la puerta estuviera medio abierta. Siempre la cerramos del todo.

—La dejé así por si intentabas huir. Para poder oír tus pasos.

—Claro… por eso mismo, de huir, te has acostado con el pantalón del pijama.

—Nena, no era plan de salir corriendo detrás de ti desnudo.

—Hubiera sido gracioso verte con «la cosa» dando bandazos de un lado a otro.

—Qué graciosa eres. No dices lo mismo cuando «la cosa», como tú dices, apunta al techo. —Solté una carcajada.

—Hombre, eso ya son palabras mayores. Aunque tengo que admitir que la mayor parte del tiempo la tienes apuntando hacia arriba.

—Es que contigo al lado no puede ser de otra manera. —De un movimiento rápido me giró y me dejó bocarriba, colocándose entre mis piernas. Movió las caderas, rozando nuestros sexos—. ¿Ves? Así me tienes continuamente.

—¿Y qué quieres que te diga? Me encanta verte así.

—A veces duele, ¿sabes? —dijo entre risas—. Sobre todo cuando tengo que aguantarme las ganas… como esta tarde, cuando te vi con ese picardías rojo. Joder, nunca había visto algo más sensual. —Ronroneó en mi cuello.

Le acaricié la espalda de arriba abajo varias veces, sintiendo cómo se estremecía bajo mis dedos. Pasé de la espalda a los brazos, de los hombros al cuello, y por fin lo rodeé con ambos brazos.

Me incorporé un poco para buscar sus labios y besarlo.

—Te prometo que me lo volveré a poner otro día.

Le rodeé la cintura con las piernas, queriendo sentirlo aún más cerca. Por mucho que lo tuviera encima, siempre me parecía que no

era suficiente.

—¿Y para qué dejar para otro día lo que puedes hacer hoy? —susurró lamiéndome el lóbulo de la oreja.

—Mmm… ¿eso qué quiere decir exactamente?

—Que me muero de ganas por verte con el picardías ahora mismo. —Bajó el tirante de mi pijama, dejando mi pecho al descubierto.

—Eso es mentira. Ahora mismo te mueres de ganas de verme sin nada, igual que yo a ti. —Lamió mi pezón antes de atraparlo entre los labios y tirar de él.

—¿Tú crees? —susurró ronco.

—No lo creo, lo sé —jadeé cuando tiró con los dientes.

Enganché los pies en la cintura de su pijama y empecé a bajárselo.

Cuando se aseguró de que un pecho había recibido la atención suficiente, pasó al otro.

Logré bajarle el pantalón hasta las rodillas; en dos movimientos se lo quitó del todo. Metí la mano entre nuestros cuerpos y lo rodeé con mis dedos.

Deslicé el pulgar por la punta, atrapando la gota que acababa de salir. Nunca lo había hecho. Tal vez por pudor, o porque nunca me llamó la atención. Pero esta vez lo llevé entre mis labios, saboreándolo.

—Joder, Andrea, me acabas de poner el doble de cachondo. —Sonreí al escucharlo.

—Entonces… ¿me quito la ropa y pongo otra, o me la quito y me quedo desnuda? Tú decides.

No contestó. No hizo falta. Se apoyó sobre las rodillas y, de un tirón, me quitó el pijama, dejándome completamente desnuda, con las piernas abiertas.

—Creo que cuando muera, lo haré con esta imagen clavada en la mente.

—Pues mientras lo haces o no… podrías clavarme lo que tienes entre las piernas.

Negó con la cabeza, riendo.

—Contigo no hay quien pueda. —De un tirón, me atrajo por las caderas y me penetró.

—Sí… no pares —casi grité.

—Parar no entra en mis planes ahora mismo.

—Así me gusta, que me obedezcas. —Cada embestida era más profunda—. Si lo que pretendes es que me calle, tendrás que esforzarte un poco más.

—Tú lo has querido.

Puso mis piernas sobre sus hombros, empujando aún más dentro. En esa postura lo sentía tan profundo que me tembló todo el cuerpo.

—Madre mía… —jadeé

—Tu madre no está, pero si quieres, la llamamos para que vea cómo grita su hija.

—Capullo, deja de hablar y fóllame más.

—Mmm, me encanta cuando hablas así. —Se rio el muy tonto.

El primer orgasmo no tardó en llegar. En cuanto lo sintió, bajó mis piernas para que le rodeara la cintura. Tiró de mí, sentándose sobre los talones y llevándome con él.

Me sujetó de las nalgas, haciendo que subiera y bajara sobre su pene.

—Joder, nena, tócate. Quiero sentir cómo te corres de nuevo antes de hacerlo yo.

Obedecí, hice lo que me había pedido, hasta que alcancé el segundo orgasmo. Esta vez Marco se corrió al mismo tiempo que yo.

No quedamos abrazados así durante unos minutos, creo que ninguno de los dos quería separarse.

—Tenemos que hacernos una promesa —murmuró con la frente apoyada en la mía.

—Ahora mismo me puedes pedir la luna, que te la bajo. Fíjate si me has dejado satisfecha —sonrió.

—Payasa —dijo bromeando, acariciándome la mejilla con el pulgar —. A lo que iba: tenemos que prometernos que, pase lo que pase, nunca vamos a aplicar entre nosotros la ley del silencio. Que, si surge algún problema o diferencia, lo hablaremos siempre antes de irnos a dormir. —Me pareció precioso que dijera eso, tan suyo, tan

de corazón—. Y lo más importante de todo: nunca, jamás, vamos a dormir separados.

—Cariño, me parece superbonito todo lo que has dicho —susurré, mirándolo a los ojos—, y estoy totalmente de acuerdo contigo. Prometido. —Le sonreí y le di un beso suave en los labios, de esos que sellan más que una firma, cualquier pacto.

Él me devolvió la sonrisa y me abrazó más fuerte, y por primera vez en mucho tiempo sentí que todo estaba en su sitio: él, yo, y ese amor nuestro que resistía hasta las peores tormentas.

Capítulo 36



Marco

Cuando eres feliz y todo en la vida te va bien, los días pasan sin darte cuenta, como si el tiempo jugara a favor. Y eso era exactamente lo que me estaba pasando a mí.

Mi vida se había convertido en algo completamente nuevo, y ese algo estaba siendo lo mejor que me había ocurrido. No lo decía con la boca pequeña, ni por decir: lo decía siendo consecuente con mis palabras, con mis hechos y, sobre todo, con mis sentimientos.

Con el paso de los días logré convencerla de que se mudara definitivamente a casa. Al principio siempre me ponía la misma excusa: que no podía dejar a Irene sola. Una tontería, si me preguntáis, porque a fin de cuentas apenas dormía allí. Era más una cuestión de costumbre, o quizás de miedo a dar el paso del todo. Y la entendía; a veces el corazón tarda en asumir lo que la vida ya te está gritando.

Pero al final la convencí. Desde entonces vivíamos juntos, y de eso ya hacía unos cuantos meses. Y, si os soy sincero, cada día me gustaba más despertarme con ella al lado, verla despeinada, medio dormida, con esa manera suya de estirarse entre las sábanas que hacía que el mundo pareciera un sitio mejor.

En ese tiempo pasaron muchas cosas. Irene, por ejemplo, sufrió una pequeña separación con Óscar. He de admitir que nunca había visto llorar a nadie como la vi llorar a ella. Me partía el alma. Era de esas lágrimas que no salen solo por los ojos, sino por dentro, que te remueven el alma.

Pero, aun con lo mucho que dolía, fue decisión suya terminar. Decía que no podía seguir viviendo así, que no tenía sentido estar con alguien a quien apenas veía. Y tenía razón: los horarios los tenían cruzados, y apenas coincidían.

Óscar, por su parte, se vino abajo del todo. El pobre estaba destrozado. Tengo que decir que fue él quien de verdad luchó por arreglar las cosas, y eso dice mucho. Con mucha vergüenza vino a buscarme, para pedirme si podía darle trabajo. Quería pelear por ella, demostrarle que era capaz de cambiar su vida por amor, que no todo era hablar.

¿Cómo no iba a ayudarle, sabiendo lo buen tío que era? Le di trabajo, claro. Y entre eso y la insistencia, poco a poco volvió a ganarse el corazón de Irene. Al final volvieron, y desde entonces viven juntos. Cada día se les ve mejor, más cómplices, más felices. Verlos así me hacía pensar que, aunque las relaciones no fueran perfectas, cuando el amor era de verdad, siempre encontraba el modo de recomponerse.

—Marco, ¿en qué cojones estás pensando? —Su voz me sacó de mis pensamientos—. Llevo un rato llamándote.

—Perdona, nena —respondí sonriendo—, estaba pensando en lo mal que lo pasaron Óscar e Irene cuando lo dejaron. Y en que, si eso nos pasara a nosotros, me volvería loco.

—Cariño, una persona no se puede volver loca… no cuando ya lo está. —Me sacó la lengua, divertida.

—¿No sería más acertado decir que la que me vuelve loco eres tú?

—Nah, eso no cuenta. Yo solo le doy vidilla a tu aburrida vida. ¿Estás listo ya? Como tardes más, llegamos tarde.

—Podrías haberme dicho a dónde vamos, al menos.

—Si te lo digo, deja de ser sorpresa. Y te advertí que era una sorpresa. —Me miró con esa sonrisa suya de niña traviesa que ya sabía que me desarmaba.

No había manera de que me lo dijera. Como no soltaba prenda, al final fue ella la que cogió mi coche. Y pensar que al principio no quería ni tocarlo; ahora, en cambio, no había quien la bajara del asiento del conductor.

El trayecto duró unos cuarenta y cinco minutos, más o menos. Yo iba con la curiosidad por las nubes y ella con la sonrisa de quien disfruta viéndote desesperarte.

—Solo espero que te guste mucho el sitio al que vamos —dijo, mirándome de reojo.

—Estoy seguro de que sea lo que sea, me va a gustar —contesté, aunque por dentro rezaba para que no fuera nada raro.

—Ya estamos llegando. Coge el pañuelo ese y tápate los ojos. Y no vale hacer trampas.

—¿De verdad tengo que tapármelos?

—Pues claro. —Su tono no admitía réplica.

—Me da un poco de miedo quedarme sin vista siendo guiado por ti, ¿eh?

—Marco, más vale que te calles o me doy la vuelta y te quedas sin saber lo que te tenía preparado.

Le hice caso y me puse el pañuelo. Y os aseguro que eso de perder la vista no tiene ni puta gracia.

El coche se detuvo poco después. Oí cómo abría la puerta de su lado y luego la mía.

—Bien, con cuidado al bajar —me dijo, dándome un beso rápido en los labios—. Quiero que sepas, y que no olvides nunca, que te quiero por encima de todo.

—Yo también te quiero, cariño —respondí.

—Vale, pues ve siguiendo mis indicaciones. Si no haces el tonto, no habrá tropiezos.

Andamos un poco. Bueno, eso creía yo, porque entre el pañuelo y los nervios ya no sabía ni cuánto tiempo pasaba.

—Ya hemos llegado —anunció al fin—. Siéntate donde te indique y no te muevas ni te quites el pañuelo hasta que te diga.

Obedecí. Parecía que estaba dentro de un coche, pero bajo, de una sola plaza. Toqué un volante y sonreí.

—Ya sabes, no te lo quites hasta que te lo diga. —Me dio otro beso y se alejó.

Estaba nervioso, porque viniendo de Andrea podía ser cualquier cosa. Sabía que no sería nada malo, pero sí algo loco, eso seguro.

—Marco —me pareció reconocer la voz de mi suegro—, ya puedes quitarte el pañuelo.

Me lo quité, y cuando abrí los ojos casi me dio un infarto. Estaba sentado en un coche de carreras de ese tipo karts, de los que usan para echar carreras por diversión, nada peligroso.

Giré la cabeza y vi a mi suegro partiéndose de risa.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, desconcertado.

—Hijo, yo solo soy un mandado. Lo demás es cosa de mi hija. —Se rio aún más—. Ah, y me han dicho que no puedes arrancar hasta que te hagan una señal. Y lo más importante: no te pierdas detalle. —Me dio una palmada en el hombro antes de marcharse, riendo a carcajadas.

De pronto se empezaron a oír motores rugiendo. Por mi lado pasó un coche a baja velocidad; al volante iba mi hermano.

—Tú mira los letreros que llevamos detrás, capullo con suerte —me gritó.

Al mirar, vi que en el suyo ponía «Marco». El siguiente fue mi cuñada, y el suyo decía «quiero». Luego pasó Óscar con «que», Irene con «sepas», Manu con «que eres», Owen con «el amor», Alonso con «de mi» y Fanny cerró la fila con «vida».

La frase completa era: «Marco, quiero que sepas que eres el amor de mi vida.»

Me quedé sin palabras. Literalmente.

Y entonces ocurrió algo que me dejó helado. El último coche en aparecer fue el de Andrea. Pero no iba vestida como cuando salimos de casa. No. Llevaba puesto un vestido de novia, con velo y todo.

Se detuvo justo delante de mí. Su padre corrió hacia ella con un cartel que decía: «¿Te quieres casar conmigo?»

Intenté levantarme del coche para ir hacia ella, pero me detuvo con la mano.

—Espera —me dijo, sonriendo nerviosa.

Se arrodilló frente a mí, sacó una pequeña caja con un anillo dentro y, con la voz temblorosa, preguntó:

—¿Qué me dices?

—Te digo que estaría loco si dijera que no —contesté, con la voz rota de emoción—. Que tú también eres el amor de mi vida. Y que si quieres, buscamos ahora mismo un cura o un juez y nos casamos ya. Total, ya tienes el vestido puesto.

—¡Yo soy juez! —gritó Sandro desde el fondo, haciendo reír a todos.

—Prométeme algo —me pidió Andrea, aún de rodillas—. Prométeme que nunca vas a cambiar, que pase lo que pase no vas a perder tus ganas de vivir, y que jamás vas a dejar de quererme.

—No te voy a dejar de querer —le dije, cogiéndole las manos—, porque te amo. Y amar es mucho más fuerte que querer.

—Yo también te amo, Marco, por encima de todo y de todos.

—Muy bonito, hermano —volvió a gritar Sandro, siempre oportuno.

—Tu hermano, para ser juez, tiene el sentido del humor muy desarrollado. Será mejor que tú y yo lo mantengamos a raya, porque juntos podemos liar una buena.

—Así me gusta, cuñada —dijo él riendo.

—¿Te quieres callar ya? —le riñó su mujer—. Le estás fastidiando el momento.

—Perdón, nena —respondió Sandro, pero ninguno estábamos molestos.

Ese día había que celebrarlo por todo lo alto. Aunque ella se me adelantó en la pedida, tenía pensado pedirle matrimonio en pocas semanas. Pero, siendo sinceros, no habría podido hacerlo mejor.

Fue un día que jamás olvidaré, ni yo ni ninguno de los que estuvieron presentes.

La celebración continuó en un restaurante, con comida, brindis y más risas de las que podía contar. Luego seguimos con las copas, y ahí sí que se desató la locura. Mis suegros se ofrecieron a quedarse con la nieta, «para que los recién prometidos puedan celebrar de verdad», dijeron.

Acabamos todos en casa, riendo, cantando, bailando. Y sí, ninguno terminó en su sano juicio.

Mereció la pena la resaca del día siguiente. Aunque, para qué mentir, despertarse tirados por el jardín, entre botellas y risas medio dormidas, fue el mejor recordatorio de que la felicidad, cuando llega, hay que vivirla a lo grande.

Capítulo 37



Andrea

Joder, ¿cómo podía estar tan nerviosa? Me temblaba el cuerpo entero, y eso que había sido yo la que le había pedido que se casara conmigo.

Por cierto, ¿os ha gustado cómo se lo pedí? Bueno, ya me lo contaréis. Ahora mejor volvemos al que iba a ser uno de los días más felices de mi vida… o eso dicen cuando te vas a casar.

Porque dejadme que os diga algo: todo el mundo miente con eso. Por lo menos era lo que pensaba al respecto. Porque sí, no dudaba que a lo largo del día iba a ser muy bonito, pero lo de antes… lo de antes no había un Dios que lo aguantase.

Entre los nervios, la peluquera, la maquilladora, que si tu madre llorando por las esquinas, que si tu padre diciendo que eres la novia más bonita del mundo… Y dejadme que os aclare lo de mi padre: ¿cómo me iba a decir que era la novia más bonita del mundo cuando a mi hermana también se lo dijo? No podía ser eso, tenía que ser una de las dos, y estaba claro que yo era mucho más guapa que mi hermana.

Antes de que me digáis que soy una egocéntrica y con mucho ego, os diré que estaba bromeando. ¿A ver si una no iba a poder bromear el día de su boda? Sé perfectamente que para mi padre sus dos hijas éramos igual de bonitas, y si me apuras, mi hermana lo era incluso más.

Como iba diciendo, en mi vida había estado más nerviosa. Yo, que se suponía que podía enfrentarme a cualquier cosa, estaba con las manos tan temblorosas que no era capaz ni de coger un vaso de agua sin derramarlo entero.

El vestido… ay, el vestido. Como estaba comenzando el verano, me decidí por uno de tirantes anchos, todo de encaje. Por supuesto llevaba forro, no fuera a ser que diera el espectáculo. El escote era de pico tanto por delante como por detrás, pero el de la espalda mucho más pronunciado —ya sabéis que me encantan los vestidos con la espalda al aire—.

Era ceñido al cuerpo, pero desde la cintura caía suelto. No tenía una cola demasiado larga, nunca me gustaron esos vestidos que parecen querer barrer la iglesia entera.

¿Velo? No, gracias. Con el de la pedida ya tuve más que suficiente. En cambio, llevaba el pelo recogido en una trenza lateral que caía por encima del hombro, entre cuyas espigas habían colocado pequeñas perlas que brillaban con la luz.

Mi madre, tan amante de las tradiciones, casi me obligó a ponerme unos pendientes de oro que habían sido suyos. Mi abuela se los regaló el día que se casó, y también se los prestó a mi hermana. Era una especie de amuleto familiar, y aunque yo no creía mucho en eso, reconozco que me hizo ilusión.

Para «lo nuevo» ya tenía el vestido. Lo «prestado» eran los pendientes. Y «lo azul» serían las flores: me había enamorado de

unas rosas azules desde hacía meses, y encargué mi ramo con ellas. Cuando lo vi terminado, casi lloro. Era tan mío, tan distinto.

Los zapatos eran unas sandalias de tacón fino, altas, con dos tiras llenas de brillantes que hacían el pie delicado y elegante. Y de la ropa interior… bueno, solo diré que, en cuanto Marco me la viera puesta, me la iba a arrancar a mordiscos.

—¿Estás lista? —preguntó mi hermano, asomando la cabeza por la puerta—. Creo que si tardamos mucho, el novio va a venir a buscarte.

Manu iba a ser mi padrino. Antes de decírselo a él, hablé con mi padre, y, como era de esperar, no le sentó mal. Sabía lo mucho que Manu y yo estábamos unidos, y dijo que, después de todo, ya había sido padrino en la boda de mi hermana.

—Enana, estás preciosa. ¿Segura de que quieres casarte? Lo digo porque existe la posibilidad de que te quedes viuda antes de llegar al altar. —Levanté las cejas—. Estoy seguro de que a Marco le va a dar un infarto en cuanto te vea.

—Mira que eres payaso.

—Sí, creo que mamá y papá me rescataron de entre los leones y a ti de entre los monos.

—Pues mira, entre tú y yo ya formamos medio zoológico.

Mi hermano era mi todo, aparte de Marco, claro. Era el hombre que más quería en este mundo.

—Manu —lo llamé, con un poco de miedo en la voz.

—Dime, enana.

—¿Tú crees que me irá bien con Marco?

—Sinceramente, creo que estáis hechos el uno para el otro. Tú le aportas la alegría que él necesita, y él te da la estabilidad que tú buscabas. Os compensáis, y eso no lo consigue cualquiera.

—¿Te imaginas los hijos que podríamos tener? Serían una mezcla entre Miércoles Adams y Asno, el burro de *Shrek*. —Se echó a reír con ganas.

—De verdad, Andrea, eres única.

—Es que no creo que el mundo esté preparado para albergar a dos Andreas.

—Vamos a llegar tarde —dijo Owen, que nos esperaba en la puerta. Él sería quien nos llevaría en el coche.

—Cuñado, ¿no sabes que lo bueno se hace de esperar?

—Ahí no te puedo llevar la contraria —contestó riendo—, porque lo bueno es lo que te va a llevar al altar.

—Gracias, cariño —le dijo mi hermano, lanzándole un guiño.

Me encantaba verlos juntos; se hacían tanto bien el uno al otro… Manu y Owen eran la prueba viva de que el amor no entiende de etiquetas, ni de convencionalismos.

—Al final, creo que mi cuñado favorito va a ser Sandro —bromeé.

—Mientras no elijas a Alonso por encima de mí, todo bien —replicó Owen, riendo.

—No, si tengo que elegir entre vosotros dos, prefiero quedarme con el loro de la vecina, y mira que me cae mal ese bicho. Menos mal que me mudé, porque estaba hasta el moño de oír sus berridos cada mañana.

Nos casábamos por la iglesia, más que nada por darle el gusto a nuestros padres, que eran bastante tradicionales y creyentes.

Cuando el coche se detuvo frente a la iglesia, apreté el brazo de mi hermano con fuerza.

—Tranquila —susurró él—. Todo va a salir bien.

—Manu, soy muy feliz —lo dije con el alma en la garganta. Tal vez para tranquilizarlo a él más que a mí.

—Se te nota, y a Marco también. Me alegro mucho por los dos. —Me dio un beso en la frente antes de ofrecerme su brazo.

El murmullo de la gente dentro de la iglesia me hizo temblar. Hice dos profundas bocanadas para llenar mis pulmones antes de dar los primeros pasos por aquel pasillo que me llevaría a los brazos del que, a partir de ese momento, sería mi marido.

¿Quién me iba a decir que acabaría casándome? Yo, la que siempre había jurado que eso no iba con ella.

Levanté la mirada y lo vi allí, esperándome. A los pies del altar, con esa sonrisa que podía detener el mundo. Fue como si un hilo invisible me arrastrara hacia él. No sé si fue por los nervios, la

emoción o el amor, pero lo que sentí en ese instante fue algo indescriptible, casi mágico.

Llegué hasta él. Mi hermano entregó mi mano como mandaba la tradición. Marco me la sostuvo con ternura y me miró como si no existiera nada más alrededor.

—Nunca había visto nada más bonito que tú en mi vida —susurró. Tenía los ojos vidriosos, llenos de lágrimas contenidas.

—Tú tampoco te quedas atrás —le contesté sonriendo—. Te amo, ahora y para siempre.

Como ninguno de los dos éramos muy de iglesias —ya lo he dicho, la boda era más por nuestras familias que por nosotros—, optamos por una ceremonia corta. Lo nuestro siempre fue vivir, no rezar, y preferíamos celebrarlo bailando y riendo.

El momento del «sí, quiero» resonó como una promesa eterna y fue el más bonito de todos. Bueno, ese y el beso que vino después donde pareció que el mundo se paró.

—Ahora sí, nena —susurró, cogiéndome las mejillas antes de besarme—. Ahora somos marido y mujer.

Salimos de la iglesia cogidos de la mano, preparados para lo que sabíamos que venía. Y efectivamente, no sé cuántos kilos de arroz nos cayeron encima. ¡Pero eso no era normal! Parecía que querían enterrarnos ahí mismo.

Intenté cubrirme como pude, muerta de risa, mientras Marco me abrazaba para protegerme, aunque se reía igual que yo. Cuando todo se calmó, empezaron las felicitaciones, los besos, los abrazos… y la sensación de estar rodeada de amor de verdad.

—Muchas felicidades —nos dijo Sandro—. Andrea, gracias por querer tanto a mi hermano.

—Él me quiere igual, o más —le contesté.

La celebración… ¿qué os puedo contar que no sepáis? Mucha comida, mucha bebida, música, baile, risas. Pero no unas risas cualquiera: de esas que te nacen del alma, las que suenan a vida, a plenitud, a promesa cumplida.

Hubo brindis, bailes improvisados, discursos que casi acaban en llanto y otros que acabaron en carcajadas. Y yo, en medio de todo aquello, solo podía pensar en lo afortunada que era.

Reí, bailé, canté —muy mal, por cierto—, pero lo hice. Y no fui la única. Todos estábamos contagiados de esa alegría que no se finge.

Y después de eso, ¿qué podía venir? Pues la noche de bodas, claro. Esa que vino cargada de jadeos, gemidos y gritos de placer, y que solo confirmó lo que ya sabía: que empezaba mi vida al lado del hombre por el que sería capaz de darlo todo… del mismo modo en que él lo daría todo por mí.

Epílogo



Dos años después…

Marco

Todavía era muy joven para morir, y lo peor de todo era que era el peor momento para hacerlo.

Pero os juro que sentía que me iba a dar algo al corazón; como poco, un ataque.

—¡Marco, coño! Que la que tiene las piernas abiertas —y lo que no son las piernas— soy yo. ¿Te quieres tranquilizar?

—Nena, es que es imposible que la cabeza del niño salga por ahí.

—Le puedo asegurar que sí sale —dijo el médico, riendo.

—Marco —me llamó Andrea, sudando, pero sin perder su humor—. Ven, dame la mano.

Fui a su lado y le di la mano. Ella la apretó con tanta fuerza que, si no me partió los dedos, fue de milagro.

—Andrea, cuando te venga otra contracción, empuja hasta que te diga que pares —le indicó el médico.

Supe cuándo le vino la contracción; aparte de porque se puso a empujar roja como un tomate, fue porque me apretó la mano con tanta fuerza que casi me la deja sin circulación.

—Para… muy bien, Andrea. Lo estás haciendo muy bien —dijo el médico con voz tranquila. Joder, tendría que ser yo quien consolara a mi mujer, pero ni las palabras me salían.

—Ya está la cabeza fuera —anunció—. Ahora viene lo más fácil.

¿Fácil? —pensé—. ¿Cómo iba a ser fácil que por ahí salieran los hombros?

—Marco —me dijo Andrea entre jadeos—, todo está bien. Yo lo estoy, y el niño también lo estará.

—Siento que no estoy siendo un buen apoyo, pero es que me da miedo que os pase algo —le confesé.

—No va a pasar nada. —Me tranquilizó, mirándome con esa serenidad suya que siempre me salvaba.

—¿Quieres ver nacer a tu hijo? —me preguntó una enfermera.

En qué momento le hice caso. Me acerqué, y sí, lo vi. Vi cómo llegaba al mundo nuestro hijo, nuestro milagro.

—Joder, nena, como eso no vuelva a su sitio, mal vamos.

—Pues como no vuelva a su sitio, mal vamos, porque lo tuyo entonces no me va a hacer ni cosquillas.

El médico y las enfermeras que había allí se descojonaban de la risa con Andrea y conmigo. Y no era para menos, porque burradas no parábamos de soltar. Pero digo yo que, en momentos así, se podían perdonar esas cosas; y si no, me daba igual. Al fin y al cabo, era nuestro momento.

—Andrea, un último empujón.

Y lo dio. Y con él llegó al mundo mi hijo, mi niño. El que se había ganado la mitad de mi corazón desde el mismo instante en que supe que venía de camino.

Fue el momento más bonito y especial de mi vida, sin ninguna duda. Algo tan grande que sabía que ni después de muerto podría olvidarlo.

Se lo pusieron en el pecho a Andrea, y no supe quién lloraba más: si ella, el niño o yo. La palabra emocionante se queda corta para describir lo que sentía.

—Es precioso —le dije, rozando con un dedo la mejilla de mi hijo.

—Sí que lo es —me respondió sin apartar la mirada de él.

El nombre lo habíamos decidido hacía meses: Aitor. No por ninguna razón especial, simplemente porque nos gustó.

Y si pensaba en todo lo que había pasado… me parecía mentira.

Casado, con un hijo, con la vida llena de sentido.

Había cambiado todo, sí, pero a mejor. A mucho mejor.

A veces, cuando la miraba dormir con el niño entre los brazos, pensaba que si alguien me hubiera dicho años atrás que acabaría así —yo, el tipo solitario, el que creía que el amor solo existía en los libros—, me habría reído en su cara. Y, sin embargo, ahí estaba: con una familia que era mía, con una paz que no conocía y con una felicidad que me daba hasta miedo de lo grande que era.

En ese momento sentí que lo tenía todo. No necesitaba nada más si los tenía a ellos dos a mi lado. Andrea me había enseñado que la vida no era cuestión de planes, sino de personas. Que el hogar no siempre es un lugar, sino un abrazo.

Desde que me casé con ella habían pasado muchas cosas, todas buenas. Cada día a su lado era distinto: caótico, divertido, impredecible… pero lleno de vida.

Y deseaba, con todas mis fuerzas, que siguiera siendo así.

Porque si algo tenía claro, era que sin ellos, mi mundo volvería a estar vacío.

✣ ✣ ✣

Dieciocho años después…

Andrea

Pues sí, por aquí ando todavía.

No penséis que soy una pesada, que lo único que quiero es contaros cómo siguió mi vida: qué fue de Marco, de mí, de la familia… un poco de todo.

Venga, no lo neguéis. Sé que tenéis un poquito de vena cotilla. Y ojo, que no lo digo como crítica, ¿eh? Que yo también soy de las que disfruta escuchando cómo acaban las historias. Supongo que, en el fondo, todos necesitamos saber que las cosas pueden salir bien.

Voy a empezar por la parte triste, porque toda historia la tiene, y la mía no iba a ser menos. Los años pasan, y aunque queramos negarlo, pasan para todos.

En estos dieciocho años que han pasado desde que nació mi hijo Aitor, han ocurrido muchas cosas. La más dura fue la muerte de mis padres.

El primero en irse fue mi padre. Su pérdida fue un antes y un después en nuestra familia. Desde ese día, mi madre —mi guerrera, mi ejemplo, mi roca— empezó a apagarse poco a poco. Dicen que de pena no se muere, y puede que sea verdad, pero la pena te va robando las ganas de luchar, y al final el cuerpo se rinde. Una mañana, simplemente, decidió no despertar.

Su ausencia dejó un vacío enorme, un silencio que pesaba en cada rincón de casa. Me vine abajo, no os voy a mentir. Hubo días en los que me costaba hasta respirar, porque sentía que todo se me venía encima. Pero si algo aprendí en esta vida es que siempre hay alguien que te tiende la mano cuando crees que no puedes más.

Y en mi caso fueron Marco y mis hijos quienes me la tendieron. Me hicieron recordar que la vida, incluso con pérdidas, sigue teniendo cosas preciosas. Que el amor también es eso: quedarse cuando todo duele.

Así que, bueno, dejemos las lágrimas a un lado. Porque la vida sigue, y la mía, a pesar de los golpes, siguió siendo muy buena.

Y ahora quiero contaros también la parte bonita.

En primer lugar, voy a hablaros de mi hermana y su marido. Como ya sabéis, ellos tenían a mi muñeca, mi Aria. Esa niña que me robó el corazón desde el día en que la tuve por primera vez en brazos, ahora era una mujer hecha y derecha, guapísima, con esos ojos llenos de luz que siempre tuvo. Estaba preparándose para seguir los pasos de su padre; quería ser policía, como mi cuñado. Desde pequeña decía que quería «hacer justicia» y proteger a los demás, y la verdad, le pegaba. Tenía carácter, temple y una determinación que ya la quisiera yo a su edad. Iba poco a poco, pero sabía que lo iba a conseguir.

Aria tuvo un hermano, mi Andrés —mi hermana quiso ponerle el nombre de mi padre—. Mi sobrino se llevaba con su hermana cuatro años. Era un buen niño, algo respondón y cabezón, sí, pero con un corazón que no le cabía en el pecho. Siempre defendiendo a los suyos, igualito que su padre. Cada vez que lo veía, me recordaba al abuelo que no llegó a conocer.

Después estaba mi hermano. Manu no siguió con Owen. Se querían mucho, pero a veces el amor cambia de forma, se desgasta o se transforma en cariño. Lo bueno fue que se siguieron llevando bien, porque en el fondo se tenían un afecto enorme. Y tranquilos, que no cunda el pánico, que los dos encontraron tiempo después nuevos amores. Owen se casó con un muchacho encantador, y los dos se llevaban estupendamente con mi hermano y su pareja. Raúl, así se llamaba mi nuevo cuñado. Bueno, «nuevo» ya no tanto, que lleva más de diez años aguantándonos a todos. No se habían casado oficialmente, ni querían tener hijos, y me parecía perfecto: se tenían el uno al otro, y eso bastaba. Si ellos eran felices, yo también lo era.

Irene y Óscar… ay, estos dos. Pasaron por algunos altibajos, de esos que hacen tambalear hasta al más enamorado, pero los superaron como los campeones que son. Cuando se sintieron

completamente seguros de lo suyo, se casaron, pero por el juzgado, en *petit comité*, sin tanto alboroto como el mío. Fue una ceremonia sencilla, preciosa, muy de ellos. Poco después llegó Tamara, una niña preciosa, un calco de su madre, pero con un ego que no le cabía en el cuerpo —y con razón, porque la niña valía oro—. Tenía catorce años y ya apuntaba maneras: lista, divertida y con ese punto de picardía que la hacía irresistible. Decían que con una hija tenían más que suficiente, y viendo cómo estaba todo hoy en día, les daba toda la razón.

Y por último, mis cuñados Sandro y Esther. No pudieron tener hijos biológicos, así que decidieron adoptar. Recuerdo a Esther contándome entre lágrimas la historia de tres hermanos que habían perdido a sus padres en un accidente y no tenían a nadie. Lo que más le dolía era pensar que los separaran. Y como no soportaba esa idea, luchó con todas sus fuerzas hasta conseguir adoptar a los tres: Samuel, Rubén y Aurora.

Hoy en día tienen dieciocho, trece y diez años. Al principio fue duro, para todos, pero ahí estuvimos, la familia al completo, arropándolos y dándoles todo el amor que pudimos. Porque de eso se trata, ¿no? De estar, de sostener, de quererse sin condiciones. Y si algo aprendimos todos con los años, es que la familia no solo es la de sangre, sino la que se queda contigo pase lo que pase.

Y, por si alguien se lo pregunta: Clara acabó con final feliz, pero lejos. En el viaje conoció a un millonario —vaya novedad—, se «enamoró» y se quedó a vivir en la Cochinchina (ni idea de dónde, la verdad). Desde entonces, paz absoluta. Ni rencores ni historias; cada cual a lo suyo, como debe ser.

Y llegó el turno de mi familia.

Veinte años hacía que me había casado con Marco, y como ya sabéis, dieciocho desde que mi hijo mayor había nacido.

Aitor fue un niño fácil de criar, un regalo desde el primer día. Tenía ese carácter tranquilo que heredó de su padre: noble, responsable, de esos que te miran y te calman solo con una sonrisa. Era tan bueno que a veces hasta me preocupaba que lo fuera demasiado. Muy callado, muy reservado… eso no me hacía mucha gracia, ya sabéis cómo soy yo, que si no hablo reviento, pero lo respetaba, porque en el fondo entendía que cada uno lleva su propio ritmo para decir las cosas. Y Aitor siempre supo hacerlo a su manera.

Cinco años después llegó Marquito. Bueno, «Marquito» para mí, porque a él ya le daba una vergüenza terrible que lo llamara así delante de los amigos. Dentro de nada tendría que empezar a decirle Marco, pero mientras tanto me seguía divirtiendo, chinchándole un poco de vez en cuando. Él era una mezcla perfecta entre su padre y yo. Físicamente, era el vivo retrato de Marco, pero en carácter… en carácter era todo mío. Por eso discutíamos tanto: los dos igual de tercos, igual de pasionales, igual de insoportablemente cabezotas. Pero también igual de incapaces de estar mucho tiempo enfadados. Bastaba una broma, una mirada o un abrazo para que todo se arreglara.

Y ahí estábamos: cuatro seres bajo el mismo techo, aprendiendo juntos, cayendo y levantándonos, riendo más de lo que llorábamos. Había días mejores y otros peores, como en cualquier familia, pero la felicidad no siempre viene envuelta en momentos perfectos, sino en los pequeños detalles: una cena improvisada, un domingo de sofá, o un beso al salir de casa.

Marco seguía al frente de la empresa, más calmado que en sus primeros años, aunque igual de perfeccionista que siempre. Decía que se jubilaría «el año que viene», pero todos sabíamos que eso lo llevaba diciendo desde hacía al menos cinco. Le encantaba su trabajo, le daba vida; no podía evitarlo.

Aitor, que este año empezaba la universidad, tenía claro que quería seguir sus pasos. Se había matriculado en Administración y Dirección de Empresas, decidido a aprenderlo todo para algún día coger el relevo. Le brillaban los ojos cada vez que hablaba de proyectos, de ideas nuevas, de cómo modernizar la compañía. Verlo tan seguro me llenaba de orgullo —y también de nostalgia—, porque en el fondo seguía viendo en él al niño que se dormía en mis brazos.

Y yo… yo también volví al trabajo cuando los niños fueron un poco más mayores. Sigo siendo secretaria —qué le voy a hacer—, pero ahora tengo un jefe que no me toca la moral (bueno, solo de vez en cuando). Me gusta sentirme útil, tener mi espacio, y sobre todo, demostrar que una mujer puede ser madre, esposa y profesional sin perderse a sí misma por el camino.

Yo era feliz.

Feliz con mi vida, con mis hijos, con mi familia, y sobre todo con mi compañero de viaje, porque eso era Marco para mí: el compañero de ruta con el que había aprendido a caminar a su lado, a tropezar sin miedo y a celebrar cada paso.

Y, tal y como nos prometimos al principio, nunca nos fuimos a dormir enfadados, ni dejamos que el orgullo durmiera entre nosotros. Supongo que ese fue uno de nuestros secretos: hablar, escucharnos, reírnos de nosotros mismos y, sobre todo, no soltarnos nunca la mano.

Creo que he hecho un buen resumen de mi vida, una vida que quizá para muchos no valga gran cosa, pero que para mí lo fue todo.

Y si algo puedo deciros, es esto: no esperéis a mañana para decir «te quiero», no guardéis los abrazos ni las risas para otro momento. La vida pasa demasiado rápido como para no vivirla a lo grande.

Lo último que puedo desearos es que seáis muy felices.

Hoy, mañana y siempre.

Besos, Andrea y Marco.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu